

*Yo curaré  
tus heridas*

SERIE CORAZONES HERIDOS I



TOWANDA RICHARDSON

*Yo curaré tus heridas*

*Serie Corazones heridos 01*

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.

Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.

Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

# Índice

Sinopsis

1 La necesidad de Annie

2 La frustración de Jamie

3 Atracción

4 Deja que te ayude

5 Y vuelta a la casilla inicial

6 Todo lo que fui

7 Depender de quien más quiero

8 Pero es que yo pensaba...

9 Del frío al calor

10 El infierno de Annie

11 Cicatrices que se curan

12 Cómo hemos podido vivir sin esto

13 Las dos semanas de nuestra vida

14 No puede ser

15 El regreso de Barbara

16 Te quiero demasiado

17 Felicidad

18 Yo mataré a tus demonios

19 Tocar fondo

20 De Jamie para el mundo

21 Más que regalos

Epílogo Cinco años después

## Sinopsis

Jamie Parks lo tenía todo. Apenas había cumplido los veinte cuando todos sus sueños se cumplieron. Era el hombre más feliz del mundo. Hasta que un maldito accidente en una pista de esquí se lo llevó todo por delante. Su profesión, sus ilusiones y sus ganas de vivir.

Annie York no ha tenido una vida fácil. Era poco más que una niña cuando se encontró con la peor cara del mundo y se ha pasado una década sufriendo las consecuencias de aquel horror.

Hasta que, una mañana, Annie llama a la puerta de Jamie. Y el amor llama a las puertas de los corazones de ambos.

¿Serán capaces Jamie y Annie de superar todos sus traumas para darle una oportunidad a ese amor?

# 1

## La necesidad de Annie

Annie estuvo a punto de sufrir un infarto cuando vio que la pantalla de su móvil, un modelo tan antiguo que bien podría estar en un museo, reflejaba una llamada entrante de la oficina de empleo. Su cuenta corriente presentaba un balance de quinientos veintidós dólares, y en cinco días tendría que pagar los cuatrocientos ochenta que, implacablemente, ingresaba a su casero una vez al mes. No es que Annie viviera en una de esas preciosas casas victorianas que poblaban los barrios más bonitos de San Francisco; en realidad, vivía en una habitación de un piso compartido en el nada recomendable barrio de Hunter's Point. Pero la ciudad había vivido un *boom* urbanístico tan bestial en las dos últimas décadas que era realmente difícil mantenerse en ella si no eras uno de esos jovencísimos ingenieros de Silicon Valley con sueldos astronómicos. Y ella estaba muy lejos de serlo.

—¿Sí? —respondió, con la voz llena de prudencia. Y de esperanza.

—¿Annie York?

—Sí, soy yo.

—Soy Betty, de la oficina de empleo del ayuntamiento. No sé si me recuerdas.

—Sí, claro, por supuesto, por supuesto —le contestó, tan nerviosa que le salieron un par de tartamudeos. La necesidad convertida en balbuceo.

—Puede que tenga un trabajo para ti. ¿Estás interesada?

—¡Sí! —Annie se arrepintió un poco de su tono ansioso e intentó hablar de aquella manera profesional que había aprendido a lo largo de sus muchas experiencias laborales—. Quiero decir... Ahora mismo estoy sin nada y... me hace falta.

—Sería un trabajo temporal en el sector de los cuidados a domicilio. ¿Todo bien con eso?

—Sí...

La fortaleza de Annie flaqueó un poco. Desde que tenía diecisiete años, había trabajado en todas las profesiones imaginables. Había servido miles de cafés, había cocinado en los lugares más cochambrosos y también en alguno que merecía la pena, había limpiado casas, fregado escaleras de rodillas y

cambiado pañales a adultos en residencias de ancianos. No hacía ascos a nada ni a nadie que pudiera llevar a su cuenta corriente los dólares necesarios para pagar el alquiler, alimentarse —aunque solo fuera a base de fideos precocinados, como en tantas etapas de su vida— y pagar las deudas que arrastraba desde hacía tantos años que dudaba que algún día fueran a desaparecer.

Pero los cuidados a domicilio habían sido una de las pocas experiencias laborales que habría preferido no repetir. Se había dedicado a ello cuatro o cinco años atrás, cuidando a un anciano con la movilidad muy reducida y había tenido que dejarlo porque en su brazo izquierdo no tenía fuerza suficiente para realizar las tareas más exigentes físicamente. Había sido frustrante y había tardado meses en sacarse de encima la sensación de que les había fallado a aquel hombre y a su familia.

—Sé que no es el sector con el que más cómoda te sientes, pero... en confianza, Annie, este trabajo será temporal, pero está muy bien pagado.

—Muchas gracias por pensar en mí para ello, Betty.

—Nunca me has fallado cuando te he llamado para las ofertas en las que nadie estaba interesado. Qué menos que avisarte a ti la primera cuando hay algo que puede solucionarte la economía por un tiempo.

—¿Qué tengo que hacer? —Aquellas palabras fueron las definitivas para hacer a Annie olvidarse de sus dudas.

—Trabajarás para la hermana del paciente. Es ella quien ha querido contratar a alguien para que se haga cargo de su hermano en su ausencia. Se va una temporada a Europa por trabajo y quiere dejar a alguien al cuidado de su hermano.

—¿Qué le ocurre?

—Es paralítico. No tiene movilidad en las piernas.

—¿Es muy mayor?

—Todavía no lo sé. Barbara, la hermana, tendrá unos cuarenta y cinco, más o menos, así que supongo que él rondará esa edad.

—Vale. ¿Necesitas que me pase por ahí?

—Sí. He quedado con ella el jueves por la mañana, aquí, en la oficina de empleo. Ella te explicará todos los detalles del trabajo y te llevará a su casa a que conozcas a su hermano.

—Está bien. ¿A qué hora?

—A las diez y media. ¿Te viene bien?

—Betty... creo que a estas alturas ya sabrás que todo lo que implique tener

un trabajo remunerado me viene bien.

—Pues lo único que puedo asegurarte es que este trabajo estará *muy* bien remunerado.

\*\*\*

A Annie se la comían los nervios aquella mañana de jueves, de camino a la oficina de empleo. Se había puesto su mejor traje de chaqueta —a quién quería engañar, se había puesto su *único* traje de chaqueta— y se había esforzado en que sus salvajes rizos pelirrojos y su piel pecosa parecieran más elegantes, a base de mucho esfuerzo con las planchas del pelo y el maquillaje.

Tuvo que hacer una extraña combinación de viajes en tranvía y autobús y tardó más de dos horas en llegar a la oficina de empleo. Estaba segura de que habría llegado antes caminando, pero le había dado miedo sudar demasiado, en aquel cálido verano de San Francisco, y arruinar su cuidado aspecto. Aquel fue uno de los muchos días en que echó de menos su coche, el que había tenido que vender en su última crisis económica grave. Cada cierto tiempo tenía que deshacerse de algo de valor que necesitaba o que querría haber conservado, pero las facturas eran implacables y no habían tenido piedad de su precaria situación, que nunca parecía mejorar por mucho que trabajara.

Cuando entró en la oficina de empleo, Betty salió enseguida a recibirla. Era una mujer afroamericana, corpulenta y con una permanente expresión acogedora y familiar en su rostro. Le dio un breve abrazo, que hizo a Annie sentirse más cómoda casi al instante, y la condujo a una sala en la que las esperaba otra mujer.

Aquella debía de ser Barbara. Y Annie constató enseguida algo que sabía muy bien, que había aprendido a lo largo de los años: que el dinero —o la ausencia de él— era algo que se notaba al echar solo un vistazo a las personas. Barbara era alta, rubia, delgada, y sí, puede que tuviera unos cuarenta y cinco años, pero se había encargado de pagar el suficiente dinero para que nadie se diera cuenta al primer vistazo. Vestía un traje de chaqueta de lana, con el que cualquier mujer que no hubiera nacido rica habría sudado a chorros, y unos zapatos de tacón que solo podían resultar vulgares o elegantes, ambas cosas en grado extremo. En el caso de Barbara, por descontado, eran lo segundo.

—Buenos días. Annie, ¿verdad?

—Sí.



Betty hizo las presentaciones y charlaron durante unos pocos minutos de cuestiones triviales, como el cambiante clima de San Francisco o las dificultades para encontrar la oficina de empleo en medio del enrevesado sistema de pasillos del edificio municipal en el que se encontraba.

—Betty me ha dicho que tienes experiencia en el cuidado de personas con discapacidad.

—Sí, trabajé hace unos años durante algunos meses para un anciano altamente dependiente.

—Bueno... no se puede decir que mi hermano James sea un anciano... ¡Y no quiera Dios que te escuche alguna vez decir que es dependiente! —Barbara dejó escapar una carcajada, aunque a nadie se le escapó su tono amargo—. Aunque la realidad, por desgracia, es que lo es más de lo que él quiere creer.

—¿Qué le ocurre exactamente?

—James tuvo un accidente de esquí hace nueve años. Se rompió la espalda y, como consecuencia, sufrió una lesión medular. Desde entonces, no puede caminar y tiene diferentes grados de sensibilidad y movilidad, pero... en resumen... apenas tiene ninguna de las dos cosas de cintura para abajo.

—Comprendo. ¿Cuáles serían mis funciones con él?

—Desde que James tuvo el accidente, yo he vivido con él. Perdimos a nuestro padre cuando éramos muy jóvenes, y a mamá... —la voz de Barbara se rompió brevemente al recordar los momentos más duros de su vida— un par de años después del accidente. Desde entonces, solo hemos sido él y yo. Jamie se las arregla bastante bien por sí mismo, lo que me ha permitido mantener mi trabajo sin demasiado problema. Soy profesora de literatura francesa en Berkeley —le aclaró a Annie—. Pero ahora me ha surgido una oportunidad... única. Un cuatrimestre en la Sorbona, en París, impartiendo un curso centrado en el naturalismo francés.

—Felicidades.

—Gracias. —Barbara bajó la cabeza en un gesto humilde; para ser una mujer tan guapa e intelectualmente tan destacada, parecía no saber responder demasiado bien a un piropo—. La verdad es que, cuando me lo ofrecieron, ni se me pasó por la cabeza aceptar. ¿Dejar a James solo durante cuatro meses mientras yo estoy al otro lado del mundo? Aun ahora, con el billete de avión comprado y el apartamento en París alquilado... me cuesta creer que vaya a hacerlo.

—¿Qué te hizo decidirte? —le preguntó, con total confianza, Betty. Se notaba que aquellas dos mujeres habían hablado bastante en los días

anteriores.

—Él. El director de mi departamento fue profesor de James también hace muchos años, cuando él mismo estaba en la universidad y eligió lengua francesa como optativa, así que tienen bastante confianza. Él lo llamó e informó a Jamie de que yo iba a rechazar lo que llamó «la gran oportunidad laboral de mi vida». Así que...

—Cuéntaselo —le pidió Betty en voz baja a Barbara—. Mejor que sepa a qué se enfrenta.

—Jamie se puso en huelga de hambre. No es la primera vez que usa esa táctica para enfrentarse a mí. Ya antes lo hacía con mi madre. Es la persona con la fuerza de voluntad más férrea del mundo, así que puedes estar segura de que, si opta por el chantaje emocional... va a ganar. No probó bocado hasta que le juré que aceptaría la oferta.

—Y llegó a un pacto con él. —Betty le ofreció una taza de café a Annie y le sonrió al entregársela—. Perdona. Ya me sé esta historia y soy una impaciente.

—¿Qué pacto? —preguntó ella, que asistía preocupada a aquella descripción del hombre con el que tendría que trabajar durante una temporada.

—Yo me iría a Francia si él aceptaba que alguien entrara a trabajar en casa para cuidar de sus necesidades.

—¿Nunca... nunca ha tenido ayuda externa?

—El primer año fue duro. —El gesto de Barbara se estranguló al recordar aquellos momentos de la vida de James. Y de la suya—. Estuvo diez meses en el hospital y, al volver a casa, se negó a volver a estar rodeado por enfermeras y cuidadores. Tiene que ir al hospital una vez al mes, pero lo hace él mismo, en su coche, y no permite que nadie más se encargue de él. Tenemos a una persona que viene a limpiar la casa tres veces por semana, pero él pasa esas mañanas en el jardín, llueva, nieve o haga un calor abrasador, y ni siquiera le dirige la palabra.

—¿Entiendo, por lo tanto, que tiene cierto grado de autonomía, dentro... de sus circunstancias? —se atrevió a preguntar Annie.

—Lo tiene... y al mismo tiempo, no lo tiene. Su vida cotidiana, cuando no hay ningún problema añadido, es bastante autónoma. Se levanta, se asea y se viste solo. Se ha esforzado muchísimo para llegar a conseguir su independencia. —A Annie no se le escapó un cierto tono de orgullo en las palabras de Barbara—. Sabe conducir, la casa está completamente adaptada a sus necesidades, sin ninguna barrera arquitectónica y él se maneja sin

demasiados problemas. Pero hay un hecho que ninguna, ni tú ni yo, deberíamos olvidar.

—¿Cuál? —preguntó Annie en un susurro.

—Está en una silla de ruedas. Lo va a estar el resto de su vida. Y cualquier mínimo impedimento que a ti o a mí solo nos supondría una pequeña molestia a él le condiciona toda su vida. Su independencia. Sin ir más lejos, tiene una lesión recurrente en la muñeca. Una tendinitis que se le reproduce de vez en cuando, a causa del esfuerzo que hacen sus manos para desplazarse en la silla. Yo he tenido un par de veces una tendinitis de muñeca y lo único que me implica es que, durante un par de semanas, no puedo montar en bici o escribir en la pizarra de mi aula. A él le impide levantarse de la cama, asearse por sí mismo o moverse por la casa. Lo deja postrado en la cama.

—Entiendo que mi presencia en su casa será para ayudarlo en cualquier inconveniente que surja.

—Por desgracia, Annie, no puedo hablarte de un cometido concreto. Cuando James está bien, no tendrás que hacer gran cosa. Hacerle compañía hasta donde él te lo permita, que no te puedo prometer que sea gran cosa. Pero lleva nueve años aislado del mundo, teniendo relación solo conmigo; me da pavor que se convierta en un ermitaño con mi ausencia. Pero, evidentemente, si tiene cualquier problema, cualquier lesión o complicación de su estado de salud, tus responsabilidades se multiplicarían. Tendrías que acostarlo y levantarlo, asearlo, vestirlo... Lo que surja, en función de cuál sea el problema que tenga. Yo espero que no sea ninguno, pero... no te voy a engañar. Jamie siempre se está desafiando a sí mismo. Es como si, en cierto modo... no acabara de asumir su lesión. Nunca hemos pasado cuatro meses, que será el tiempo que dure tu contrato, sin hacer alguna visita a urgencias.

—Comprendo.

—No, Annie, me temo que no lo haces. —Barbara le sonrió de forma cariñosa—. El mayor reto al que tendrás que enfrentarte no será físico. Será emocional. James es mi hermano pequeño y lo quiero más de lo que jamás he querido a nadie en toda mi vida. Pero es difícil. El accidente destrozó su vida y su carácter es... complicado. No conmigo ni con las pocas personas con las que mantiene contacto; cuando coge cariño a alguien... vuelve a ser el Jamie de siempre. —La sonrisa de Barbara se amplió—. Pero él no está de acuerdo con mi idea de que necesita a alguien en casa para acompañarlo durante mi ausencia. No te lo va a poner fácil.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que cambie de idea en esos

cuatro meses.

—Y yo te pagaré muy generosamente por ello. Tu salario será de seis mil dólares. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió Annie, calculando cuánto podría ahorrar de los mil quinientos dólares que le corresponderían cada mes.

—¿Tienes algún problema para mudarte a nuestra casa durante esos meses?

—Vivo en un apartamento compartido horrible —confesó Annie—. No me importa mudarme... a cualquier parte.

—Tendrás tu propio dormitorio, por supuesto, en una zona de la casa bastante independiente de la que ocupa Jamie. No es una deferencia hacia ti —se apresuró a aclarar Barbara, cuando Annie hizo amago de agradecersele—, es una exigencia suya. Tendrás un intercomunicador por si él necesita algo mientras tú estás en tus aposentos. Comerás también en la casa; puedes hacerte tú misma la comida o, quizá, incluso James llegue a comportarse como un ser civilizado y cocine para dos. Además, si estás estudiando o tienes algún *hobby*, creo que tendrás mucho tiempo libre para llevarlo a cabo en tu dormitorio.

—Estudio un curso de gestión administrativa, sería genial poder usar un ordenador para hacer mis trabajos.

—Cuenta con ello. ¿Tienes alguna pregunta más?

—Creo que no. —Annie recordó de repente el precario estado de su cuenta corriente y odió tener que hacer la siguiente pregunta—. Bueno, sí... ¿Los seis mil dólares los recibiré al final del contrato o se me pagarán mil quinientos cada mes?

—No, Annie... Me temo que no me has entendido bien. —Barbara se acercó a ella y la tomó de la mano. Aquella chica le había encantado y no podía negar que se moriría de decepción si rechazara el puesto—. Tu sueldo serán seis mil dólares *cada mes*.

Annie se mareó. Literalmente. Si hubiera estado de pie, se habría tambaleado. La silla mantuvo su dignidad en su sitio, aunque las risas ahogadas y discretas de Betty y Barbara le dejaron claro que su cara había reflejado toda la estupefacción que sentía. Seis mil dólares al mes. Veinticuatro mil dólares en total, si lo hacía bien y cumplía los cuatro meses del contrato. Veinticuatro mil dólares de los que apenas gastaría nada, ya que tendría el alojamiento y la manutención pagados, y bien sabía Dios que ella no tenía vicios. No podía permitírselos.

Soñó con tantas cosas en aquel instante... Con ver su deuda, aquella que la

atenazaba desde que era apenas una adolescente con la vida partida por la mitad, saldada al fin. O al menos muy cerca de estarlo. Quizá incluso con comprarse un coche de quinta o sexta mano que le facilitara la vida; los únicos trabajos que había rechazado en los últimos años eran los que implicaban tener que desplazarse sin depender del transporte público. Soñó con aprovechar aquellos meses en los que parecía que tendría bastante tiempo libre para acabar su curso y tener algo más que una triste línea de formación académica en su currículum, una que decía que había acabado el instituto, a distancia, a los veintidós años. Soñó con poder vivir, tal vez, al acabar su contrato, en un agujero un poquito mejor que el que había sido su hogar los últimos tres años.

—¿Te parece entonces bien venir el lunes conmigo a conocer a James?

—Por supuesto.

—Ese mismo día me marché a Francia. Esa fue otra de sus condiciones, no te imaginas lo dura que ha sido la negociación. No quería, a saber por qué, convivir conmigo y la persona a la que contratara. Supongo que es una nueva forma de negociación de que necesita ayuda... Así que no habrá un margen en que yo pueda solucionar nada desde aquí. Tú empiezas, te trasladas a la casa y yo... me marché.

—Todo irá bien, Barbara. De verdad —intentó convencerla Annie.

—Eso espero.

Annie también lo esperaba. No. Estaba segura de ello. Por lo que había escuchado hasta entonces, James Parks parecía un hueso duro de roer. Pero no había nada que a ella se le resistiera a cambio de todos los beneficios que obtendría por trabajar para él. Y Annie era dura. Muy dura. Nada de lo que él pudiera hacer la derrotaría. Si algo había aprendido a lo largo de su vida era a luchar y a aguantar. No le había quedado más remedio.

## 2

### La frustración de Jamie

Jamie resopló por tercera vez en el transcurso de un minuto. Eran las doce y cinco de la mañana, y Barbara había prometido llevar a su *asistente* a casa a las doce. «Asistente» era la palabra que habían pactado tácitamente para referirse a la persona que se encargaría de cuidar de sus necesidades durante los cuatro meses siguientes, pero como Jamie se negaba a admitir que podría necesitar cuidados, Barbara había deslizado con sutileza la palabra «asistente» y él había fingido no darse cuenta del detalle.

Por ella. Lo hacía todo por ella. Por Barbara, que era la única persona que le importaba en el mundo, incluyéndose a sí mismo. Si ella necesitaba que alguien viviera en su casa, en la de los dos, durante los cuatro meses que ella pasara en París, para quedarse tranquila... él se lo concedería, aunque le rechinaran las mandíbulas solo de pensarlo.

Barbara había sacrificado demasiadas cosas por él como para no estar a la altura. Cuando Jamie había sufrido el accidente, ella rondaba los treinta y cinco y llevaba unos meses saliendo con un profesor de matemáticas de su universidad que salió huyendo despavorido en cuanto en el día a día de Barbara se habían colado quehaceres como bañar a su hermano o pasar las horas libres que le dejaba su trabajo pegada a una cama de hospital. Entre ella y su madre se habían repartido las complicadas tareas de su cuidado los primeros dos años, pero después... se habían quedado solos. Y Jamie sabía que no había sido fácil convivir con él, con su frustración, su pena, su añoranza de los tiempos en que podía hacer cosas tan sencillas como levantarse de la cama o salir a dar un paseo. Si había salido adelante, había sido solo por ella. Al principio, fingiendo que estaba mejor para que Barbara no se preocupara; fingiéndolo tanto que acabó siendo cierto. Desde hacía unos cuantos años, Jamie estaba bien. Aún frustrado y con épocas en las que se le hacía muy cuesta arriba vivir una existencia tan diferente a la que había planeado, pero... bien.

Lo único que sabía hasta el momento de la *asistente* a la que había contratado Barbara era que se llamaba Annie y tenía veintisiete años. Bueno, eso y que su sueldo le iba a pegar un buen mordisco a su cuenta corriente,

aunque ese nunca había sido un problema del que preocuparse, después de las millonarias indemnizaciones que había recibido tras aquel absurdo accidente en la nieve que le había partido en dos la espalda y la vida.

Cuando sonó el timbre, supo que Barbara había llegado. Su hermana siempre llamaba antes de abrir con su propia llave, aunque aquella fuera la casa que ambos compartían desde que se les había puesto la vida patas arriba. Supuso que él habría tenido la misma deferencia hacia su privacidad en caso contrario, aunque no tenía demasiadas oportunidades para demostrarlo. No salía mucho de casa.

Si Jamie había maldecido a su hermana durante todo el tiempo que había durado la negociación para llevar o no una persona a su casa durante su ausencia, las maldiciones se multiplicaron exponencialmente en el momento en que Jamie echó un vistazo a la desconocida con la que tendría que convivir. Y es que Annie no se parecía en nada a aquellas corpulentas enfermeras de mediana edad que lo habían cuidado durante su eterna convalecencia en el hospital. En nada de nada.

El Jamie de nueve años atrás habría dado un salto al encontrarse con aquella belleza de larga melena pelirroja y ojos de un verde tan intenso que parecía leer a los demás con solo una mirada tímida, la que le estaba dirigiendo en aquel momento, con un cuerpo de infarto y una cara trufada de pecas. Pero el Jamie de nueve años atrás había muerto en una pista de Aspen, en Colorado, y el de la actualidad no había mirado con deseo a una mujer en tanto tiempo que apenas recordaba cómo se hacía.

—Jamie, te presento a Annie York. Ella será la *asistente* que viva aquí hasta que yo regrese de París. Annie, este es mi hermano...

—James —se adelantó él. Prefería marcar las distancias desde el primer momento, aunque solo fuera con su nombre, para evitar malentendidos.

—Encantada de conocerte, James. —Ella le ofreció su mano, pero Jamie se negó a tomarla y se limitó a saludarla con un asentimiento de cabeza y darse media vuelta en su silla de ruedas para adentrarse en la casa.

\*\*\*

Annie no podía creerse todo lo que tenía ante sus ojos. No se le había escapado, durante su entrevista en la oficina de empleo, que Barbara Parks era una mujer a la que no le faltaba dinero. Pero la casa que compartía con su hermano en las colinas de Pacific Heights superaba cualquier cosa que su

imaginación pudiera soñar. Para una chica criada en los peores barrios bajos de la ciudad... era una imagen de película.

A los pocos minutos de aquella tensa presentación en la que se había quedado con la mano a medias de un saludo, como una cruel premonición de que aquellos cuatro meses no iban a ser fáciles, James convenció a Barbara para que se marchara ya al aeropuerto. Se despidieron en el tiempo que tardó el taxi en llegar a recogerla, y Annie escuchó sin querer como James le prometía a su hermana que se portaría bien «por ella». Por Barbara, no por ella misma, claro.

En cuanto Barbara salió de la casa, Annie creyó sentir una brisa fresca que le puso la piel de gallina. Comprobó las grandes cristaleras que separaban el espacio principal de la casa del jardín y vio que estaban todas cerradas, así que la sensación solo podía deberse a la actitud gélida de James con ella.

Y era bastante curioso que sintiera frío ante su presencia, cuando la primera sensación que tuvo al verlo fue de intenso calor. De muy muy intenso calor. James Parks podía estar postrado en una silla de ruedas, pero eso no le restaba ni un ápice de su atractivo. ¡Dios santo! Era probablemente el hombre más *sexy* que había visto en toda su vida. Rubio, con el pelo algo largo y rizado, la piel morena y unos ojos azules tan claros que casi parecían transparentes. Con los hombros anchos y un aspecto de atleta que resultaba demasiado paradójico si se tenía en cuenta su situación.

—Por favor, acompáñame a que te enseñe la casa. —La voz de James la sacó de su ensimismamiento y Annie se lo agradeció mentalmente.

—Sí, claro.

El silencio fue la nota dominante en aquella especie de visita turística que compartieron por la mansión. Sí, *mansión*. No había otra palabra para definir aquella vivienda de planta baja en forma de cuadrado, con un gran jardín central, rodeado por los cuatro flancos por las cuatro alas que componían la casa. La principal era la zona por la que se accedía desde la calle y que se componía de un solo espacio diáfano en el que convivían un enorme salón y una cocina equipada con los electrodomésticos más modernos que Annie hubiera visto jamás. Esperaba no tener que usarlos demasiado, pues estaba segura de que no sabría hacerlo con la mayoría. A la izquierda, se extendía el ala de James, donde estaban su dormitorio, su vestidor, un cuarto de baño completo y un despacho con una especie de saloncito. Eso fue lo poco que Annie pudo vislumbrar en los escasísimos segundos que el anfitrión le concedió allí dentro. A continuación estaba el ala de Barbara, que



permanecería cerrada en los siguientes meses. Y, por último, la zona de invitados, donde Annie se instalaría en un dormitorio que la dejó tan boquiabierta que James se dio cuenta.

—Entiendo que todo está a tu gusto. Si no es así, por favor, házselo saber a Barbara y ella dispondrá que te traigan lo que necesites.

—No, no... Esto es... es fantástico.

Y lo era. Su dormitorio tenía una cama de tamaño *king size*, dos mesitas de noche en tonos blancos, un armario gigantesco —en el que Annie podría haber metido todo su apartamento— y dos preciosas butacas de color rosa palo junto a un ventanal panorámico desde el que se divisaba el jardín. Una puerta corredera daba acceso a un despacho con un ordenador de última generación, un equipo de música de diseño y una tele de tantas pulgadas que Annie desistió de intentar adivinarlas. El cuarto de baño era otro lugar de ensueño, con una bañera esmaltada y con patas intrincadas, una ducha con columna de hidromasaje y hasta un tocador con un espejo de aspecto *vintage*. Aunque Annie hubiera querido aprovecharse de los hermanos Parks y hubiera decidido pedir algún caprichito extra... no habría sabido qué elegir.

—En la planta sótano de la casa están el garaje, el gimnasio y la piscina. Si quieres echarles un vistazo, no te cortes. Puedes circular libremente por la casa cuanto quieras, a excepción del ala donde está mi habitación, en la que preferiría tener un poco de intimidad.

—Por supuesto.

—También me gusta estar solo cuando salgo al jardín, si no te importa. Si yo no estoy en él, puedes utilizarlo también libremente.

—De acuerdo. ¿Hay... —Annie tuvo la sensación de que iba a meter la pata con la pregunta, pero su ética profesional la obligaba a hacerla— ... hay alguna cosa que pueda hacer por ti?

—Annie... mi hermana no se ha enterado todavía, pero... no. No hay nada que puedas hacer por mí. Tu única misión en esta casa es tener tranquila a una mujer que vivirá al otro lado del mundo. Si eres lista, aprovecha bien tu tiempo aquí. Puede que sean las mejores vacaciones pagadas de tu vida.

Annie no supo qué contestar, y tampoco tuvo la ocasión de hacerlo, ya que James abandonó el salón a la velocidad del rayo y no le dio opción a réplica.

\*\*\*

James no lo confesaría en voz alta bajo ningún concepto, mucho menos ante su

hermana o la emisaria que ella se había buscado, pero la muñeca izquierda lo estaba matando. Desde el primer día en que comenzó a desplazarse en la silla, los brazos se le habían resentido, sobre todo a la altura de las muñecas. Hacía ya cuatro o cinco años que había empezado a desarrollar tendinitis en ambas, especialmente en la izquierda. La fórmula para curarlas la conocía: dejarlas descansar. Eso sonaba mucho mejor en la teoría que en la práctica, pues las muñecas eran imprescindibles para moverse en la silla, para levantarse, acostarse, asearse, ir al cuarto de baño... Las necesitaba para todo, y por nada del mundo quería forzarlas tanto como para acabar con una férula que las inmovilizara, como le había ocurrido ya en un par de ocasiones, dejándolo completamente a merced de los cuidados de los demás.

Puede que el Jamie de nueve años atrás soñara con estar desnudo y con una chica como Annie en una bañera de dos plazas, pero no lo sería, sin duda, en las circunstancias actuales, teniendo que pedirle que lo aseara.

Decidió dormir. No se le ocurría otra manera de dar descanso a sus brazos. En su tiempo libre —que era todo su tiempo, en realidad— le gustaba nadar, usar las máquinas del gimnasio que sus circunstancias le permitían o deambular por la casa o el jardín. Si nada de eso era una opción... prefería dormir. Como cada día y cada noche, apoyó la cabeza sobre la almohada sin saber si aquellas imágenes que le sobrevenían de vez en cuando mientras dormía, en las que se veía jugando al baloncesto rodeado de estrellas de la NBA, serían un sueño o una pesadilla.

### 3

## Atracción

Annie aprovechó bien sus primeras semanas en la casa. No para aquellas funciones por las que cobraba un sueldo astronómico, sino para estudiar para sus exámenes del ciclo formativo en el que pretendía graduarse antes de acabar el año. A ratos, se sentía como si estuviera disfrutando de unas vacaciones pagadas, en un dormitorio para ella sola con una cama cómoda, un escritorio amplio, un ordenador que podía usar cuando quisiera, sin tener que adaptarse a los exiguos horarios de la biblioteca, un cuarto de baño en el que nunca tenía que esperar su turno para ducharse... Nunca había disfrutado de aquellos lujos, jamás en toda su vida, y, aunque para mucha gente pudieran ser algo cotidiano, ella sentía que tenía que aprovechar cada minuto de la experiencia.

Pero tampoco podía evitar sentirse mal. Nunca nadie le había regalado nada. Y aquel dinero que se ingresaría cada mes en su cuenta —y del que ya había recibido el primer pago por adelantado— era más de lo que podía soñar. No podía salir bien que fuera a cambio de no hacer nada.

Claro que era difícil que pudiera ayudar a James si apenas lo veía. En dos semanas, no había cruzado con él más de dos o tres frases de pura cortesía... cuando él decidía aplicar esa cualidad. El resto de los días la saludaba con un gruñido —o algún otro tipo de sonido gutural semejante— y se marchaba de la parte de la casa en la que coincidieran todo lo rápido que era capaz. Era educado, nunca le hacía ningún comentario que ella pudiera considerar descortés, pero también muy frío. Gélido.

Pero Annie no cejaba en su empeño de intentar ayudarlo. Y le pareció que un buen modo de conseguirlo sería observarlo. A una prudencial distancia, por supuesto; presentía que él no se tomaría demasiado bien que ella tratara de saber más sobre su vida.

No tardó en darse cuenta de que él seguía una rutina bastante bien establecida. Se levantaba temprano y se perdía durante horas en el sótano de la casa, al que se accedía por una rampa cercana al salón. Annie aún no se había atrevido a bajar mientras él se encontraba allí, pero deducía que se dedicaría a utilizar las máquinas del gimnasio y la piscina, junto a la que había

una silla especial habilitada para ayudarlo a sumergirse sin riesgos.

Hacia el mediodía, se metía en la cocina y preparaba platos que inundaban toda la casa de olores deliciosos. Annie se había fijado en que el suelo junto a la encimera era en realidad una plataforma que se podía elevar para que James tuviera acceso fácil a los hornillos de la cocina, los diferentes electrodomésticos y las alacenas en las que guardaba la comida, que les llegaba una vez a la semana por un pedido hecho a través de internet. Siempre cocinaba suficiente para dos personas y le dejaba a Annie su comida preparada, a pesar de que ella le había dicho una vez que podía encargarse de las tareas de cocina. Él le había respondido que le gustaba cocinar y ni siquiera le había dado opción a compartir esa función.

Las tardes solía pasarlas en el jardín, con un libro en las manos y sus pies colocados en las plataformas de su silla de ruedas. Ese había sido un detalle en el que se había fijado ya varias veces Annie. James parecía tener una pequeña obsesión con que sus piernas estuvieran siempre perfectamente rectas, colocadas simplemente como si estuviera sentado por voluntad propia y no por aquel trágico accidente del destino del que ella no tenía demasiada información. Annie recordaba que el anciano al que había cuidado y que sufría una lesión similar siempre tenía las piernas desmadejadas, los pies muchas veces caídos hacia el suelo y no dejaba lugar a dudas sobre la falta de control sobre sus extremidades inferiores a cualquiera que pudiera verlo. Annie dedujo que esa era precisamente la imagen que James intentaba evitar dar.

Por las noches, cenaba algo ligero, generalmente delante del televisor o el ordenador, en el salón. Annie había hecho amago de acompañarlo una vez, pero la forma en que el cuerpo de él se había tensado en su presencia le dejó muy claro que era mejor idea que ella cenara sola en la cocina.

Y así transcurrían las jornadas. Día tras día.

\*\*\*

Un día, cuando llevaba ya casi tres semanas en la casa, a Annie se la comió el aburrimiento. Literalmente. Sentía que la devoraba. Se había despertado a las seis y media de la mañana, había comprobado que James no necesitaba nada de ella y se había sentado en su escritorio a estudiar. A media mañana, ya no le quedaba un solo método de contabilidad por memorizar y estaba segura de que, si hubiera tenido el examen de la asignatura aquel mismo día, habría sacado un sobresaliente. Había ido a la cocina a prepararse un tentempié —

por primera vez en su vida, podía permitirse comer por aburrimiento, así que a veces podía con ella la tentación de aprovecharlo— y, cuando estaba allí, escuchó el inconfundible aunque muy discreto chirrido de las ruedas de la silla de James deslizándose por el suelo de hormigón pulido del salón.

Y entonces el aburrimiento dio paso a la curiosidad. Annie intentó vencerla, de verdad que sí. Dio un par de paseos por la cocina, se preparó un té de frutos rojos y lo bebió mientras veía la lluvia caer sobre el jardín de la casa. Trató de encontrar algo que hacer en su ordenador, pero, aparte de estudiar, ni siquiera sabía a qué dedicar el tiempo. No tenía redes sociales, ni amigos de ningún tipo, así que se limitó a entrar en las webs de un par de medios de comunicación y ponerse un poco al día sobre las noticias.

Pero... la curiosidad seguía ahí. En concreto, bajo aquella rampa que ella sabía que conducía al gimnasio y la piscina de la casa. Y decidió bajar.

Un sonido acompasado de metales deslizándose y jadeos rítmicos la recibió. A la entrada del sótano, había un pequeño vestuario, con un banco de madera, dos asideros en la pared, una estantería con toallas de color blanco immaculado y una mininevera llena de agua y bebidas isotónicas. A continuación, el espacio se dividía en dos partes diferenciadas. La sala de la izquierda estaba llena de máquinas de ejercicio; la de la derecha daba acceso a la piscina, que contaba con una ducha adaptada y la silla de acceso al agua. El ambiente era cálido y el olor a cloro se filtraba en las fosas nasales de Annie.

Desde la entrada a la zona de la piscina, unos cristales —translúcidos hasta más o menos un metro del suelo y transparentes desde el techo— dejaban una visión muy clara del gimnasio. Annie se sintió segura allí, resguardada de la mirada de James incluso en el caso de que él girara la cabeza, cosa que parecía poco probable, dado que estaba muy concentrado en su serie de ejercicios.

La visión que se planteaba delante de los ojos de Annie era tan espectacular que su boca se abrió sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. James se encontraba bajo una barra de ejercicio, haciendo una serie de dominadas que poca gente habría sido capaz de completar sin perder el aliento... o la vida.

Arriba y abajo. Arriba y abajo. Annie no perdía detalle de cada centímetro del cuerpo de James. De sus manos, apretadas sobre la barra hasta el punto de que los nudillos se le habían quedado blancos. De sus brazos, que se flexionaban delineando unos bíceps fuertes y rotundos. De su abdomen, en el

que se contraía una tableta de chocolate que no era ni un ápice menos apetitosa que la del mejor cacao suizo. Ni tampoco de sus piernas, que colgaban inertes mientras él se ejercitaba, como si la silla de ruedas no fuera suficiente recordatorio de que algo no acababa de funcionar bien.

Pero... quién lo diría. Aquel hombre no tenía nada que envidiar al deportista más cualificado, al atleta más en forma, al... al ejemplar más sensual del género masculino de todo el planeta Tierra.

Annie se pasó media hora embobada, viendo como él pasaba de las dominadas al banco de abdominales, de ahí al de pesas para finalizar su sesión en una máquina que le permitía imitar el movimiento de pedaleo con los brazos. Después de aquella sesión de *cine* inesperada, Annie se dispuso a regresar a su cuarto, pero James tenía otros planes para ella. Lo vio subirse a su silla de ruedas y dirigirse a la zona de la piscina, para lo que tendría que pasar por el lugar exacto en el que ella se encontraba.

Se escondió como pudo detrás de un pilar de hormigón que servía de soporte a los cristales que separaban ambas zonas y, ya que no se podía mover de allí, se dedicó a seguir *disfrutando de las vistas*. Observó en primera fila como él se deshacía del pantalón corto con el que había estado ejercitándose hasta entonces y se quedaba *vestido* solo con un bañador de nadador que era la absoluta mínima expresión textil. Lo vio impulsarse con su silla hasta la que había junto a la piscina y transferirse a ella con una agilidad que hablaba de los muchos años que llevaba asimilando aquellos movimientos rutinarios. Estiró un brazo para activar el mecanismo que lo sumergía y el «splash» que Annie escuchó cuando el cuerpo de James chocó contra el agua la sobresaltó.

Y ahí comenzó la segunda parte de la mañana de observación y disfrute que Annie se había permitido. Brazadas adelante y atrás, un torso fuerte emergiendo del agua y una cabeza que se hundía y volvía a salir, siempre de forma rítmica y constante. Nadie que no hubiera conocido la realidad de James podría haber imaginado que aquellos impulsos en el agua se producían sin ningún movimiento de sus piernas.

Annie no habría sabido decir cuánto tiempo se pasó observándolo, pero cuando escuchó de nuevo el sonido de la silla adaptada devolviendo a James a la superficie se arrepintió de no haberse escapado antes a algún lugar seguro donde él no pudiera verla. Vio de reojo como él alcanzaba una toalla blanca de tamaño grande y se secaba con ella antes de regresar a su silla de ruedas. Hasta ese mínimo movimiento fue teleografiado con deseo por los ojos ávidos de Annie, que ni siquiera entendía qué era lo que le estaba pasando y que

estaba segura de que se torturaría un poco al regresar a su cuarto con lo poco profesional que había sido su *tarea de observación* de esa mañana.

Pero ya habría tiempo para preocuparse por eso más tarde. En aquel momento, la única prioridad era ser capaz de mantenerse muy quieta y silenciosa detrás de la columna que la resguardaba, y escabullirse a su habitación sin ser vista en cuanto James volviera a la planta superior.

Creyó que lo había conseguido. De verdad que lo creyó. Ya había exhalado el aliento que había estado conteniendo durante aquel par de horas que llevaba en el sótano, cuando escuchó su voz.

—Voy a preparar pollo al horno para comer —dijo Jamie, sin establecer contacto visual con ella, casi como si el comentario no tuviera ninguna importancia—. Te estará esperando arriba cuando acabes tu excursión por el gimnasio.

## Deja que te ayude

Después del humillante *encontronazo* del gimnasio, Annie quiso que se la tragara la tierra y aceptó aquello que tenía la sospecha que había sido la intención de James desde que ella había llegado a su casa: mantenerse alejada de él. Pasaron así un par de semanas, viéndose lo justo y reduciendo el intercambio de palabras a los consabidos «¿necesitas alguna cosa?» por parte de Annie y «no» —siempre era «no»— por parte de James.

Annie pasaba aproximadamente la mitad de su tiempo torturándose por no ser capaz de demostrarle a James que ella era útil y podía ayudar a que su vida fuera más sencilla... y la otra mitad aprovechando la desidia de él para estudiar y hacer los trabajos necesarios de su ciclo formativo. Ya había entregado por adelantado varios trabajos e incluso sus profesores la habían felicitado por su evolución. Annie nunca había sido una estudiante irresponsable, pero los vaivenes laborales de su vida en los últimos años habían impedido que le dedicara a los trabajos del curso el tiempo necesario. Pero ahora eso había cambiado y, en cierto modo, tenía que agradecerse a James.

Pero habían pasado ya dos días sin que Annie supiera absolutamente nada de él, y estaba preocupada. No se lo había encontrado en la cocina a la hora del desayuno, ni a la del almuerzo ni a la de la cena. No había cocinado, como solía ser su costumbre, y Annie había preparado comida suficiente para ambos, aunque él no la había tocado. Tampoco había visto luz bajo la puerta del salón. Había bajado al gimnasio —pese a que la mortificaba recordar la última vez que había estado allí— y había comprobado que no había toallas sucias en el cubo de la ropa, así que estaba claro que tampoco se había dejado caer por allí. Incluso, en medio de una paranoia que le ocupó toda una tarde, se acercó al garaje y comprobó que el coche de él estaba lleno de polvo, así que no parecía que lo hubiera utilizado en los últimos días.

La preocupación de Annie se convirtió casi en histeria. No se lo perdonaría jamás si James hubiera sufrido algún accidente en su cuarto —aquella parte de la casa que ella tenía vetada— y ella ni siquiera se hubiera enterado por estar demasiado avergonzada por aquel encuentro fatal en que



había demostrado ser una horrible profesional deleitándose con el físico — inolvidable, por otra parte— de su jefe.

Pensó en utilizar el intercomunicador que Barbara le había proporcionado el primer día para hablar con James, pero recordó que él había montado en cólera al verlo y había dicho que no era un bebé y no pensaba tenerlo encendido nunca. Barbara le había echado una mirada matadora, pero él había respondido con una media sonrisa que Annie, como observadora muda de aquel intercambio entre los dos hermanos, había interpretado como un «desde París no vas a poder hacer nada para impedírmelo».

Aun así, lo intentó. Pero comprobó que, en efecto, James no estaba disponible al otro lado del aparato. Así que no le quedó más remedio que acercarse a la zona vetada. Y que fuera lo que Dios quisiera.

Annie llamó dos veces con delicadeza a la puerta de la habitación de James. Se escuchaba de fondo música de *jazz*, que se interrumpió de inmediato en el momento en que ella golpeó la madera. Así que estaba allí... pero no respondía.

—¿James?

Silencio.

Annie estaba empezando a cabrearse. Lo único que pretendía era que él le dijera que se encontraba bien, que había alguna causa por la que no había abandonado su dormitorio en dos días, o que simplemente había sido casualidad. Que la dejara tranquila y permitiera también que Annie tranquilizara a Barbara en sus llamadas periódicas. No quería ni pensar en qué le diría la siguiente vez que llamara si no conseguía hablar con James antes. Así que... abrió la puerta sin permiso.

—¿James? —Annie no consiguió que la voz se le mantuviera firme. Tenía un poco de pavor a la posible reacción de él.

—¿Annie! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... estaba preocupada.

—Pues creo que, si no he contactado yo contigo a través de ese... intercomunicador —dijo la palabra como si fuera el objeto que más asco le daba de este mundo; quizá fuera así—, será porque todo va bien. También podría haber salido a avisarte si me ocurriera algo. Simplemente... estoy pasando más tiempo estos días... emmmm... leyendo. Leyendo y escuchando música.

Annie podría haberse creído esas palabras, o fingir hacerlo, darse la vuelta y volver a su ala de la casa, quizá a darse un largo baño de burbujas o a leer

alguna de las muchas novelas que había en la biblioteca de la mansión. Pero su ética profesional mandaba, por más que en los últimos días hubiera dudado a menudo que le quedara un ápice de ella en el cuerpo.

Y no había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que allí ocurría algo. James estaba tumbado en la cama, algo recostado sobre el cabecero. A su lado, un libro electrónico con la pantalla aún encendida y el mando a distancia del equipo de música. El ambiente estaba cargado y las sábanas revueltas, algo que le extrañó a Annie, que sabía por la mujer que se encargaba de la limpieza tres veces por semana que James tenía una pequeña obsesión con que su cama estuviera siempre perfectamente hecha y las sábanas limpias y bien estiradas. En su mesilla, varios envases vacíos de comida, algún blíster de medicación y un par de botellas de agua y bebidas energéticas a medio consumir.

Todo lo que veía preocupó a Annie, pero lo que acabó de confirmarle las malas noticias fue el modo en que James escondía parte de su cuerpo de la vista de ella. Dio una vuelta alrededor de la cama, sin pedirle permiso y sin permitir tampoco que la mirada furibunda de él la disuadiera.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Nada.

—James, mira... Tu hermana Barbara llamará dentro de un rato, suele hacerlo los miércoles alrededor de esta hora. Puedo decirle la verdad, que llevo dos días sin saber de ti y que, cuando he venido a tu cuarto, me he encontrado un desorden bastante inusual y a ti con pinta de estar enfermo. Supongo que su decisión, en vista de que yo no puedo ayudarte en absoluto, será despedirme, coger un avión y venir ella misma a hacerse cargo de la situación.

—¿Y cuál es la opción B? —preguntó él, sin que en su gesto circunspecto se notara lo que en realidad era una súplica para que no molestara a Barbara en su periplo francés.

—La opción B es que me digas qué te pasa y cómo puedo ayudarte.

—Ya...

James exhaló un suspiro sonoro y, a continuación, se quedó en silencio. Ya estaba ella a punto de intervenir y repetir su amenaza, o simplemente marcharse de allí y llamar a Barbara para confesarle su incompetencia, cuando él habló.

—Tengo... tengo una tendinitis bastante dolorosa en la muñeca izquierda.

—James sacó su brazo de debajo de las sábanas y se lo mostró; desde el final

de los dedos hasta casi el codo, estaba cubierto por una férula rígida de color azul—. Así que mi movilidad está bastante... limitada. —La mueca con que acompañó sus palabras hablaba bien a las claras de la frustración que sentía.

—Bien... ¿Has ido al médico?

—No es necesario. Me pasa un par de veces al año y sé lo que tengo que hacer.

—¿Y qué es?

—Inmovilizarla y tomar un antiinflamatorio cada ocho horas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Generalmente, en una semana o así se me pasa.

—Ya... ¿Y te quedas en la cama todo ese tiempo?

—Bueno... yo...

—Mira, James... —Annie no esperó invitación y se sentó en la butaca que había cerca de los pies de la cama—. Yo estoy aquí para ayudarte. Es evidente que en el día a día te manejas perfectamente solo y no puedo aportarte demasiado. Pero mi trabajo consiste precisamente en ayudar cuando algo se salga de la rutina. Algo como esto.

—Pero es que... no lo necesito. —James había cambiado su actitud defensiva por otra indefinible; también fría, pero a la vez agradecida—. Te agradezco mucho tu interés, Annie, y siento haberte preocupado, pero de veras no es necesario que hagas nada.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó ella, ignorando sus palabras, a pesar de que eran las más cálidas que le había dirigido en más de un mes.

—Pues... con mucha dificultad, pero sí.

—¿Te has levantado de la cama en estos dos días?

—Emmm... he ido al cuarto de baño, como comprenderás.

—Ya. ¿Y qué has estado comiendo?

—Tenía unas barritas energéticas y algo de beber en el mueble de la tele.

—¿Has podido ducharte?

—Annie, por favor, ¿podrías dejar de hacerme preguntas que me da vergüenza responder?

Annie se quedó callada un segundo, porque entendía que las preguntas que estaba haciendo eran demasiado íntimas, pero no era la primera vez que trabajaba al cuidado de una persona con alguna discapacidad, y sabía que, desgraciadamente para quienes la sufrían, la barrera de la intimidad quedaba muy diluida cuando había una situación de dependencia.

—Es mi trabajo hacerte estas preguntas, James. Y ayudarte en la medida de

lo posible.

—Ya... Pues la respuesta es no. Apenas puedo mover la mano lo suficiente para subirme a la silla con mucho esfuerzo y hacer lo imprescindible en el cuarto de baño. No me hagas entrar en más detalles.

—Comprendo. ¿Y piensas estar, en el mejor de los casos, una semana sin ducharte?

—Pues...

—Pues no, James. Lo haremos como tú te sientas más cómodo, pero desde luego no voy a permitir que te pases una semana sin salir de la cama, sin asearte y yendo al cuarto de baño con dificultad. Por descontado, yo prepararé la comida y te la traeré a diario. O te ayudaré a levantarte para que comas en la cocina, pero... se acabaron las barritas energéticas.

—Eso... eso te lo agradeceré bastante. —A James se le escapó una media sonrisa tímida; también triste, pero ninguna de esas dos características hicieron que a Annie le pareciera menos radiante.

—Bien, ¿cómo puedo ayudarte a levantarte?

—Me temo que *levantarme* no es exactamente el término más adecuado al tratarse de mí.

—Lo... lo siento. —Annie enrojeció hasta casi hacer juego con el terciopelo granate de la butaca—. Quiero decir...

—Era una broma, Annie.

—Ah.

Se ahorró su comentario, que no habría hecho más que mortificarla de nuevo. Porque lo que habría querido decirle era que bajo ninguna circunstancia habría podido imaginárselo bromeando.

—Lo mejor será —él siguió hablando sin prestarle atención— que te... que te pase el brazo por encima de los hombros. La otra mano está bien, con tu ayuda podré hacer fuerza con ella y sentarme en la silla.

—De acuerdo. Mmmmm... ¿probamos?

—Vale.

Annie se acercó a él e intentaron un par de posturas hasta que dieron con el movimiento perfecto para que James pudiera transferirse a la silla de ruedas sin demasiado esfuerzo. Los dos estaban tímidos, algo incómodos con tanto contacto físico. Y ninguno de ellos habría sabido decir si se debía a esa ruptura de la barrera de la intimidad o al hecho de que se sentían irrefrenablemente atraídos el uno por el otro.

—¿Necesitas que te acompañe al cuarto de baño?

—Por Dios, ¡no! —James, contra todo pronóstico, se rio—. Déjame conservar un mínimo de dignidad, te lo ruego.

—No creo que haya nada de indigno en pedir ayuda. Para lo que sea. —Annie le respondió muy seria, y él no pudo evitar mirarla con admiración.

—¿Lo has... lo has hecho alguna vez?

—¿El qué?

—Eso... acompañar a personas... *dependientes*... al baño.

—Al baño y a todas partes. He trabajado en cuidados pocas veces, pero fueron... duras.

—Comprendo. —James empezó a rodar con su silla y la miró—. Pues... voy a ir al baño e intentar pasarme a la silla de la ducha. Te prometo que, si no soy capaz, te lo haré saber.

—Andaré por aquí cerca. Ya que te niegas a usar el intercomunicador, confío en que grites lo suficiente si me necesitas.

—De acuerdo.

Annie regresó al salón con una sonrisa en la cara. Quizá era algo inapropiado alegrarse tanto de sentirse útil, pero la frustración por no estar realizando correctamente su trabajo la había abrumado en sus primeras semanas en casa de los Parks.

\*\*\*

James consiguió, no sin bastante esfuerzo, darse una ducha en condiciones, por primera vez en dos días. Dejó que el agua caliente le arrancara del cuerpo la horrible sensación que lo angustiaba desde que había notado el primer pinchazo fuerte en la muñeca, el regreso a la dependencia, a no poder desenvolverse por sí mismo sin ayuda externa. Él sabía que nunca sería plenamente autónomo, pero trataba de olvidarlo cada día. Había aprendido en tiempo récord a moverse con la silla, a asearse, a cocinar y a conducir, utilizando todo su esfuerzo y también el dinero que había cobrado del seguro tras el accidente para adaptar su coche y su casa a sus nuevas necesidades.

Pero siempre había algo que se podía torcer. Sus muñecas eran las más proclives a complicarle la vida, pero también había habido gripes, catarros, gastroenteritis y dolores de espalda paralizantes. Situaciones que a alguien *normal* no le supondrían más que algunas molestias, pero que a él lo dejaban a merced de su hermana. Y desde que ella se había marchado... de una desconocida a la que odiaba tener que pedirle ayuda para algo tan básico, y

que todo el mundo da por sentado como algo natural, como levantarse de la cama.

Annie... Ya ni siquiera sabía cómo comportarse con ella. Su instinto, ese que creía muerto desde hacía casi una década, seguía ahí, bajo las mil capas con las que la lesión lo había cubierto. Pero, desde que ella había llegado a su casa, sentía que aquello que él había sido en la universidad, y en los dos años posteriores, seguía existiendo. Aquel Jamie Parks conquistador, que gustaba a las mujeres y que se sentía irrefrenablemente atraído por ellas, vivía en algún lugar de su cuerpo. Pero él tenía que esconderlo, que ocultarlo. Y lo hacía con palabras bruscas, con la frustración de saber que, si pudiera caminar, ya habría hecho algún movimiento para acabar con sus piernas enredadas a las de ella. No se podía permitir sentir aquella atracción bestial hacia ella, pero tampoco sabía cómo evitarla.

Y tiró del recurso fácil, claro. El único que le quedaba en su precaria situación. La ducha estaba siendo placentera y podía serlo aún más. Así que llevó su mano derecha hacia su entrepierna y dejó que la música ahogara los gemidos con los que descargó su placer en aquel ambiente tan aséptico. Y tan solitario. Allí solo estaban él y la imagen de Annie clavada en su mente.

Cuando salió de la ducha y se vistió, decidió salir al salón, aunque eso implicara forzar la muñeca en unos movimientos antinaturales a causa de la férula. Por un momento, había olvidado que Annie había prometido quedarse cerca por si él la necesitaba —la había necesitado, sí, de una manera demasiado primaria—. Y allí estaba ella, en el espacio que separaba el área principal de la casa del ala en la que él residía, de pie, contemplando los títulos de la estantería en la que él guardaba algunos de sus libros favoritos.

—Puedes coger los que quieras cuando te apetezca leer algo —le dijo y notó que sus palabras la sobresaltaban un poco.

—Ah, gracias... ¿Ha ido todo bien? —se atrevió a preguntar ella, y James odió ver la prudencia en su mirada. Debía de haberse comportado como un auténtico insolente con aquella chica en las últimas semanas.

—Sí, perfecto. Gracias por todo.

James le sonrió y ella se le quedó mirando. Fue una mirada larga, pero que no hizo a ninguno de los dos sentir incómodo. Annie parecía estar devorándolo con los ojos, pero James apenas podía creerse que una mujer, una tan bonita como ella además, pudiera sentir la menor atracción por un hombre que no era capaz ni de sostenerse en pie por sí mismo. Pero había visto aquella mirada antes en los ojos de Annie. Había sido aquella mañana extraña en que le había

parecido detectar alguna presencia en el gimnasio mientras se ejercitaba y había acabado descubriéndola escondida tras un pilar del sótano cuando salió de la piscina. Se había preguntado mucho por qué ella podría haber estado espiándolo e incluso se había cabreado —mucho— al sospechar que ella pudiera sentir algún tipo de morbo extraño por verlo a él, con todas sus limitaciones, haciendo deporte. James sabía que el ejercicio era imprescindible para mantenerse en forma a pesar de su estado. Y le gustaba hacerlo, aunque odiara ver sus piernas inertes mientras hacía dominadas o saber que eran inútiles a la hora de impulsarse en la piscina. Que ella hubiera podido contemplar aquel desastre que él consideraba su cuerpo... lo había enfadado.

Pero ahora que veía en ella aquella misma mirada, siguiendo el recorrido que hacían las gotas de agua que caían de su pelo aún mojado, se atrevió a plantearse que quizá fuera deseo. Que tal vez Annie también sentía algún tipo de atracción hacia él, aunque seguro que era menor que la que ella provocaba en él. James no era tonto, sabía que siempre había tenido mucho éxito con las mujeres antes del accidente, pero le parecía que aquello era algo que había muerto en la misma montaña de Aspen que sus ganas de intentar tener una relación.

—¿Puedes... puedes recomendarme alguno? —Annie señalaba las estanterías con un gesto aparentemente indiferente, pero su voz sonó temblorosa y tuvo que carraspear un par de veces antes de acabar su pregunta.

—¿Algún libro? Miles... ¿Qué te gusta leer?

—Un poco de todo. Novela negra, histórica, poesía...

—Puedes llevarte algo de Tom Clancy, a mí me apasiona. Tengo también todo lo de Ken Follett, que no se puede decir que sea alta literatura, pero cómo enganchan. —Annie sonrió al comprobar el entusiasmo de él al hablar del que parecía ser uno de sus temas favoritos—. Y de poesía tengo muchas cosas. Erri de Luca me encanta, por ejemplo. O Neruda. Entre esta estantería y la biblioteca puedes encontrar bastantes cosas que te gustarán.

—¿Puedo coger cualquiera?

—Sí, sí. Estos días... —James esbozó una mueca de fastidio— no puedo leer en papel por culpa de la mano. Me cuesta sostener el libro. Así que estoy a tope con el libro electrónico.

—Pero no es lo mismo, ¿no?

—Para nada.

Los dos se rieron y tuvieron la sensación de que, aquel día, habían firmado

una tregua. A media tarde, James decidió regresar a su dormitorio y Annie se despidió tras asegurarse de que él se quedaba bien cómodo en su cama. Lo obligó a encender el intercomunicador y él aceptó, aunque a regañadientes.

—Buenas noches, James. Ya sabes dónde estaré si me necesitas.

—Claro, Annie. Muchísimas gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No he hecho gran cosa... —Ella se sonrojó y le dedicó una sonrisa tímida.

—No digo solo hoy. Hablo... en general.

—Yo también. No he hecho gran cosa desde que llegué.

—Intentaré ser un poco más sociable.

Ella le respondió de nuevo con una sonrisa y él encendió su equipo de música para acallar las palabras que no dejaban de rondarle la cabeza. Que Annie podía creer que no había hecho gran cosa durante su estancia en su casa, pero... había hecho más que eso. Había despertado una parte de él que Jamie creía dormida para siempre.



## Y vuelta a la casilla inicial

Annie se pasó los días siguientes cuidando de James en la medida que él le permitía, que era más de lo que habría imaginado una semana antes, pero bastante menos de lo que a ella la habría hecho sentir plenamente satisfecha con sus funciones laborales. Lo ayudó cada mañana a levantarse de la cama, cocinó para él —e incluso compartieron la comida y la cena en la mesa del *office* varios días— y lo devolvió a la cama cuando él se lo pidió. Al quinto día, James probó a sacarse la férula rígida que mantenía su muñeca inmóvil y comprobó que su mano estaba bastante mejor; se la cambió por una muñequera flexible y, poco a poco, dejó de necesitar la ayuda constante de Annie.

Ella regresó a sus rutinas, a estudiar por las mañanas —saliendo de vez en cuando a comprobar si él la necesitaba— y a disfrutar un poco del descanso por las tardes. Coincidieron poco a la hora de la comida y la cena, pero prefirió no pensar demasiado en si él estaría reculando en aquel mínimo acercamiento que había supuesto la semana que había pasado con tendinitis o si era simple casualidad.

Finalmente, habían decidido contarle a Barbara la verdad sobre la tendinitis de James. Él había propuesto ocultárselo, porque desde París no se iba a enterar, pero a Annie no le pareció ético. Llegaron al acuerdo de confesar, pero solo cuando hubiera pasado lo peor. Ella se había mostrado muy preocupada, y también sorprendida cuando Annie le había contado que James la había dejado ayudarlo sin que surgieran conflictos —lo cual no era exactamente la verdad, pero tampoco era obligatorio contarle lo de aquellos dos primeros días en que él había estado medio desaparecido—. Entre ambos, en diferentes llamadas, consiguieron tranquilizarla y que siguiera con su vida en París sin necesidad de tener la mente puesta en San Francisco todo el tiempo.

Un martes, Annie se sorprendió cuando, a la hora de comer, todavía no había sabido nada de James. Quiso tomárselo con calma, porque, como bien se encargaba él de repetir con frecuencia, no era un niño pequeño que tuviera que dar cuenta de sus movimientos a su cuidadora. Pero a media mañana no pudo evitar acercarse a su ala de la casa, porque no se le iba de la cabeza que la

última vez que había estado una mañana entera sin saber de él había sido porque se encontraba enfermo.

Pero allí tampoco estaba. Y la paranoia creció. Se sentía absurda mientras recorría toda la casa, abriendo y cerrando puertas, llamándolo con la voz un poco más alta cada vez y sin obtener respuesta. No solo no estaba en toda la casa, sino tampoco en el gimnasio y, al entrar en el garaje, Annie comprobó que su coche tampoco estaba allí. En el garaje había habitualmente tres coches: un Mini rojo perteneciente a Barbara, que, obviamente, no se había llevado a París; un Range Rover de color negro con los cristales tintados y los controles en el volante, que era el que usaba James cuando necesitaba salir de la casa y nadie lo acompañaba; y un todoterreno más viejo, también modificado para que él pudiera conducirlo, que acumulaba polvo al fondo de la estancia. Eso era lo que Barbara le había contado, porque en todo el tiempo que ella llevaba viviendo en la casa de los Parks nunca había visto a James salir con el coche. O eso pensaba, al menos.

Hacia las dos de la tarde, aceptó que ese día tendría que prepararse la comida y que James habría quedado con alguien para comer. Le extrañó. Y a su vez... le extrañó que le extrañara. En las siete semanas que llevaba allí, nunca había visto a James salir del recinto de la casa. Si tenía amigos —y esperaba de corazón que los tuviera— debía de relacionarse con ellos a través de internet, por teléfono o lo que fuera...

A media tarde, escuchó el potente motor de un coche acercarse por aquella calle tan tranquila en la que vivían y, a continuación, el rumor sordo del mecanismo automático de apertura de la puerta del garaje. Corrió a la cocina a prepararse un café, sin querer preguntarse demasiado por qué le había afectado de tal manera que él saliera sin avisarla ni decirle a dónde, y lo esperó fingiendo tranquilidad sentada a la mesa de la cocina.

—Buenas tardes, Annie —la saludó, sin ninguna inflexión especial en la voz.

—Hola. —Ella resopló—. ¿Dónde estabas?

—Yo... —La cara de James reflejó mucha de la estupefacción que sentía; no estaba acostumbrado a dar explicaciones a nadie, o como mucho a su hermana, no a una persona que se suponía que trabajaba para él—. He salido.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta. Estaba... preocupada.

—Vaya, pues lo siento. Estaba en el hospital.

—¿En el hospital?!

—Sí, tenía una cita con mi traumatólogo para que me mirara la muñeca.

—Ah... Podías haberme avisado y te habría acompañado.

—Mira, Annie, te agradezco la intención, pero llevo siete años desplazándome al hospital por mí mismo cuando tengo una cita médica, que te aseguro que es más a menudo de lo que me gustaría.

—Pues muy bien.

Annie había aguantado con estoicismo las malas actitudes de James durante las semanas que llevaba trabajando con él, pero empezaba a cansarse. Ya ni siquiera sabía qué decirle a Barbara cuando llamaba. Y no le deseaba ningún mal a James, pero era muy triste que el único momento en el que se había sentido útil en todo ese tiempo había sido durante la semana que él había tenido la muñeca lesionada. Tenía ganas de echar sapos por la boca contra él, pero decidió ser conciliadora.

—¿Has comido?

—La verdad... no. Tenía cita a las doce, pero se ha retrasado y no me ha dado tiempo a comer. Me prepararé...

—He hecho lasaña. Bueno, la he preparado, falta meterla al horno. Haré una ensalada, si quieres, para tomar mientras esperamos.

—¿Tú tampoco has comido?

—Estaba... esperándote.

—Entiendo.

A James lo enterneció un poco la actitud de Annie. No solo estaba enfadada por que él no le hubiera dado la oportunidad de ayudarlo, sino que se había quedado sin comer esperándolo, había dejado preparada la comida sin saber si él iba a rechazarla o no y ahora se estaba afanando en no discutir. No estaría mal que él pusiera algo de su parte.

—Escucha, Annie...

—Dime —le respondió ella sin mirarlo, mientras comprobaba la temperatura del horno.

—Siento mucho no ser demasiado... colaborador. Estoy acostumbrado a encargarme yo de casi todo, sin contar con nadie...

—Pero Barbara...

—Barbara es mi hermana y la adoro. Pero la mitad de las cosas en las que ella me ayuda son innecesarias. Y me ocurre lo mismo contigo, excepto si hay alguna situación anómala, como lo que me pasó en la muñeca o alguna otra cosa que pueda surgir.

—Entiendo.

—En cualquier caso, no tengo ningún derecho a ser borde contigo.

—Es normal que lo seas... —Annie habló de forma distraída, mientras servía en su plato y en el de James un buen pedazo de lasaña—. Estás frustrado y es lógico.

—¿Disculpa?

El tono de James fue gélido y a ella se le quedó congelado en el aire el gesto de servir. No supo si había metido la pata al decirle que estaba frustrado, pero empezaba a estar ella misma un poco enfadada con él. Quizá era que aquel día se había levantado con el pie izquierdo, o que había estado acumulando pequeños enfados a lo largo de las semanas, o tal vez simplemente había abierto los ojos al hecho de que, en casa de los Parks, demasiadas cosas no eran normales. No solo era que le pagaran en unos pocos meses una cantidad de dinero escandalosa, superior a la que había ganado en varios de los últimos años, por no hacer... nada. Era el derroche de dinero que veía, en general. Y no tenía ninguna duda de que la situación por la que había atravesado James era durísima, algo que ninguna persona querría experimentar en carne propia, pero también era indudable que el dinero había ayudado a que las consecuencias de su accidente fueran mucho más llevaderas que para cualquier persona *normal*. James contaba con un coche de alta gama adaptado a sus necesidades; una casa espectacular, con todas las superficies llanas, puertas enormes para que pudiera moverse sin problemas en la silla de ruedas y una cocina en la que una plataforma se elevaba de forma automática para que tuviera acceso a los electrodomésticos y los armarios. Annie había trabajado para otras personas discapacitadas, gente de clase media que hacía un enorme esfuerzo para poder pagar su exiguo salario —que ni se parecía al que cobraba en casa de James— y que veía su dependencia multiplicada por la falta de ayudas para adaptar sus casas o sus coches a la nueva realidad a la que se enfrentaban.

Por eso James le parecía un niño a veces. Porque entendía que su situación física lo frustrara; era joven y llevaba ya muchos años, según lo que Barbara le había contado, anclado a aquella silla de ruedas. Pero empezaba a cansarla que él no entendiera que era también un privilegiado en muchos aspectos; que ya les gustaría a muchos enfermos contar con una persona en su casa, veinticuatro horas al día, para recurrir solo a ella en casos de extrema necesidad.

—Perdona, James... No estoy demasiado de acuerdo con el modo en que afrontas las cosas. Mejor... mejor me voy a mi cuarto. Se me ha quitado el hambre.

Annie sabía que estaba exagerando un poco, pero era demasiado tiempo agriándose su opinión sobre James, su situación y su actitud.

—No, espera, Annie.

James la agarró por un brazo y, con el impulso, la silla se giró y quedaron cara a cara. En la de él, después de haberle pedido que no se marchara, Annie había esperado encontrar una disculpa, pero... no fue eso lo que vio. Tenía los ojos incendiados de furia y empezaba a apretarle el brazo un poco más de la cuenta.

—No tienes ni puta idea de lo que es mi vida, así que no te vayas a atrever a juzgarme.

—¡Tú tampoco de la mía!

—¡Porque no me interesa! —le dijo él, pasándose una mano por la cara de la frustración que sentía ante aquella discusión.

—No te interesa la mía ni te interesa la de ninguna persona que no seas tú.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—¡Que hay un mundo ahí fuera que no disfruta de todos los lujos que tú tienes!

—También hay un mundo ahí fuera en el que los tíos de treinta y dos años no necesitan una silla de ruedas para moverse.

—Te voy a decir una cosa, y la voy a decir con todo el respeto y hasta con un poco de cariño —Annie relajó el tono porque aquella actitud no iba a llevarlos a ninguna parte; y porque no podía arriesgarse a perder ese empleo, por su situación económica y también por no dejar colgada a Barbara, que había puesto toda su confianza en ella—, creo que esa actitud de autocompasión y de encerrarte en ti mismo sin permitir que nadie te ayude no te beneficia en nada.

—¡Eso sí que está bueno! —En cambio, James no había modificado ni un ápice su actitud; seguía furioso contra Annie—. Ahora resulta que intentar ser lo más autónomo posible es rendirme a la autocompasión.

—Sabes que no me refiero a eso.

—Pues tendrías que explicármelo mejor, pero... ¿sabes? En realidad no me interesa lo más mínimo.

—Perfecto.

Ninguno de los dos se dieron cuenta —o quizá sí—, pero a medida que la discusión iba subiendo de tono, ellos iban acercándose más. Annie se había sentado en una de las sillas de la mesa del *office*, porque le parecía injusto mantener esa discusión con la superioridad física que le daba estar de pie.

James se dio cuenta de ello, incluso en medio de su enfado, y lo agradeció mentalmente, aunque no sirvió para que se calmara. Y la calma desapareció por completo, de su cuerpo y del de Annie, cuando fueron conscientes de que apenas había un palmo entre sus caras. Respiraban el mismo oxígeno. El enfado convirtió sus palabras casi en jadeos. Y se dieron cuenta de que, si fueran dos personas diferentes en otra circunstancia y otro lugar, podrían estar a punto de besarse.

Así que se separaron como si el aire quemara. Y de ese modo se volvió a cortar la comunicación entre ellos... ¿para siempre?

## 6

### Todo lo que fui

Una par de semanas después, Annie vio luz por debajo de la puerta del salón cuando se levantó a la cocina a por un vaso de agua. Eran las dos de la madrugada, y sabía que James solía acostarse temprano, así que se asustó un poco. Aquella situación de nula comunicación entre ellos hacía que Annie tuviera miedos que oscilaban a medio camino entre la prudencia y la paranoia. En aquel momento, por ejemplo, se le metió en la cabeza que James podía haber tenido algún tipo de accidente y que quizá estuviera inconsciente... o peor aún, que siguiera siendo tan orgulloso que prefiriera permanecer postrado en el suelo que pedir ayuda.

Así que entró en el salón. Y la imagen que se encontró fue tan desoladora que a punto estuvo de arrepentirse de haber dado aquel paso. Pero entonces recordó que Barbara la había contratado —y que le pagaba una cantidad desproporcionada de dinero— por cuidar de James. En el sentido que fuera. Aunque tuviera que ser en el emocional. Y aunque estuviera casi segura de que iba a llevarse a la cama una mala contestación y un rechazo, decidió quedarse.

—¿James?

—¡Annie!

Por su expresión, fue evidente que él ni siquiera había reparado en su presencia. Permanecía sentado en el sofá, totalmente a oscuras, a excepción del destello que salía del televisor. En él, las imágenes de un partido de baloncesto; un partido antiguo, probablemente, a juzgar por la calidad de vídeo. En la cara de James, unas lágrimas que ella no le había visto hasta entonces y que habría creído no ver jamás.

—¿Necesitas... necesitas algo? —titubeó ella.

—¿Yo? —A James se le escapó la pregunta en medio de una carcajada amarga. Necesitaba tantas cosas... y ninguna de ellas estaba al alcance de Annie, ni de ninguna otra persona—. No, muchas gracias. Disculpa si te he despertado.

—No, no, en absoluto. —Annie siempre sentía la necesidad de excusarse, de tan consciente que era de que a él le sobraba su presencia en la casa—. Me desperté con sed y me he levantado a por un vaso de agua. Si no hay nada que

pueda hacer por ti, me vuelvo ya...

—¿Tienes sueño?

—¿Qué?

—Que si... estás muy cansada.

—No. La verdad es que, cuando me despierto en plena noche, me cuesta horrores volver a conciliar el sueño.

—¿Te importaría...?

—¿Sí?

—Nada, olvídalo. —James resopló.

—No, por favor, dime. Como bien sabes, estoy deseando poder ser útil en algo.

—¿Podrías quedarte conmigo un rato? Solo a... a hacerme compañía.

Annie rezó en voz baja para que James no se hubiera percatado de cómo sus ojos se abrieron como platos durante una milésima de segundo por la sorpresa de la petición que acababa de escuchar. Se acercó a él y, con la mirada, le pidió permiso para sentarse en el sofá, a una prudencial distancia.

—Muchas gracias, Annie. —James carraspeó, porque hacía semanas que se sentía culpable por tratarla tan mal y quizá había sido aquella la razón que lo había impulsado a pedirle que se quedara aquella noche junto a él; o tal vez había sido la soledad; prefería ni pensar en que pudiera ser la atracción que sentía hacia ella... no, mejor eso no—. Y puedes llamarme Jamie.

—¿Jamie?

—Todo el mundo me ha llamado siempre así. Lo de James... es igual.

—Lo usas para marcar distancias, ¿no?

—Eres demasiado observadora para tu propio bien.

Ella se rio y continuó observando aquellas imágenes que se reproducían en bucle en el televisor. Era un partido de Los Ángeles Lakers contra un equipo que no acertó a reconocer; nunca le habían interesado demasiado los deportes y solo sabía los cuatro datos básicos que no se le escapaban a nadie. Celebraban una victoria, pero no debía de ser la de un partido cualquiera, sino de un campeonato, ya que alzaban una copa al aire y la cámara no se perdía ni un solo gesto de los jugadores. Su entrecejo fruncido debió de darle una pista a Jamie sobre su incomprensión, porque él se apresuró a aclararle algunos datos.

—Es la final de la NBA de hace diez años. Los Ángeles Lakers contra Orlando Magic. En el Staples Center de Los Ángeles. Ciento uno a noventa y tres en el último partido del *play-off*. La fiesta posterior duró tres días.



—¿Y tú cómo sabes eso?

—Fíjate bien en las imágenes, anda.

Annie forzó un poco la mirada, pero no vio nada. Unos cuantos hombres con camisetas amarillas festejando con un trofeo y muchas botellas de champán. Hasta que, en un barrido rápido de la cámara, le pareció ver... No, era imposible. Pero sí. Sí era posible. La cámara se quedó fija unos segundos sobre la cara del jugador con el número 32 a la espalda. Y, aunque mucho más joven, con el pelo más largo y una sonrisa en los labios que Annie aún no había sido capaz de atisbar... lo reconoció.

—¿Eres... tú? —se atrevió a preguntarle a Jamie, aunque el silencio que siguió a sus palabras fue tan largo que temió que él jamás fuera a responder.

—Te presento a Jamie Parks, escolta de Los Ángeles Lakers en la temporada 2008-2009.

—Oh. —Annie se llevó la mano a la boca cuando se dio cuenta de que ese año, el 2009, era el del accidente de Jamie. Lo sabía por lo que había hablado con Barbara.

—Sí... Todo se acabó por... —Jamie señaló hacia su silla de ruedas, que permanecía a pocos pasos del sofá. Annie se había fijado en que él solo la utilizaba para desplazarse, rara vez permanecía sentado en ella si había otro asiento disponible; prefería hacer el esfuerzo de pasarse de un asiento a otro que permanecer siempre sentado en aquella silla que, suponía Annie, le recordaba demasiado que su situación era permanente— ... por eso.

—Lo siento.

El silencio cundió durante tanto rato que se convirtió en un manto pegajoso y espeso. Annie no era demasiado buena para dar charla intrascendente, pero tampoco para soportar silencios incómodos.

—¿Quieres... quieres contarme lo que te pasó?

Al momento, se arrepintió de habérselo pedido, porque tuvo miedo a que él interpretara aquella petición como una muestra de morbo o de curiosidad malsana. Pero no era eso. Si lo hubiera sido, en realidad, podría haberla solventado con una simple búsqueda en Google. No es que ella supiera mucho de deportes, pero no era tan tonta como para no ser consciente de que el accidente que le costara la carrera a una estrella de la NBA habría sido noticia de portada nueve años atrás. El motivo por el que ella preguntaba era que tenía una predisposición innata para ayudar, para preocuparse por otros seres humanos. Y allí, en aquel sofá, había uno que estaba sufriendo. Uno al que, si no se equivocaba, los recuerdos lo estaban matando.

—Sí.

—¿En serio? —Annie se llevó la mano a la boca, como queriendo retirar su comentario, pero Jamie le respondió con una sonrisa. Una que brotó de entre las lágrimas y que a ella le pareció hermosísima.

—No soy un monstruo, Annie, aunque a veces haya hecho lo posible por parecértelo. No me gusta hablar de lo que me pasó, no me gusta hablar de mi lesión, porque estoy firmemente convencido de que no merece la pena dedicarle demasiado tiempo a algo que no tiene solución, pero... a veces flaqueo. A veces, muy pocas veces en realidad, quizá solo una o dos al año, necesito encerrarme aquí, poner el vídeo del mejor día de mi vida y dejar que los recuerdos se me claven en el alma. Y también a veces necesito dejar de expulsar de mi lado a todo el mundo y desahogarme con una buena persona dispuesta a escucharme.

—¿Una buena persona?

—Por Dios, Annie, se te ve a la legua que eres una chica fantástica.

Ella sonrió algo sonrojada. No tenía ninguna facilidad para aceptar un piropo, quizá porque nunca había recibido demasiados. Y Jamie... tenía algo especial. Evidentemente, su físico era deslumbrante. Quizá no hubiera un adjetivo mejor que ese para definirlo. Era guapo, estaba en buena forma, y solo hacían falta unos pocos minutos con él para olvidar que era un hombre que sufría una lesión permanente, de tan lleno de vida que se le veía, por más que él quisiera ocultar esa faceta de sí mismo. Pero había algo más que el físico. Jamie era... un buen chico. Barbara se había referido a él de esa manera varias veces durante sus conversaciones, y ahora ella creía comprenderlo. En sus ojos, se percibía que había sido el típico chico de buen corazón, con éxito en la vida hasta que algo se había cruzado en su camino y había roto sus ilusiones. Tampoco era muy difícil comprender que alguien así viviera momentos de profunda amargura interior.

—Gracias.

—Yo... tenía veintitrés años en esas imágenes. —Jamie señaló hacia el televisor—. Siempre jugué al baloncesto. ¡Me encantaba! En el colegio, aunque no era muy alto, tuve un buen entrenador y aprendí mucho. En el instituto ya jugaba campeonatos interestatales y fui a la universidad gracias a una beca.

—¿Qué estudiaste?

—Administración de empresas. Pero en realidad, me importaban poco los estudios... Acabé la carrera, sí, pero con la vista puesta en la NBA. En los

cuatro años de carrera, ganamos todas las temporadas y yo era... bueno... no se me daba mal.

—Eras la estrella del equipo universitario, ¿no?

—Algo así, supongo. Cuando acabé la carrera, fui elegido en el número uno del *draft* de aquel año y pude cumplir el sueño de mi vida: fichar por Los Ángeles Lakers.

—¿Era tu equipo?

—Desde niño. —A Jamie se le dibujó una sonrisa melancólica. El rastro de las lágrimas que había estado derramando antes seguía pintado sobre su cara, pero, al menos, habían dejado de caer—. Mi padre murió cuando yo era pequeño, pero el recuerdo más vivo que tengo de él es que me llevara al Forum, la antigua cancha de los Lakers.

—¿Sois de Los Ángeles?

—No, hemos vivido siempre en San Francisco. Pero, por mis cumpleaños o si sacaba buenas notas en el colegio y alguna vez por Navidad, siempre me regalaba una escapada, los dos solos, a Los Ángeles para ver baloncesto. Siempre me he llevado de maravilla con Barbara, ya nos ves, pero ella me lleva demasiados años. Cuando yo era niño ella ya estaba en la universidad, así que esas escapadas con mi padre eran nuestra «cosa de chicos». Mi padre había sido muy admirador de *Magic Johnson*, un auténtico fanático, y por eso yo elegí después el 32, porque era el número de *Magic*.

—Qué bonito.

—Cuando él murió, me quedé destrozado. Y me juré que, algún día, ganaría el anillo de la NBA con los Lakers y se lo dedicaría. Era un sueño... eso. Demasiado *soñador*. Pero lo increíble es que lo cumplí.

—Estoy segura de que él estaría muy orgulloso de ti.

—Sí, supongo... pero de aquel sueño me desperté pronto. Muy pronto.

—¿Qué ocurrió?

—El primer año fue una locura. Yo era el novato y, al principio, no tuve demasiados minutos, pero, poco a poco, me fui haciendo con la confianza del entrenador y de los compañeros. Hacia la mitad de la temporada regular, ya era titular indiscutible. Y se nos dio muy bien el año, jugamos muy bien al baloncesto... Arrasamos en los *play-offs* y nos hicimos con el título. Pasé el mejor verano de mi vida... fue casi como si todo aquel verano fuera una enorme celebración. Viajé a Europa con mi madre y con Barbara, me fui con mis amigos a hacer surf a Hawái, me compré un coche increíble, los terrenos para construir esta casa... Empecé la temporada siguiente con toda la energía

del mundo y todo iba de maravilla hasta Navidad.

—Tuviste un accidente de esquí...

—Sí, supongo que de eso ya te informó Barbara. Pasé unos días con la familia aquí, en la casa en la que vivíamos antes en San Francisco, cerca de Alamo Square, y luego me fui con tres amigos de la universidad a esquiar a Aspen. Pasamos unos días geniales haciendo *snowboard*, pero a mí siempre me había gustado más esquiar al estilo tradicional, así que me levanté el último día muy temprano y me fui a esquiar fuera de pista.

—¿Solo?

—Había unos cuantos tíos más por allí, pero mis amigos seguían durmiendo la resaca del día anterior. No era una pista peligrosa. ¡Por Dios! Me pasé esquiando toda mi infancia y adolescencia, había esquiado en lugares muchísimo más arriesgados que aquel. Pero tuve mala suerte. Me resbalé y caí de espaldas... sobre una roca.

—Dios mío...

—Con toda una vida dedicada al deporte, como te imaginarás, me he lesionado muchísimas veces. Me he roto los dos tobillos, los ligamentos de una rodilla, roturas fibrilares y distensiones... más de las que puedas imaginarte. Pero jamás sentí un dolor semejante al de aquel golpe. Fue... fue casi como si el dolor me estuviera mandando el mensaje de que aquello era una barbaridad, algo muchísimo más grave que romperse un tobillo. Se me escapó un grito de puro dolor y, después, a los poquísimos segundos... nada. La nada. Como si estuviera flotando en una nube de algodón. Desapareció todo el dolor. Intenté incorporarme y solo lo pude hacer a medias. No pude ponerme de pie, pero me di cuenta enseguida de que no era porque me hubiera roto las piernas ni nada de eso. Era porque no sentía nada desde más o menos la cintura para abajo.

—¿Cómo saliste de allí?

—Un par de esquiadores me vieron y llamaron a emergencias. Un helicóptero me evacuó y yo mismo les dije que había sufrido una lesión medular. Ni siquiera entiendo, visto desde hoy en día, cómo tuve al entereza de decir algo así. Después, me sedaron y, al llegar al hospital, me operaron durante horas. Pero cuando desperté, no me había olvidado de nada. La única buena noticia fue que les ahorré a mi madre y a Barbara el trago de tener que decirme lo que iba a ser de mí.

—¿Cuál fue el diagnóstico?

—Fractura de la cuarta y la quinta vértebra lumbar, con sección completa

de la médula espinal.

—Ya...

—No has entendido nada, ¿no?

—Sí, sí, lo he entendido. Pero sé que hay diferentes tipos de lesiones y no sé exactamente...

—Exacto. Cada lesión medular es un mundo, pero en aquel momento ni siquiera sabía eso. Ni todas las dificultades a las que me enfrentaría en el futuro, a pesar de que lo veía todo muy negro. Creo que si hubiera sabido lo realmente difícil que sería, no habría tenido fuerzas para continuar.

—Sí las habrías tenido. Siempre se tienen —le respondió Annie, dejando a Jamie con muchas ganas de preguntarle por qué parecía hablar con tanto conocimiento de causa.

—Desperté sabiendo que no volvería a caminar. Fue... fue terrible. Los compañeros del equipo se pasaron a visitarme cuando estaba en el hospital y nadie sabía qué decirme. Normal, porque... no había gran cosa que nadie pudiera decirme. Y era aterrador ver en sus caras el alivio de que no les hubiera pasado a ellos. El miedo a que algún día sus carreras también se fueran por el retrete por una mala jugada del destino en una mañana de esquí. La presión de la prensa fue insostenible. Se colaban en el hospital, sé que se pagaban muchos miles de dólares por una foto mía convaleciente...

—Qué horror.

—Sí. Estuve muchos meses en aquel hospital. Me operaron un montón de veces porque, además de la lesión medular, tenía varias vértebras rotas. Aunque esas otras lesiones no afectaron a la médula, había que operarlas para estabilizarlas. Vamos... que tengo más metal en la espalda del que hay en un concesionario de coches.

—¿Te molestan?

—Bueno, el dolor de espalda es un efecto colateral habitual de pasarse la vida sentado. —Jamie hizo una mueca de fastidio—. Cuando, además, tienes un montón de placas y tornillos manteniendo la columna en pie... no es fácil. El deporte me ayuda, claro, por eso paso tantas horas en el gimnasio y, sobre todo, en la piscina.

—Claro. ¿Qué ocurrió... cuando saliste del hospital?

—Fue un alivio, por una parte. Estuve casi un año ingresado, primero recuperándome de mis lesiones y, después, haciendo terapia para aprender a convivir con mi nueva realidad. Tuve que aprender a subirme y bajarme de la silla, desde la cama, desde otro asiento, lo que fuera; aprender a manejarme,

en general.

—Comprendo.

—Fue una época muy difícil. La primera vez que vi la silla... llevaba tres o cuatro meses encamado y pensarás que estaría deseando poder ponerme en cualquier otra postura, pero cuando me trajeron la silla... Fue la primera vez que me rompí... Desde que había ingresado, como sabía desde el primer momento lo que me había pasado, estaba como muy frío, muy consciente de la situación y no tuve grandes ataques de ira. Pero el día que vi la silla, allí, a pocos metros de mi cama... destrocé todo. Las cosas que había en mi mesilla, sobre la cama... todo lo que quedaba al alcance de mi poca movilidad. No pude soportar aquella visión. Pero... me acostumbré. Como a todo. Haber sido deportista me ayudó a aprender rápido. A los diez meses del accidente volví a casa.

—¿A esta casa?

—Sí. Estaba en obras cuando todo ocurrió y cambiamos un poco los planos para que estuviera adaptada. Dentro de todo el horror, fue una suerte. Al menos regresé a una casa que no me ofrecía ninguna dificultad añadida y, como no tenía demasiadas intenciones de salir de ella... fue más o menos sencillo.

—¿Se aplacó la ira? —se atrevió a preguntar Annie. Jamie le hizo un gesto con la cabeza hacia el mueble bar, que estaba abierto y donde había un vaso que él debía de haber utilizado antes. Se lo rellenó con la botella de *whisky* que también estaba abierta y ella prefirió coger un botellín de soda.

—Gracias —le dijo él cuando le alcanzó el vaso, antes de dar un buen trago y tomarse un momento de silencio para reordenar sus ideas y saber responder a lo que Annie le había preguntado—. Sí y no. Digamos que, desde que regresé a casa y asumí que esto era lo que había... lo que siempre habrá...

—Perdona que te interrumpa... Entiendo que esperanzas de curación...

—Ninguna. A esa locura dediqué muchos meses en el hospital, a buscar opciones, tratamientos, incluso algunos de ellos experimentales... pero la realidad es que, hoy por hoy, una lesión medular completa no tiene ninguna posibilidad de curación.

—¿Y en el futuro?

—En el futuro esperemos que sí, que la tenga. Se está trabajando muy bien y muy duro en diferentes universidades y hospitales de todo el mundo. Pero será una curación para quien sufra la lesión medular en ese momento, no... con carácter retroactivo, digamos. Lo más probable, por lo que he leído en alguna

entrevista a médicos que trabajan en esto, es que sea algún tipo de opción de tratamiento con células madre en las horas posteriores al accidente, en la primera operación. Ojalá llegue el día.

—Perdona, continúa con lo que me estabas contando...

—Lo de la ira, sí... Digamos que en mí conviven este Jamie que te acaba de explicar sin que se le altere el pulso que no hay ninguna opción de que jamás vuelva a caminar, porque soy un tío que ha estudiado, que tiene una cabeza más o menos bien amueblada y entiende los datos científicos... con otro Jamie. El que se muere de frustración. Tengo una buena vida, lo sé, y el dinero que cobré del seguro después del accidente me aseguró poder tener la casa que quiero y todos los tratamientos médicos que necesite desde ahora hasta que me muera. No me creo esperanzas absurdas y soy más o menos feliz con muchos aspectos de mi vida. Tengo una hermana que no me la merezco y...

—¿Tu madre? Perdona de nuevo... —Annie se sonrojó por haberlo interrumpido otra vez, pero había tantos datos de la biografía de Jamie que le fallaban... Le parecía increíble haber convivido con él tantas semanas y no saber casi nada de su vida.

—Mi madre murió a los dos años del accidente. Cáncer. —En la cara de Jamie se reflejó tal mueca de dolor que Annie tuvo que apartar la mirada—. Fue muy rápido. Fulminante. Quiero pensar que no sufrió demasiado. Y que se fue tranquila al saber que nosotros, Barbara y yo, quedábamos más o menos asentados.

—Lo siento muchísimo.

—Gracias. Si no fuera por Barbara... Como te decía, gracias a ella, tengo una buena vida. Nos llevamos bien, aunque a veces sea demasiado protectora. —El gesto ahora fue de un cariño infinito—. Disfruto de las pocas cosas que aún me gustan, después de un montón de años en que solo me gustaba el baloncesto.

—¿Qué te gusta?

—Hacer deporte... el que me permite la lesión, claro. El cine clásico. El jazz. Leer. Tengo todo el tiempo del mundo para disfrutar de mis pasiones y eso a veces me hace olvidar que me pasaré el resto de mi vida en esa silla.

—Perdona que te haga esta pregunta, pero ¿no has vuelto a trabajar?

—Invierto. Aprendí mucho sobre bolsa en los meses que pasé en el hospital. Leía mucha información y me ha gustado dedicarme a eso después. Invierto solo con mi dinero, no con el de otros, creo que no me atrevería. Pero gané mucho dinero en las dos temporadas en la NBA y recibí una

indemnización gigantesca después del accidente. Todos los jugadores teníamos un seguro de accidentes que le aseguraba al club recibir sesenta millones de dólares en caso de lesión que nos obligara a retirarnos, y a nosotros... cuarenta.

—¡Joder!

—Sí. Perdí la capacidad para usar las piernas, pero ingresé cuarenta millones de dólares por ello. Me daría la risa si no fuera dramático.

—Bueno... más dramático sería haber tenido el accidente, pero no los cuarenta millones.

—Sí. —Jamie se rio. Y fue una risa franca, sincera—. Sin duda.

—¿Y los días malos? Me has hablado de lo que te gusta, lo que disfrutas, pero...

—Pero tú no me has visto disfrutar demasiado, ¿no?

—No sé...

—Los días malos son todos aquellos momentos en que algo me recuerda que pasaré la vida dependiendo de una silla de ruedas y, en muchos momentos, de la ayuda externa. Por eso... por eso he sido tan gilipollas contigo. Lo siento mucho.

—No. Lo siento yo. Siento ser un recordatorio constante de...

—Tú no tienes la culpa de nada. Solo faltaría. —Jamie dio otro trago a su bebida y siguió hablando—. Tengo días malos cuando sueño. Muchas veces... sueño que estoy jugando. O corriendo. O bailando con una chica. No sé... Cuando me despierto después de un sueño de esos, en esos pocos segundos en que aún no eres consciente de que no era la realidad, intento saltar de la cama, pero... Mi cerebro le envía la orden a las piernas y ellas no le hacen ni puto caso. Y miro al borde de la cama y veo la silla y... solo hace unos segundos que acabo de despertar y ya sé que ese será un mal día. También cuando quiero hacer algo que no puedo, como vestirme rápidamente, sin necesidad de que todos los procesos de mi vida sean tan lentos. O cuando me lesiono las muñecas y necesito que alguien me asee, me levante, me acueste... Esos son los peores momentos. Y todo lo que tiene que ver con Barbara, por supuesto.

—¿Con Barbara?

—Ella ha perdido su vida en muchos sentidos. Por eso acepté que entrara alguien a trabajar aquí, para que pudiera irse a París y no tuviera que renunciar a nada más por cuidar de su hermano el lisiado.

—No digas eso...

—Es que es así, Annie. Ella no ha salido apenas, no ha aprovechado



oportunidades profesionales preciosas que ha tenido. Desde que murió mamá, su vida ha girado en torno a mí, a un tío de veintipico años al que, de vez en cuando, tenía que duchar su hermana mayor. Ha sido muy jodido.

—Te entiendo. Bueno... todo lo que puedo entenderlo sin haberlo vivido, claro. —A Jamie debió de gustarle ese comentario, esa empatía, porque le dedicó una sonrisa radiante, a la que Annie correspondió con una igual.

—Pero bueno... la vida sigue. Es algo que tardé en aprender y que aún algunas mañanas me cuesta asimilar, pero... siempre sigue. El sol sigue saliendo. Yo podía haberme golpeado la cabeza en lugar de la espalda en aquella montaña de Aspen y entonces sí que todo se habría acabado. No voy a decir que no haya habido momentos en que no lo haya deseado, pero...

—¿Muchos momentos?

—¿Querer morir? —susurró Jamie, tan bajito que Annie solo se atrevió a asentir—. Mientras estaba en el hospital... todo el rato. No te puedes imaginar lo que es para una persona tan joven pasarse meses y meses sin poder moverse de la cama de un hospital. —Annie respondió con una mueca extraña que a él le pasó desapercibida—. Incluso miré... opciones. De eutanasia y cosas así. No... no me gusta hablar de ello.

—¿Y después?

—Después volví a casa y me di cuenta de cuál era mi situación familiar. Era algo en lo que nunca había pensado demasiado. Mi madre se había quedado viuda cuando aún era muy joven, y nosotros nos convertimos en toda su vida; ni siquiera se planteó rehacer su vida. Y lo que le quedaba era una hija estupenda y un hijo que parecía que se iba a comer el mundo, pero que acabaría necesitando ayuda toda su vida. Y después... —Jamie suspiró, con una mueca de dolor en la cara—. Después ella murió y nos quedamos solos Barbara y yo. Ahí no me quedó más remedio que mirar a la vida a la cara y enfrentarme a todo lo que viniera de la mejor manera posible, porque la otra opción era romperle el corazón a la mujer más maravillosa que he conocido jamás, que he tenido la suerte de que me tocara como hermana.

—Eso es muy bonito.

—Muy bonito es todo lo que ella hace por mí a diario. Incluyendo... — Jamie carraspeó—. Incluyendo contratarte a ti para que yo no me quedara solo.

—Gracias, Jamie.

Annie apretó la mano de Jamie y se quedaron un rato en silencio. El salón comenzó a iluminarse poco a poco con las primeras luces del alba. Les había

dado el amanecer charlando, compartiendo las peores experiencias de la vida de Jamie, tal vez... haciéndose amigos. Al segundo bostezo mutuo, les dio la risa y se despidieron. Annie tuvo ganas de acercarse a él y darle un beso —en la mejilla, como amigos; de los otros... le apetecía demasiado a menudo para su salud mental—. Pero se acobardó y se limitó a decirle adiós con la mano y regresar a su cuarto, mientras Jamie hacía lo propio de camino al suyo.

La noche había sido extraña y puede que nunca se repitiera un momento de confianza así entre ellos, pero... los dos se quedaron dormidos con la sensación de que había sido una gran noche.

## Depender de quien más quiero

Cuando Annie cumplió su décima semana trabajando para James, se atrevió a celebrar internamente que la tensión que había existido entre ellos al principio había pasado a la historia. Desde la noche de la inesperada confesión de Jamie sobre las circunstancias de su accidente y todo lo que vino después, los dos parecieron mirar al otro con ojos diferentes. Él, convencido de que Annie era una persona en la que podía confiar, alguien que le había demostrado una enorme empatía durante aquella conversación y con la que, al fin y al cabo, sería mejor para todos llevarse bien que mal. Y Annie, feliz de haber podido conocerlo un poco mejor, lo que ayudaría, sin duda, a que comprendiera con más facilidad sus cambios de humor o sus pequeñas frustraciones del día a día.

Todo iba bien. Había habido momentos duros, pero, ya superado el ecuador de su contrato, Annie sentía que al fin hacía algo útil. Incluso habían decidido repartirse las tareas de cocina, porque Jamie se había atrevido a confesar que le encantaba cómo preparaba ella la pasta —de algo habían tenido que servirle años y años de comer fideos precocinados, supuso ella— y decidieron que cada uno se encargaría de cocinar lo que mejor se le daba. No es que se hubieran convertido en íntimos amigos de un día para otro, pero se respetaban y las interacciones entre ellos cuando coincidían en alguna de las zonas comunes de la casa habían dejado de estar presididas por silencios incómodos.

Annie estaba encantada en todos los sentidos. Con su salario de los dos primeros meses, había conseguido saldar una buena parte de las deudas que arrastraba desde hacía una década, a pesar de que tenía que seguir pagando el alquiler de su piso compartido en Hunter's Point, porque, pese a lo precario del inmueble, sabía que, al acabarse los cuatro meses en casa de los Parks, le costaría encontrar algo tan económico como aquello. Además, había avanzado muchísimo en sus estudios y ya había aprobado, antes siquiera de llegar a la época de exámenes, varias de las asignaturas. Incluso había engordado un poco —que falta le hacía—, aunque eso, más que alegrarla, le había provocado un enorme disgusto; no porque ella se preocupara por su físico,

sino todo lo contrario: porque fue un *shock* tener una prueba fehaciente de que su alimentación había sido siempre tan precaria que, en cuanto pasaba un par de meses comiendo como una persona normal, dejaba de estar por debajo de su peso.

Jamie, por su parte, estaba pasando por una buena época de salud, después del bache que había supuesto aquella tendinitis. Eso le contó a Annie un día mientras desayunaban, una costumbre que habían tardado semanas en compartir. En aquel momento, Annie descubrió que la espalda solía darle más problemas de los que él reconocía y que, si lo vencía la vagancia y pasaba un par de días sin bajar al gimnasio o a la piscina, sus vértebras le recordaban que habían sufrido múltiples fracturas y que no podía descuidarlas. También le habló de todos los tratamientos que seguía para evitar la pérdida absoluta de tono muscular de sus piernas y de algunas infecciones que, en ocasiones, se cebaban con su cuerpo más que en el de una persona que no sufriera una discapacidad del tipo de la suya. Y luego estaban sus muñecas, claro. Pero todo ello le había dado una tregua desde que la tendinitis lo había dejado casi inmovilizado durante una semana, y llegó a pensar que era el karma, que hacía que su salud física se correspondiera con el mejor humor que tenía desde que había llegado a aquella entente cordial con Annie, que le permitía a él vivir más cómodo en su propia casa y a ella sentirse realizada en su trabajo.

Todo estaba bien... hasta que dejó de estarlo.

Un martes cualquiera, Annie había salido por la mañana a hacer algunos recados. Le había prometido a Jamie que prepararía pasta al pesto ese día, pero se dieron cuenta mientras desayunaban de que no había albahaca en la casa. Además, James se había quedado sin espuma de afeitar y, aunque Annie opinaba que estaba irresistiblemente sexy con aquella barba incipiente en su cara —cosa que no se había atrevido a comentarle a él, por supuesto—, él era una especie de obseso del aseo que quería tener siempre la piel de su cara perfectamente afeitada e hidratada. Como suele ocurrir en estos casos, en cuanto se pusieron a elaborar una pequeña lista de la compra complementaria al pedido semanal que recibían, se les ocurrieron varias cosas más que comprar. Algunas tan *necesarias* como helado Ben & Jerrys de pistacho o mantequilla de cacahuete con *chips* de chocolate. Ahí fue cuando Annie descubrió que, o empezaba a utilizar el gimnasio de la casa de vez en cuando o difícilmente volverían a abrocharle ninguno de sus pantalones.

A Annie le encantaba tener que salir a hacer recados. Hacía años que no conducía, desde que había tenido que vender su coche, y recorrer las

empinadas calles de San Francisco subida al Range Rover de Jamie era toda una gozada, a pesar de que le había costado un par de lecciones —en las que él no demostró precisamente ir sobrado de paciencia— aprender a usar los controles manuales del volante. Pero en cuanto se había acostumbrado a ellos, volvió a disfrutar de la maravillosa sensación de libertad de poder moverse de un lugar a otro sin depender del transporte público y de abrir las ventanillas y dejar que la brisa fresca de la bahía inundara el coche de olor a sal. Incluso Jamie la había obligado a confesar un día, mientras ella se sonrojaba mortificada, que a veces daba un pequeño rodeo para ir a hacer algunas compras, en lugar de dirigirse al supermercado más cercano. Él se tomó a broma su confesión y le dijo que podía coger el coche cuando quisiera, siempre que lo tratara con tanto mimo como él.

Entraba Annie en la casa, con los brazos cargados de bolsas, cuando le pareció escuchar un sonido extraño proveniente de la cocina. Quizá había logrado desarrollar un instinto de protección hacia Jamie difícil de entender, porque ella misma era consciente de que era un gemido apenas audible. De una de las bolsas sobresalía un manojo de puerros que le tapaba parcialmente la visión, así que se apresuró a entrar en la cocina, dejar las bolsas de cualquier manera sobre la encimera y correr a su lado.

Jamie presentaba una imagen desoladora. Estaba sentado a la mesa de la cocina, sin haberse pasado siquiera de su silla de ruedas a una de las de madera clara en las que siempre se sentaba a comer, con la cabeza entre sus manos y signos visibles de haber estado llorando. Los ojos rojos, la respiración agitada, el difícil de disimular gesto de sorber por la nariz... Algo había ocurrido.

—Jamie... ¿Estás bien?

Él la miró casi como si no se hubiera dado cuenta de que ella acababa de irrumpir en la cocina cargada de alimentos. En su mirada podía leerse tal estado de desolación que la preocupación de Annie creció exponencialmente.

—¿Qué ocurre, Jamie? —Él continuó mirándola, casi como si estuviera en estado de *shock*, así que ella utilizó aquella confianza que habían adquirido en las últimas semanas para intentar que reaccionara—. Háblame, por favor.

—Ha llamado Barbara. —Esa fue la única frase que fue capaz de decir, en un tono tan lacónico que los peores escenarios pasaron por la cabeza de Annie.

—Dios mío, ¿y qué ha ocurrido?

—Nada. Nada... malo. Al contrario, algo muy bueno. Pero que en realidad

es muy malo.

—Jamie... —Annie se sentó a su lado y se atrevió a posar su mano con suavidad sobre la de él. Jamie la miró sorprendido en un primer momento, y ella temió haber metido la pata. Pero esbozó una sonrisa triste de aceptación y él mismo fue consciente de que necesitaba aquel contacto humano—. Vas a tener que explicármelo mejor.

—¿No has notado a Barbara como... muy feliz, en las últimas llamadas?

—Emmmm... Pues no lo había pensado —Annie frunció el ceño, pensativa—, pero puede que tengas razón.

—La tengo, créeme. Mi hermana es transparente, se le notan las cosas en el tono de voz solo con un par de palabras.

—¿Y bien?

—Pues que hoy ha llamado, hemos hablado un buen rato y la he interrogado. —Jamie se desplazó hacia atrás en su silla y se acercó al mueble en la parte baja de la encimera que utilizaban como bodega. Echó un vistazo a un par de botellas, eligió una de un vino tinto bastante bueno del valle de Napa y se acercó a los cajones junto al frigorífico en busca del sacacorchos; Annie lo observaba inmóvil, esperando que él se decidiera a acabar de contarle la historia. No lo hizo hasta que los dos tenían delante una copa bien llena del líquido granate y él había bebido un sorbo largo—. Se ha enamorado.

—¿Qué?

—Ha conocido a alguien en París. Al parecer... lo conoció ya en los primeros días en la ciudad, pero se negaba a aceptar lo que estaba pasando.

—¿Quién es? —La vena cotilla de Annie se disparó.

—Un compañero de facultad. Otro profesor de literatura francesa, vaya. Pierre. Francés. Treinta y cuatro años. No sabe nada mi hermana, liada con un tío más de diez años menor que ella.

—Pero ¿están juntos?

—Sí, desde hace tres semanas. De hecho, ella acaba de mudarse a vivir al apartamento de él.

—¿¿En serio?? ¿Tan rápido?

—Qué remedio les queda, ¿no? —La amargura regresó al gesto de Jamie y Annie empezó a comprender qué era lo que lo tenía tan desolado—. Les quedan menos de dos meses para vivir su historia antes de que ella tenga que regresar a su cárcel particular.

—Jamie...

—Es la realidad, ¿no? Ella misma me ha hablado de su historia como algo

con fecha de caducidad. Lo cual me ha hecho sentir como la mierda más grande del mundo. Se la ve feliz, ilusionada... enamorada. No la veía así desde... desde antes del accidente.

—¿No ha tenido relaciones serias desde entonces?

—Ha salido con un par de tíos, pero nada demasiado serio. Antes sí. Cuando yo tuve el accidente, ella llevaba algunos años con Bruce, un profesor de Berkeley. Estaban muy enamorados, o al menos ella lo estaba, vivían juntos y tenían planes de boda. Pero... esta mierda que me ocurrió acabó con todo. Al parecer, él tenía la paciencia bastante limitada para el hecho, demasiado habitual, de que su novia tuviera que ausentarse para cuidar al puto lisiado de su hermano.

—Jamie, no... no quiero que hables así de ti mismo —dijo Annie, con más seguridad en la mirada de la que sentía por dentro; en el fondo, tenía pavor a que él volviera a encerrarse en sí mismo como hacía antes.

—Es lo que soy, ¿no?

—Bueno, eres un tío que sufre una lesión crónica y que, a pesar de ello, es casi plenamente independiente. Al menos eso es lo que veo yo.

—Será que me miras con buenos ojos. —Jamie dio otro sorbo al vino—. O será que la clave está en ese «casi».

—¿Qué más has hablado con Barbara?

—Hemos discutido, claro. Yo la he animado a apostar por esa relación si de verdad está enamorada y ella me ha dicho que ni se le pasaría por la cabeza estar fuera de casa ni un día más de los cuatro meses de su contrato. Le he gritado, le he dicho que me hace más dependiente de lo que ya soy... Pero los dos sabemos que tiene razón. Yo no puedo vivir solo.

—Pero, Jamie... —Annie se levantó un momento y empezó a colocar en las alacenas las cosas que había comprado—. ¿Te importa que vaya haciendo la comida? Estoy seguro de que los dos veremos las cosas mucho más claras si, además de beber, también comemos.

—Claro, claro. ¿Vas a hacer los tallarines al pesto? —En la cara de Jamie se dibujó un gesto de ilusión en medio de la tristeza que envió una ola de ternura al corazón de Annie.

—Sí, si te apetecen.

—¿Tú qué crees?

—Vale. Pues... te decía... ¿No crees que existe la posibilidad de encontrar una solución?

—¿A lo de Barbara? Ojalá, Annie. No te puedes imaginar lo feliz que me

haría saber que he liberado a mi hermana de sus cargas conmigo, pero... ¿qué? ¿Te vas a venir a vivir tú aquí de forma permanente?

—Bueno... tú no me necesitas de forma permanente, creo que eso es obvio. Podrías acudir a mí en momentos puntuales, si te vuelve la tendinitis o coges la gripe o incluso un par de días fijos a la semana para ayudarte en cuestiones concretas y, el resto del tiempo, ya solo para emergencias.

—Suena bien, Annie. Suena realmente bien, pero... Me jode darle la razón a Barbara, pero supongo que la tiene en muchas cosas. Las emergencias son... eso, emergencias. Imagina que me caigo en el gimnasio, me hago daño, aunque sea algo pequeño, pero que me impide volver a la silla, ¿qué haría?

—Podrías llevar siempre encima el móvil o algún tipo de dispositivo para pedir asistencia en caso necesario.

—¿Y a quién llamaría? ¿A ti?

—Sí, claro.

—¿Todas las veces?

—Sí, Jamie, si trabajara contigo bajo esas condiciones... por supuesto.

—Pero tú tienes una vida, Annie. Si insistí en que tu salario fuera el que es durante estos cuatro meses —Annie no sabía que había sido cosa de él; pensaba que había sido Barbara quien había decidido fijarle aquel sueldo astronómico—, fue precisamente porque estarás a mi servicio veinticuatro horas al día, siete días a la semana, pero esa no es una situación realista a largo plazo.

—En caso de que por mi parte no hubiera problema... No sé cómo plantearte esto.

—Habla, Annie. Daría cualquier cosa por encontrar una solución, así que cualquier propuesta, por loca que parezca, es bienvenida.

—Si yo estuviera dispuesta a algo así... a venir aquí dos días por semana, por ejemplo, y luego estar disponible en mi móvil veinticuatro horas al día, siete días a la semana para posibles emergencias... ¿podrías pagarme un salario que me dé para mantenerme en San Francisco?

—Siento... siento muchísimo decir esto, pero... ¿cuánto es eso? Joder, vivo en esta puta burbuja y ni siquiera conozco el precio de las cosas fuera del recinto de esta casa.

—Pues... creo que con unos... mil dólares, sería suficiente.

—¿Mil dólares, Annie? No estoy tan fuera del mundo. Evidentemente, sería más. Pero... eso no soluciona el mayor de nuestros problemas.

—¿Cuál?



—Convencer a Barbara de que es una opción real. Ella confía en ti, eso es evidente, pero dudo que se sintiera cómoda viviendo lejos de mí a largo plazo.

—Te echaría mucho de menos...

—Claro. Y yo a ella. Pero creo que eso, en una relación normal entre hermanos, no sería causa suficiente para vivir juntos y renunciar a encontrar la felicidad de otra manera. Lo nuestro... es más complicado.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿no tenéis más familia?

—No. Mis padres eran algo mayores cuando tuvieron a Barbara, después de muchos años intentando tener hijos sin conseguirlo. Cuando llegué yo, casi trece años después... imagínate qué sorpresa fue. Los dos eran hijos únicos y todos mis abuelos habían muerto ya antes de que yo naciera; solo Barbara conserva algunos recuerdos de nuestras dos abuelas, pero yo... nada. Tenemos primos, pero no hay demasiada relación; no, en cualquier caso, suficiente como para que alguien deje su vida para cuidar de mí.

—¿Y amigos? ¿Amigos cercanos que puedan acudir en caso de emergencia?

—Pensarás que somos una pareja de ermitaños Barbara y yo, pero los caminos de la discapacidad son bastante difíciles de comprender para quien no haya pasado por ello. Barbara tiene amigos, sí, pero son sobre todo relaciones superficiales. Para salir a tomar una copa, ir al cine o a ver una exposición de vez en cuando; gente que no se vaya a sentir ofendida si ella cancela en el último momento por una emergencia relacionada conmigo y que no le pidan más de lo que se siente capaz de ofrecer.

—¿Y tú? ¿Qué hay de tus amigos?

—¿Qué amigos, Annie? —El gesto de amargura de Jamie fue tan desolador que a Annie estuvo a punto de pasársele la pasta. Aprovechó que quería que saliera de él contárselo para escurrirla, servir la salsa por encima y llevar los dos platos a la mesa—. Yo... no tengo a nadie.

—Pero, Jamie, por Dios... no digas eso.

—Es que es la verdad. —Jamie enrolló unos cuantos tallarines en su tenedor, los probó y exclamó un gemido de placer—. Es increíble cómo te sale esta salsa, Annie. De veras.

—Me alegro de que te guste. —Annie comía casi obligada; le estaba dando tanta pena la situación personal de James que se le había quitado el apetito—. Sigue contándome, por favor.

—Al principio... —James suspiró— aparté a todo el mundo. Después de las primeras semanas en el hospital, en las que estaba tan perdido que ni sabía

qué hacer, pedí que se prohibieran las visitas. Solo mi madre y mi hermana pudieron entrar en la habitación en todos aquellos meses. Mis amigos... eran jóvenes, deportistas, triunfaban en la NBA o eran los chicos que habían ido conmigo a la universidad y sus vidas continuaban. Y para mí eso era un recordatorio constante de lo que yo ya no tendría, de lo que había perdido. Así que los rechacé. Cuando regresé a casa, diez meses después, ya pocos seguían interesados en saber de mí. No los culpo, se habían cansado de insistir. Y con los que continuaban ahí... digamos que establecí una relación algo distante. Tengo amigos, sí, muy pocos, pero hablo con ellos alguna vez por teléfono o nos enviamos *whatsapps*, sin más.

—¿Nunca sales con ellos?

—¿Salir? —La carcajada amarga que se escapó de los labios de Jamie hizo estremecer a Annie—. No te has dado cuenta aún, ¿no?

—¿De qué?

—De que yo no salgo de casa. Llevas aquí más de dos meses, ¿de verdad no lo has notado?

—Bueno, sales al hospital y...

—Annie, yo... —James había acabado su plato de comida y soltó el tenedor, que hizo un ruido estruendoso sobre la porcelana; o quizá no era eso, quizá era que el silencio era tan sepulcral que todo adquiría la capacidad de sobresaltarlos—. Hace nueve años que no salgo a la calle.

—¿Qué?

—Mi único contacto con el exterior es el jardín de esta casa. —Jamie señaló vagamente hacia esa zona de la mansión, que se veía preciosa a través de la ventana de la cocina—. Y salir al exterior... solo lo hago cuando tengo citas en el hospital. Cojo el coche en el garaje, conduzco hasta allí, meto el coche en el aparcamiento subterráneo del hospital, subo a mi consulta y regreso a casa.

—Pero...

—¿Por qué? —Jamie adivinó la siguiente pregunta de ella—. No soporto que nadie me vea en la silla. Es... es irracional, lo sé, pero es algo superior a mis fuerzas.

—Jamie, por favor, tú mismo lo has dicho. Es algo irracional y, si no puedes superarlo por ti mismo, alguien podrá ayudarte.

—¡No! —James se sobresaltó. Había asistido a terapia al principio de su lesión, pero siempre había sentido que aquello no era para él—. Perdona... No. Tú... no puedes comprender cómo funciona la fama. Antes del accidente,

yo era conocido. La gente me paraba por la calle, me reconocía, los niños me pedían fotos y autógrafos, las mujeres se acercaban a mí... Bueno, es igual. Y, de repente, tuve el accidente y vi las caras de toda esa gente. Incluso las de los médicos y el resto del personal del hospital, por muy acostumbrados que estuvieran a tratar lesiones como la mía. Compasión. Solo veía compasión, una inmensa pena. Los dos podemos pensar que todos los enfermos son iguales, Annie, pero lo cierto es que a la gente le rompe mucho más el corazón ver a un deportista de élite postrado en una silla de ruedas.

—¿Aún te reconoce la gente? Cuando vas al hospital...

—No. Supongo que no. Siempre intento cruzarme con el menor número de gente posible, pero no se ha acercado nadie a mí en estos años. Supongo que es difícil identificarme con una estrella de la NBA al verme. —Otra risa amarga; a Annie se le estaban clavando demasiado adentro—. Pero ya me he acostumbrado. Mi vida es esta casa y mis amigos son las cosas que hay dentro de ella. Mis libros, mi música, mis películas antiguas... Y Barbara. Bueno...

—¿Qué? —se atrevió a preguntar Annie tras un silencio que fue tan profundo que solo se atrevió a hablar entre susurros.

—Y ahora tú.

Se sonrieron y, para romper el momento de tan cargada intensidad, Annie se levantó a recoger los platos. Jamie sirvió lo poco que quedaba de vino y se lo bebieron mientras acababan de ordenar la cocina. No hablaron mucho más. En la mente de ambos flotaba el profundo deseo de conseguir conciliar las cosas de tal manera que Barbara no tuviera que renunciar a su amor parisino por volver junto a su hermano.

Pero había más. Mucho más.

Annie sentía una ternura infinita por Jamie, además de un renovado respeto hacia él. Cuando lo había conocido, y en aquellas primeras semanas de convivencia, le había dado lástima su situación y también un poco de ira comprobar que él no parecía ser consciente de cuánto había ayudado el dinero a que su discapacidad fuera más llevadera. Pero ahora que hablaba con él, que habían compartido tantos secretos... se dio cuenta de que siempre hay mucho más detrás de lo que aparenta algo. Que Jamie había empezado rechazando a sus amigos por una simple cuestión de supervivencia emocional y había acabado pasando casi diez años sin pisar la calle, sin cruzarse apenas con una persona. Que Barbara era una mujer independiente, una buena profesional, atractiva, inteligente, culta, bondadosa... pero había tenido que renunciar a encontrar el amor porque una maldita roca se había cruzado en el camino de su

hermano pequeño en una montaña de Colorado.

Ella debería saber mejor que nadie que las apariencias engañan. Que las vidas de las personas con las que nos cruzamos a diario por la calle pueden ser radicalmente diferentes de lo que parecen. Ella lo sabía bien. Lo había vivido en carne propia. Por eso, y aun arriesgándose a un rechazo que sabía que le dolería, no pudo evitar acercarse a Jamie por la espalda y agacharse para darle un abrazo. Fue un movimiento algo torpe, que a él lo cogió por sorpresa, pero no se apartó. Al contrario, tomó la mano de ella y la apretó con fuerza. Y en ese momento los dos fueron conscientes de que podía haber muchos fantasmas flotando en el ambiente, pero en esa conversación tan triste que habían tenido, se había dicho una gran verdad: Annie y Jamie ya eran amigos.

## 8

### Pero es que yo pensaba...

Cuando se quisieron dar cuenta, Jamie y Annie llevaban tres meses conviviendo. Barbara había puesto el grito en el cielo al escuchar el plan que habían elaborado entre ambos para que Jamie viviera solo y Annie fuera su *asistente* solo durante algunos días a la semana y en caso de emergencia, así que, o mucho cambiaban las cosas, o quedaba solo un mes y unos pocos días para que Barbara volviera de París. Annie sabía que Jamie estaba frustrado, que habría dado cualquier cosa por encontrar una solución que permitiera que su hermana continuara una relación con Pierre que era evidente que la hacía feliz; tanto que el propio Pierre había pedido ya una beca para impartir un curso en Berkeley, porque no estaban dispuestos a separarse tan fácilmente. Jamie odiaba ser la causa de aquellas estrategias, odiaba que Barbara no pudiera ser una mujer normal de cuarenta y cinco años que ha encontrado el amor y ha tenido la suerte de que el amor la encontrara a ella.

Pero ni siquiera él mismo podía negar que aquellas frustraciones, y todas las demás asociadas a su lesión, le provocaban menos dolor desde que Annie se había convertido en su amiga. Bueno... *su amiga*. Esa era la versión oficial. Pero lo que él sentía por dentro era bien diferente. Se sentía como un crío de quince años al pensarlo, pero la expresión que mejor reflejaba la realidad era que Annie... le gustaba. Algo tan simple como eso. Gustarle. Ese paso previo a estar enamorado pero posterior a ser amigos. Esa sensación que le instalaba una sonrisa en la cara cuando desayunaban juntos un chocolate caliente. Esa mirada que se le quedaba prendida en la espalda de ella cuando la veía marcharse a su cuarto. Ese esfuerzo especial por preparar comidas que le gustaran a ella, aunque solo fuera para ver su cara de placer al comérselas y cómo se lo agradecía después con un apretón en el hombro o un abrazo breve. Y sobre todo... es que le apetecía hacerla feliz. Quizá había sobrepasado un poco la barrera del solo «gustarle».

Jamie se había dado cuenta de que Annie estaba llena de cicatrices. Unas físicas, que había visto en alguna de las pocas ocasiones en que ella se despistaba en su tarea de ocultarlas. Y muchas emocionales, de esas que podrían pasar desapercibidas a cualquiera que no supiera tanto de traumas

ocultos como él. Tenía curiosidad por saber qué le había ocurrido en el pasado, porque era obvio que algo había. No lo movía el morbo; era que se preocupaba tanto por ella que quería cubrir las necesidades que tuviera, y para eso era imprescindible conocerlas. De todos modos, jamás la presionaría; dejaría que ella hablara cuando lo necesitara.

Pero podía seguir haciendo cosas para que ella sonriera. Con eso, a veces, era más que suficiente. Ya le había recomendado la mayor parte de sus libros favoritos, había compartido con ella algunas de sus listas de reproducción de *jazz* en Spotify —ella le había confesado que jamás había escuchado ese género— e iba poco a poco aficionándola al cine antiguo. En las últimas semanas, habían visto juntos *Vacaciones en Roma*, *Con faldas y a lo loco* y *Cantando bajo la lluvia*. Las tres le habían encantado a Annie, aunque eso no significaba demasiado. Jamie ya había comprobado que a ella le encantaba todo, la emocionaba cada mínimo estímulo de ocio como si nunca antes hubiera disfrutado de ellos. Y por los comentarios que alguna vez se le escapaban... Jamie deducía que esa era exactamente la situación, aunque prefería ni pensarlo.

—¿En serio puedo elegir yo esta noche?

—¿La película? —Jamie la observaba, ya sentado en el sofá; habían cenado temprano y se habían preparado un par de mojitos para beber durante la sesión semanal de cine—. Con la hora que es, nos daría tiempo hasta para *Lo que el viento se llevó*, así que te doy libertad plena.

—Mmmmm... *Lo que el viento se llevó* no suena mal.

—¿No habíamos quedado en que tenía que ser una peli que no hayas visto nunca?

—Es que... no la he visto.

—¿¿En serio??

—Ya te lo he dicho, Jamie. No he visto *ninguna* de las que ha visto todo el mundo.

—Pues pon el DVD ya, que nos va a dar la medianoche. —Ella lo miró y se le escapó una sonrisa; Jamie levantó las cejas un par de veces—. Son cuatro horas.

—¿Qué dices?!

—Sí. Pero estoy segura de que no te aburrirás ni una vez.

—¿De qué va?

—¿No prefieres descubrirlo por ti misma?

—Sí, pero adelántame algo.

—Pues... todo el mundo dice que es una gran historia de amor, pero en realidad a mí me parece un peliculón de guerra, una buena aproximación al fin de la esclavitud, el horror del sur y todas esas cosas. ¿Sabes... sabes de qué te hablo?

—No soy tonta, Jamie. —Aunque sus palabras fueron duras, ella sonreía —. No veo películas, pero leo mucho.

—Ya lo sé, perdona.

Annie se sentó junto a él en el sofá y pulso *play*. Ni siquiera habían pasado veinte minutos cuando Jamie alcanzó un mando a distancia desde el que controlaba algunas funciones domóticas de la casa y redujo la intensidad de la iluminación del salón a la mínima expresión.

Cuando llevaban un par de horas disfrutando de la película —que Jamie veía como si fuera la primera vez, porque le encantaba y a Annie ya le había llevado un par de veces lágrimas a los ojos—, ella notó que él se revolvía algo incómodo. No le dijo nada, porque había aprendido a confiar en que él le pediría ayuda si necesitaba algo, pero la cuarta vez que él suspiró, no pudo quedarse callada.

—¿Qué te pasa? —susurró.

—Nada. No te preocupes.

—Jamie... —El tono era de advertencia.

—Me duele la espalda. Y los brazos. Hoy es uno de esos días en que el cuerpo me recuerda que está bastante jodido.

—¿Te has pasado en el gimnasio? —le preguntó Annie, que lo había tenido perdido de vista durante toda la mañana.

—Me temo que un poco. Me vi muy bien. —A Jamie se le escapó una sonrisita y Annie puso los ojos en blancos ante su chulería—. Se me fueron un poco de las manos las dominadas y creo que eso me está pasando factura.

—¿Qué es lo que te duele exactamente?

—Bueno, las muñecas siempre, eso ya lo sabes. Pero hoy en concreto me están matando los hombros.

—Ya...

—¿Qué? —Jamie la miró de reojo, con la atención en Escarlata O'Hara ya algo perdida. Sentía que tenía a su propia heroína mucho más cerca. Mucho más real.

—¿Me dejas que te ayude?

Annie lo preguntó con la mirada perdida en el suelo y el labio prendido entre sus dientes. Jamie nunca la había visto tan tímida y tal vez fue por eso

por lo que le respondió con un asentimiento de cabeza.

Ella se situó detrás del sofá, alcanzó una silla de la mesa del comedor y se puso de rodillas sobre ella para trabajar con más comodidad.

—Intenta ponerte todo lo recto que seas capaz.

—Vale.

—Al principio te va a doler un poco, pero creo que sabré hacer que te alivie.

Jamie se arrepintió de haber aceptado aquel masaje dos veces. La primera, cuando comprobó que las manos de Annie podían parecer débiles a simple vista, pero lo estaban matando. Se ensañaban con sus músculos, con su maltrecha espalda, con aquellas contracturas que le estaban amargando el día.

—Tienes unos nudos a la altura de las cervicales que no sé cómo puedes aguantar el dolor.

—La fuerza de la costumbre.

—¿Nunca haces fisioterapia?

—La hice durante dos años lo suficiente como para no querer volver a saber nada.

—Pues... si mi consejo sirve de algo, deberías consultarlo con tus médicos. Creo que una sesión semanal no te vendría mal.

—Me lo pensaré.

La segunda vez que Jamie se arrepintió de haber aceptado el masaje fue cuando el dolor pasó y comenzó la parte relajante. A aquellas alturas, ya no estaba seguro de si los yanquis habían vencido a la Confederación o qué cojones estaba pasando en la pantalla. Annie deslizaba las palmas de sus manos arriba y abajo por sus brazos, desde las muñecas, en las que hacía pequeños movimientos circulares que estaban volviéndolo loco, hasta los hombros, en los que hacía un poco más de fuerza, pero de una forma relajada y... y hasta cariñosa.

—¿Dónde...? —Jamie tuvo que carraspear, porque la excitación le estaba estrangulando la voz—. ¿Dónde has aprendido tanto sobre fisioterapia?

—Bueno... A lo largo de los años he ido aprendiendo cosas. Pequeños trucos y formas de mejorar el funcionamiento de los huesos y los músculos.

—¿Lo has estudiado?

—Por mi cuenta, sí. Nunca he ido a una facultad ni nada de eso, pero he leído muchos libros sobre el asunto.

—¿Por qué? ¿Te gusta?

—Bueno... no me quedó más remedio que aficionarme. Ni te imaginas la



cantidad de cosas que he tenido que aprender en mi vida para sobrevivir.

—Annie...

Ella no quiso escuchar su compasión y él decidió no mostrarle su excitación. Annie volvió al sofá, pero antes puso en pausa la película y volvió a la cocina a servir otros dos mojitos.

—Mi hermana va a enloquecer cuando sepa que tu presencia en esta casa me ha llevado a beber más de la cuenta —bromeó Jamie.

—¡Venga ya! La noche de cine no puede pasarse con agua.

—En eso tienes toda la razón.

Se rieron y la película fue llegando a su fin, al mismo tiempo que la medianoche caía sobre San Francisco y los vasos de mojito se vaciaban. Poco antes de que Rhet le hiciera el desplante definitivo a Escarlata, Annie sintió como los dedos de Jamie se acercaban a su mano. No quiso mirar, porque tenía miedo a que eso rompiera el encanto del momento, pero acercó a su vez la suya. Cuando sonaron los títulos de crédito, el contacto entre las dos manos ya era pleno.

—Annie... —La voz podía sonar torturada, pero a Annie le encantaba escuchar su nombre en los labios de él.

—Jamie...

Se acercaron y ocurrió lo inevitable. Inevitable porque nadie quiso hacer ni el más mínimo movimiento para impedir aquel beso. Los labios se rozaron, las lenguas se encontraron, los jadeos fueron bien audibles en aquel salón. Hasta que él se apartó.

—No... no es una buena idea, Annie.

—No. —Annie carraspeó—. Tienes razón. No lo es. —Obvió mencionar que... de acuerdo, no le parecía buena idea, pero... ella no se habría apartado.

Al contrario de lo que habían esperado, el silencio que vino a continuación no fue incómodo. El televisor se había quedado con la pantalla en negro, pero emitía cierta luz. Se miraron y... les dio la risa. No es que resonaran unas carcajadas estridentes, pero sí esa risa nerviosa que sigue a un beso entre dos personas que se gustan.

—Ha sido... raro, ¿no? —se atrevió a preguntar Annie.

—Sí y... a la vez no —respondió él, sin apartar sus ojos de ella.

Volvieron a tomarse de la mano, y ella se atrevió a recostarse un poco sobre el hombro de él. Y desde allí... desde allí tuvo una visión privilegiada de algo que no esperaba. En el pantalón de Jamie destacaba una *tienda de campaña* que la sorprendió e hizo que se apartara.

—¿Qué pasa? —le preguntó él, que echó de menos su contacto en el mismo momento en que ella se alejó.

—Yo... no... nada —Annie titubeó. Allí quizá hubiera una conversación pendiente, pero ni loca se atrevería a ser ella la que sacara el tema. Sin embargo, fue su mirada la que la traicionó, al dirigirse al lugar que le había provocado la inquietud.

—¿Qué...? Joder, ¡mierda! —James cogió un cojín y se lo puso sobre el regazo. Quería pedirle disculpas a Annie, iba a hacerlo, de hecho, pero no pudo evitar que se le escapara la risa—. Lo siento muchísimo. Ojalá... ojalá los tíos tuviéramos un mecanismo para controlar esto. La vida sería infinitamente más fácil.

—Pero es que yo pensaba...

—¿Qué?

—No... Nada.

—Annie. —Jamie se acercó a ella y la tomó por la barbilla para obligarla a enfrentar su mirada—. Quedamos en que dejaríamos de guardarnos las cosas para evitar malentendidos, ¿no?

—Yo... pensaba que no... que eso tú no...

—¿Qué? —Jamie se dio cuenta de lo que ella quería decirle en el mismo momento en que preguntó—. Pensabas que estaba... ¿paralizado hasta ahí?

—Tu hermana siempre me dijo que habías perdido la movilidad de cintura para abajo.

—Bueno... es un decir. En realidad... es desde un poco más abajo.

—¿En serio?

—Ven aquí. —Jamie odió la cara de recelo que vio en ella—. No seas tonta, no voy a hacer nada. Solo acércate un poco.

—Vale.

—Mira. —Jamie tomó su mano y la llevó a su propia cadera—. La movilidad la perdí más o menos desde aquí. —A continuación, la movió un poco hacia abajo, hacia la parte superior de su muslo—. Y la sensibilidad desde aquí.

—¿Son cosas diferentes?

—Sí. Esta zona —se señaló—, entre la cadera y la mitad del muslo, aproximadamente, no puedo moverla, pero... ahora mismo estoy sintiendo tu mano.

—¿Sí?

—Sí. Y me gusta. —Annie le respondió con una sonrisa—. Pero tú sabías

que iba al baño por mí mismo y eso, ¿no?

—Bueno... nunca he tenido muy claro si tenías algún sistema que te ayudara, horarios pautados o algo así. Te recuerdo que dejaste muy claro los primeros días que tus *actividades* dentro del cuarto de baño no eran asunto mío.

—Y me reafirmo. —Jamie se rio—. Pero solo para aclarártelo... Sí, tengo sensibilidad y movilidad... en esa zona. Afortunadamente.

—Pensaba...

—¿Qué? —Jamie la miró al ver que ella guardaba silencio—. En serio, Annie, habla conmigo.

—Pensaba que no podías... ya sabes.

—Sí puedo. —Jamie dejó la mirada perdida en la mesa de centro y su humor se volvió más sombrío—. Otra cosa es que quiera.

—¿Por qué? —Annie fue breve y concisa en la pregunta, pero él la entendió perfectamente.

—Puedo... físicamente. Pero... no creo que emocionalmente llegue el día en que me sienta cómodo desnudo delante de una mujer.

¿Fue un jarro de agua fría para Annie aquella respuesta? Sin duda, por mucho que intentara disimular. Porque ella deseaba a Jamie desde hacía mucho tiempo, desde antes incluso de que empezaran a ser amigos; lo deseaba desde aquella mañana en el gimnasio en que se había enamorado de su cuerpo antes de hacerlo de lo que había en su interior. Y, aunque podía entender sus razones, tenía ganas de zarandearlo y decirle que tener sexo con él sería un placer para cualquier mujer heterosexual dotada de buen gusto.

¿Fue cierto lo que dijo Jamie? Sí, pero... tal vez con carácter retroactivo. Porque seguía sin visualizarse manteniendo relaciones sexuales con aquellas piernas inertes que se habían convertido por momentos en sus peores enemigas, pero también le habría parecido surrealista unas semanas atrás tener una erección —y una de las buenas— ante la presencia de Annie. O haberla besado. O haber hablado con ella con naturalidad de las limitaciones de su cuerpo mientras dejaba que ella lo tocara.

Así que ambos se fueron a la cama después de despedirse con un roce de sus dedos. Y lo hicieron con la certeza de que sus vidas se habían complicado un poco. La de James, mostrando sin demasiado rubor cuánto lo excitaba Annie. Ella, asustada de sí misma tras visualizar todo tipo de imágenes en su cabeza después de saber que Jamie podría... si quisiera. Sí, puede que la vida se hubiera complicado, pero ¿quién quería que siguiera siendo anodina?

## 9

### Del frío al calor

El frío regresó a la casa, a pesar de que, justo por esa época, en San Francisco se instaló el sol en medio del cielo durante días. Y es que no era un frío real. Era un frío interno, que Jamie producía y Annie sufría. Bueno, en realidad... lo sufrían los dos.

Jamie se había despertado al día siguiente de aquel épico momento que habían vivido en el sofá sintiéndose mal. Raro. No quería ni pensarlo en voz alta, pero se sentía... solo medio hombre. Y odiaba que hubieran vuelto a él sentimientos, instintos y sensaciones que llevaban siglos dormidos. Por eso decidió alejarse.

En los siguientes días, se mantuvo a distancia de Annie, porque sabía que había cosas imposibles entre ellos... tenía demasiado miedo. Y seguir manteniendo aquella cercanía, continuar encariñándose con ella, *enamorándose* de ella... iba a acabar con él.

Annie lo notó, claro. Por supuesto que lo notó. Y le dejó un par de días para que él asimilara lo que había ocurrido entre ellos —sobre todo, porque ella también se había sentido algo extraña después de aquel beso y su posterior conversación, especialmente cuando había tenido que darle a Barbara el informe semanal sobre la evolución de Jamie, que se pasó entero tratando de que ella no detectara en su voz ninguna de las emociones que la embargaban—. Pero Annie había cambiado mucho. Y la tercera vez aquella semana en que Jamie la rechazó abiertamente... se enfrentó. Adiós a la chica tímida que solo quería ser aceptada por su jefe para poder ayudarlo; hola a la amiga conocedora de los secretos de Jamie que no pensaba permitirle volver a encerrarse en sí mismo por algo que no tenía que ser vergonzoso; enamorarse... era bonito.

Así que al tercer día resucitó. O, mejor dicho, se enfrentó.

—Buenos días —lo saludó, ya sentada en la mesa de la cocina cuando él apareció, lo cual no era habitual; él era más madrugador que ella.

Jamie se sobresaltó. Ante Annie, sobre la mesa, había una fuente alargada llena de huevos revueltos y su bacón *especial*, especiado con pimienta y cocinado sobre el *grill*. Annie sabía que a él le encantaba, de tantas veces que

se lo había alabado. También había preparado café, té, zumo de naranja, dos boles con macedonia de frutos rojos con yogur griego y unas tostadas francesas que tenían pinta de engordar solo con mirarlas. Completaban la imagen unos cuantos botes de mermeladas abiertos, algo de fiambre y una mantequilla salada ecológica con la que solían chuparse los dedos cuando Annie se acercaba a una granja local a comprarla.

—Emmm... Buenos días, Annie. Qué... despliegue, ¿no?

—Ya ves.

Ella estaba seria, pero un poco coqueta, lo que hizo que a Jamie se le dibujara una sonrisa en la cara. Podía estar enfadada, pero... joder, qué seguro estaba de que él a ella también le gustaba. Y qué ganas tan grandes le entraron en ese momento de salir huyendo como el cobarde que era. Pero no lo hizo.

Comieron en silencio durante un rato. Jamie atacó las tostadas francesas sin piedad y, como no le parecieron un aporte calórico suficiente, las untó de mermelada de arándano. Ya se preocuparía de quemarlo en el gimnasio más tarde. Annie, por su parte, se dedicó a degustar la macedonia como si procediera del mismísimo cielo; no olvidaba que nunca tenía dinero suficiente para comprar arándanos, frambuesas o moras en su vida cotidiana, aquella que tenía medio olvidada y no tardaría demasiado en recuperar, para su enorme tormento.

El silencio fue demasiado para Jamie. Echaba de menos a la Annie de las últimas semanas, aunque era consciente de que era él el que la había echado a patadas. Así que decidió firmar el armisticio.

—Venga, ya, no estés enfadada, por favor. —Se rindió en la primera frase, sin necesidad de entrar en absurdas sucesiones de «qué te pasa» y «nada».

—Ah, pero ¿soy yo la que estoy enfadada? Porque juraría que eres tú el que lleva unos días sin siquiera mirarme a la cara.

—Supongo que... —Jamie suspiró y se sorprendió al descubrir que su vieja locuacidad para coquetear seguía intacta—. Supongo que tenía que compensar lo muchísimo que te miré a la cara el otro día mientras tú veías la película.

—Supongo que será eso, entonces. A partir de ahora... estaría bien que equilibraras.

—No es fácil, Annie. —Jamie se sirvió una taza bien grande de café y cambió el rictus a serio—. Yo...

—Habla conmigo, Jamie. —Le cogió la mano y, a continuación, le sonrió—. Háblame.

—Me gustas... Creo que eso no es un secreto ya para ti. —Jamie, contra todo pronóstico, se sonrojó—. Pero tengo miedo.

—Y yo, Jamie... Y yo. —Siguieron comiendo en silencio, con los sonidos domésticos como una banda sonora en la que se encontraban cómodos—. ¿Crees que a mí no me asusta? ¿Que no estoy cagada de miedo?

—Ya, Annie, supongo que sí. Y te juro que respeto tus razones. Soy... tu jefe, o algo así. Y debería haber cierta ética en... en nuestra relación. También por respeto a Barbara... Entiendo que esas serán tus razones y yo las respeto, por supuesto. —Jamie dio un sorbo a su vaso de zumo de naranja y tomó aire para atreverse a decir la frase que le hormigueaba en la lengua. Que no es que Annie no pudiera imaginarlo, pero... verbalizarlo era otra cosa—. Pero es que yo... yo no he estado con ninguna mujer desde mi accidente.

—No me atreví a preguntarte el otro día... pero lo imaginaba.

—No fue fácil tomar la decisión cuando, en realidad, la decisión la tomó la lesión. Leí opciones en foros y grupos de apoyo a personas con discapacidad, pero... no eran para mí.

—¿Puedo preguntar a qué te refieres en concreto?

—Pues, por lo que pude leer, hay tres opciones: salir a ligar como si nada hubiera ocurrido, como cualquier persona sin una discapacidad; contratar a prostitutas; o entrar en algunos foros en los que... bueno, hay mujeres que se sienten atraídas por... por esto. —Jamie señaló hacia la silla, de la que aquel día no se había pasado a otra, debido a la sorpresa de haber encontrado aquel gran desayuno.

—Ah.

—Puedes reírte, eh. Es demasiado sórdido como para ser real. —Compartieron una mirada cómplice—. Evidentemente, la única opción que me podía plantear era la primera, pero comprenderás que... si no me siento cómodo saliendo de casa, la posibilidad de salir a ligar, simplemente, no existe.

—Ya. Ha tenido que venir alguien a tu casa a ligarte, ¿no? —Annie le guiñó un ojo; fue un gesto amistoso pero a la vez coqueto.

—Pues... no. Claro que no. Lo que ha pasado... ha sido por ti. No me habría ocurrido con otra persona, me gustaría que eso lo tuvieras claro.

—Ayudaría bastante si no dijeras «lo que ha pasado» como si fuera una desgracia.

—¡No! —Jamie se rio—. Por supuesto que no es una desgracia esto que... que siento por ti. —Annie miró al suelo, sonrojada—. Pero es una situación

complicada, eso no me lo negarás.

—Ya. Quizá sentirías algo... sexual... por cualquier mujer con la que compartieras tu tiempo sin que sea tu hermana.

—No. Ni lo menciones. Tendrías que mirarte más a menudo al espejo y hablar contigo misma para comprender lo preciosa y fantástica que eres.

—Gra... gracias.

—No me estaría ocurriendo esto con nadie más.

—Pero, Jamie, hay algo de mí que no sabes. Bueno... en realidad hay muchas cosas que no sabes.

—Sí, lo sé.

—¿Qué?

—Que sé que hay muchas cosas sobre ti que no me has contado. En realidad... se supone que el reservado aquí soy yo, pero yo te he contado toda mi vida y tú no me has contado nada.

—Jamie...

—No, no, no lo interpretes como un reproche. Soy el mayor defensor de la idea de que cada cual tiene derecho a contar lo que quiera cuando quiere. ¡Solo faltaría! Pero vaya... que no creas que me supone una sorpresa el hecho de que me digas que no sé nada de tu vida.

—No, no sabes nada. Y es algo... algo a lo que espero ponerle remedio algún día. Pronto —aclaró—. Pero me refería a que hay algo sobre esta situación en concreto que... que nos pasa... que no sabes.

—¿El qué?

—Que mi miedo no tiene nada que ver con lo que has dicho. Ni con que seas mi paciente, ni con la posible reacción de Barbara ni la ética, como concepto. Bueno, bien entendido, sí que me preocupan, pero... no es ninguna de esas la razón por la que estoy aterrorizada.

—¿Y cuál es?

—Que yo también hace mucho tiempo que no estoy con nadie. Que... —Annie se acercó a él. Sus rodillas se tocaban y Jamie maldijo más que nunca no poder sentir ese contacto—. Que solo he estado con un hombre en toda mi vida y... y hace diez años de eso.

—Annie... —Él la miró y se atrevió a levantar la mano para acariciarle la mejilla—. ¿Por qué?

—La respuesta a esa pregunta es, básicamente, todo lo que no te he contado de mí hasta ahora.

—¿Lo harás algún día?

—Sí. Ya te lo he dicho... pronto. Pero no hoy.

—No. Hoy... —Los dedos de Jamie volaron hasta los labios de Annie. Se los acarició, y ella no pudo evitar cerrar los ojos; lo hicieron ellos solos, como por instinto—. Hoy es mejor que hagamos esto.

Sus labios se acariciaron. Y los dos podrían afirmar sin lugar a dudas que fue el beso más especial que habían dado o recibido en todas sus vidas. No porque tuvieran poca experiencia con el sexo opuesto, sino porque aquel beso eléctrico ocuparía un lugar muy alto en cualquier clasificación de besos maravillosos que alguien pudiera hacer.

—Ven aquí... —Jamie la invitó a sentarse en su regazo y ella dudó—. No pasa nada, puedes sentarte en mi regazo todas las veces que quieras. Además... así te sentiré más.

—Oh, Jamie.

Volvieron a besarse, y las manos ya no fueron aquellos apéndices inmóviles por la timidez en que se habían convertido el día de la sesión de cine. Jamie acarició la espalda de Annie, ella entrelazó sus dedos tras la nuca de él. Él comenzó a bajar las manos, hasta que sus yemas rozaron las nalgas de Annie, ella frotó las palmas de sus manos por las caderas de él, recordando lo que le había contado sobre la sensibilidad que tenía en esa zona.

—Jamás... jamás pensé que algo así volvería a ser una opción para mí, Annie. —Jamie abandonó sus labios durante un segundo para hablar, pero no la dejó ir muy lejos; apoyó su frente sobre la de Annie y respiraron cada uno el aliento del otro mientras las palabras se escapaban entre susurros—. Y ahora estás aquí y, aunque me da más vergüenza que con nadie...

—¿Connmigo? —murmuró ella—. ¿Connmigo te da más vergüenza que con nadie?

—Pues claro... —Él la miró y ella comprendió—. Porque tú me importas. Si no me pareciera una opción horrible, sería considerablemente más fácil pagarle a una prostituta, no sentir nada más que un descargo físico y no conocer siquiera su nombre.

—No suena bien.

—Enamorarme de ti me da pavor.

—Jamie... —Él le dio un beso corto en los labios y a Annie le pareció un gesto más tierno que todos los besos pasionales anteriores—. Llévame a la cama.

—¿Estás segura?

—No lo he estado tanto de nada en toda mi vida.



Jamie sintió que sacaba chispas de las ruedas de su silla, de tan rápido que la impulsó por el pasillo de camino hacia su habitación, a pesar de que sus brazos aún estaban algo doloridos de las últimas palizas en el gimnasio y del peso añadido de llevar a Annie en el regazo. Ni siquiera lo notó. Podría decir que la excitación lo hizo volar, pero... aquello se parecía más a amor que a sexo.

Al entrar en el dormitorio, la atmósfera cambió. Llegaron los nervios, la anticipación. Annie se levantó y se acercó de nuevo a besarlo, pero... estaba tensa. Ella lo sabía, y Jamie era demasiado listo —y la conocía demasiado bien— como para no darse cuenta.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jamie cuando vio que ella se mordía el labio inferior.

—¿Te importa si... si corro las cortinas?

—Te puedo asegurar que en ese jardín no va a aparecer nadie para vernos. —Los grandes ventanales de techo a suelo del dormitorio de Jamie eran iguales a los de toda la casa, y las cortinas estaban siempre abiertas, pues, al tener la vivienda disposición en forma de cuadrado, todas las ventanas daban al jardín y la intimidad estaba asegurada.

—Pero me verás tú.

—¿Qué?

—Que... yo... —En medio de los titubeos de Annie, Jamie comprendió. No había querido correr las cortinas por privacidad, sino para evitar que la estancia estuviera iluminada. Para que él no pudiera verla.

—Ven aquí, Annie —le susurró, mientras se acercaba a su lado de la cama. En un movimiento ágil, se pasó al colchón, se tumbó, colocando sus piernas en la misma postura en la que solía ponerlas para dormir, casi en posición fetal —. Aquí. A mi lado.

—¿Cucharita? —le preguntó Annie, queriendo que la broma atravesara el nudo de nervios que le atenazaba la garganta.

—Cucharita.

Se quedaron así, con sus cuerpos en contacto, aunque completamente vestidos. En silencio, escuchando a sus corazones, a sus propios miedos, a sus ilusiones también.

—Annie, quiero decirte algo —susurró él en su oído, no muy seguro de si seguía despierta.

—¿Qué?

—Que sueño con hacer el amor contigo. De verdad. No con follar, aunque

también un poco. —Annie se rio, y él se contagió—. En serio, quiero hacerlo porque siento cosas, no porque sea solo un instinto. Pero el día que ocurra... que ojalá sea pronto... será con la luz encendida. En todos los sentidos.

—Creo... creo que es lo mejor.

—Sí.

—Y creo que será muy pronto.

—¿Tú también me deseas, eh? —bromeó él, para quitar hierro a una mañana que ya se había convertido en mediodía, y que había sido intensa desde el primer minuto.

—Bastante. Pero no te voy a llenar los oídos, que me parece a mí que ahí abajo, debajo de todos esos años que has pasado jodido, hay un tío un poco engreído. —Era maravilloso poder bromear, incluso con lo duro, con lo difícil. Los dos se lo agradecieron mutuamente.

—Eso se decía.

—Pero si voy a contarte todo lo que me ocurrió más pronto que tarde —siguió ella con su confesión—, no es por eso. Es porque nunca en toda mi vida había podido confiar en nadie. Y por ti pondría la mano en el fuego.

—No te puedes imaginar lo que significa para mí que me digas eso. Yo... yo también confío en ti, Annie.

—Ya lo sé. —Ella se giró, y quedaron cara a cara—. ¿Y qué vamos a hacer hoy... como opción B?

—Opción B, dice... —Jamie cabeceó, tan risueño que no recordaba en nada a aquel hombre al que Annie había conocido más de tres meses atrás—. Podríamos dormir.

—¿Dormir?

—¿Por qué no? Yo soy un vago de mierda que no trabaja y tu única misión es asegurarte de que yo estoy bien. Y no se me ocurre una mejor manera de estar bien que tenerte durmiendo a mi lado.

—¿Sabes que siempre he pensado que dormir es incluso más íntimo que... lo otro?

—Yo también. Yo nunca he dormido con una mujer en mi vida, salvo... bueno, salvo un rato después de... ya sabes.

—Ya.

—Duerme, Annie. Estoy seguro de que eres preciosa cuando duermes.

Annie se irguió un poco, para dejar un suave beso en los labios de Jamie, y... se durmió.

## 10

### El infierno de Annie

Despertaron pasado el mediodía y decidieron saltarse la comida. Los dos tenían muy claro que les apetecía más estar en aquella cama que en cualquier otro lugar del mundo. Jamie alargó el brazo hacia su mesilla de noche y encendió el reproductor de música. Sonó *jazz*, una música que Annie ya había aprendido que era la favorita de Jamie, que la escuchaba a todas horas.

Se quedaron en silencio. Fue un momento muy suyo, muy íntimo. Especial. Se cogieron las manos y se las acariciaron. Annie cerró los ojos un momento, porque supo que sus secretos estaban a punto de salir a la luz y le daba pavor recordar.

—Si yo me cayera al suelo y tuvieras que levantarme tú sola —empezó Jamie—, no podrías, ¿verdad?

—Yo... ni te imaginas las cosas que he podido hacer, Jamie. —Annie miró hacia abajo, a las manos que él acariciaba, a las cicatrices en las que se detenía—. Pero supongo que sería muy difícil.

—Si hubieras confesado esas lesiones antes de entrar aquí, probablemente no habrías conseguido el trabajo. —Annie lo miró, un poco asustada y bastante avergonzada—. Lo cual habría sido una desgracia terrible para mí.

—Me he apañado lo mejor que he podido para lo que me pasa... —le respondió ella, con una sonrisa muy pequeña.

—Cuéntamelo, Annie —susurró Jamie. Aquella música de *jazz* que él había puesto bajita y la iluminación tenue del dormitorio invitaban a las confesiones. A la intimidad, la privacidad y todas esas sensaciones que, con él al lado, resultaban tan peligrosas.

—¿Que te cuente qué? —le preguntó Annie, aunque sabía perfectamente a qué se refería.

—Todo. Lo que te pasó. Lo que hace que una chica tan inteligente como tú acabara el instituto a los veintidós. Lo que te ocurrió para no poder mover bien los brazos, los dedos. Lo que hace que no me dejes verte a plena luz del día. Desnúdate, Annie. —Aun en medio de los nervios que sentía, el doble sentido de aquella palabra hizo que se emocionara y se excitara al mismo tiempo—. Déjame ver lo que nadie ha visto de ti.

—No sé si seré capaz de hacerlo...

—Espera. —En un movimiento tan ágil que a Annie seguía sorprendiéndola incluso después de haberlo visto mil veces, Jamie pasó de la cama a su silla, se acercó al mueble-bar del pequeño despacho adosado al dormitorio, sirvió dos vasos bajos de *whisky* y regresó junto a ella—. Un poquito de valor líquido.

Le entregó el vaso con una sonrisa, y fue con ese gesto cuando Annie supo que iba a contárselo todo. Que iba a exorcizar los peores de sus demonios para él. Para que la entendiera, para que la apoyara, para tener el abrazo en el que refugiarse que llevaba diez años echando de menos. Necesitando. Y cuando empezó a hablar, Jamie ya solo pudo escuchar, apretar las mandíbulas y sentir la desolación de no poder hacer nada para llevarse su dolor.

—Me crie aquí, en San Francisco, en un edificio de viviendas sociales que era el principal centro de venta de *crack* de la ciudad. En los años noventa... eso era mucho decir. Nunca supe quién era mi padre... Creo que ni siquiera mi madre lo sabía. Ella estaba enganchada, *muy* enganchada, y hacía cualquier cosa que estuviera en su mano para conseguir su dosis diaria. En aquel momento no me daba cuenta, pero con los años he llegado a entender que se prostituía. Y también traficaba.

—Dios, Annie... Lo siento mucho.

—Ojalá hubiera llegado a la peor parte de esta historia. —Annie ahogó una mueca amarga—. Yo era una buena chica, buena estudiante incluso, para los medios con los que contaba, pero... necesitaba afecto. He leído muchísimo a lo largo de todos estos años. El único ocio que he podido permitirme durante años ha sido coger libros en la biblioteca municipal, y te aseguro que los de Psicología los he leído todos. Y así llegué a entender que «carencias afectivas» era mi segundo nombre durante la infancia y la adolescencia.

—Ven aquí. —Jamie seguía acostado, con el cuerpo girado hacia Annie y las piernas abiertas. Dio una palmada en el espacio entre sus piernas y ella se acurrucó allí, contra su pecho sólido, que en aquel momento le pareció un puerto seguro. Él rodeó con fuerza su cintura con los brazos, y ella encontró allí las fuerzas para continuar—. Sigue.

—Me enamoré. O eso creía, al menos. Ethan Deveraux era un compañero de instituto, aunque no es que él pasara demasiado tiempo allí, la verdad. Tenía una moto, un grupo de rock y yo le gustaba. Con quince años... no necesité nada más que eso para colgarme de él como una imbécil. Creo que, en realidad, lo que más me gustaba de él era que se fijaba en mí, que me hacía

caso. Algo que nunca nadie había hecho.

—El mundo tiene que estar muy loco para que nadie se hubiera fijado en ti hasta entonces.

—Gracias. —Annie se sonrojó—. Pero supongo que esa frase tiene más sentido que cuando era una cría con demasiadas ganas de que alguien la quisiera. Ethan enseguida me dijo eso mismo, las palabras mágicas, que me quería. Y me da mucha vergüenza decirlo así de crudo, pero... fueron las palabras mágicas para sacarme las bragas. Entre los quince y los dieciséis años, lo único que hacía era ver a Ethan ensayar con su grupo de rock, montar en su moto y acostarme con él. —Annie no necesitó girarse para saber que Jamie estaba apretando las mandíbulas. Si la historia que le estaba contando no fuera tan horrible, le habría hecho gracia que estuviera celoso con carácter retroactivo—. Pronto empezó el chantaje emocional. Lo que ahora he entendido que era un maltrato psicológico en toda regla. Si iba al instituto en vez de quedarme con él durmiendo en el garaje apestoso en el que ensayaba, era porque no lo quería lo suficiente. Así que dejé el instituto. Si pasaba tiempo o simplemente hablaba con mis amigas, era porque no lo quería lo suficiente. Así que dejé de tener amigas. Si le pedía que se pusiera un condón para hacerlo, era porque no lo quería lo suficiente.

—Annie...

—Me quedé embarazada. A los dieciséis.

—Dios mío. —Jamie le acarició el pelo y se lo apartó de la cara. Los ojos le brillaban, y los de él estaban a punto de seguir el mismo camino—. ¿Qué pasó?

—Se lo conté a mi madre y me echó de casa, no sin antes darme una bofetada que me dejó los dedos marcados. Me dijo que bastante esfuerzo había hecho para mantenerme a mí como para mantener también a un «bastardo de mierda». Palabras textuales de *mamá*. Busqué ayuda en los centros de planificación familiar del ayuntamiento, pero era menor de edad y no podía hacer nada sin permiso de mis tutores legales.

—¿Y él? ¿Qué hizo?

—Lo peor que podría haber hecho. —Annie suspiró—. Decirme que aquella era la mejor noticia que podía haberle dado, que estaría para siempre a mi lado y que íbamos a tener el niño más bonito del mundo.

—Pero no fue así...

—No, no lo fue. Me trasladé a vivir con él al garaje donde ensayaban y, si hasta entonces Ethan había sido celoso, con el embarazo se convirtió en algo

patológico. Al principio, le molestaba que hablara con sus compañeros del grupo cuando venían a ensayar, especialmente con Rob, el chico que tocaba la guitarra. Yo había tocado la guitarra en el colegio, cuando era pequeña, y me encantaba. Después de un par de broncas porque él consideraba que yo «le estaba calentando la polla» a su amigo, pronto fui yo la que empecé a evitar esos encuentros. Lo hice después de la primera bofetada, para ser exactos.

—¿Te pegaba?

—Aquella fue solo la primera vez. Aunque ya antes me había empujado, me había gritado, me intimidaba con su fuerza física. Era muy alto y estaba musculado, y yo solo era una niña de dieciséis años que no tenía ni idea de dónde se había metido. Con el paso del tiempo, acabó obligándome a permanecer encerrada en el baño del garaje mientras ellos ensayaban. A veces era una hora... otras veces eran cuatro o cinco. Entreabría la puerta y los veía borrachos, fumando porros o cosas peores, mientras yo tenía que quedarme sentada en la taza del váter durante todo ese tiempo.

—¿Nunca pensaste en dejarlo?

—No. No podía. Por una parte, no tenía a donde ir. Podría haberlo denunciado, supongo, pero las autoridades no eran precisamente una fuente de confianza para mí en aquel momento. Estaba embarazada y no tenía ingresos. No tenía familia. Por muy horrible que fuera, Ethan era lo único que tenía en el mundo. Y además... tenía la esperanza de que las cosas cambiaran cuando naciera el niño. Él siempre me lo prometía. Que en cuanto naciera el bebé, dejaría de beber, de drogarse, se buscaría un trabajo decente y seríamos la familia feliz que ninguno de los dos habíamos tenido en casa. Me lo creía.

—No tenías nada más en lo que creer —replicó Jamie, con una aterradora comprensión impregnada en su voz.

—Exacto. —Annie se apartó de él durante un solo segundo, para dar un sorbo a su bebida—. Estaba embarazada de siete meses y medio cuando todo se fue a la mierda. Rob, el guitarrista amigo de Ethan, había venido a recoger un paquete... supongo que era algo relacionado con el negocio de venta de marihuana que se traían ambos entre manos. Fumaron y bebieron mucho. Ethan se quedó dormido y yo me permití el lujo de salir del cuarto de baño un momento. No había comido nada desde esa mañana y solo pretendía ir a la cocina a por una bolsa de patatas fritas o una chocolatina. Rob me interceptó y... empezó a tocarme.

—¿Qué dices?

—Sí... Primero me preguntó si quería que me enseñara a tocar la guitarra,

pero yo estaba tan nerviosa, tenía tanto miedo a que Ethan despertara, que solo negué con la cabeza. Entonces, él me arrinconó contra la pared y me preguntó si quería tocarle otra cosa. Intenté huir, él empezó a forzarme, me tocó... el pecho... y me lamió el cuello... Lo único que fui capaz de hacer fue gritar para evitar que me violara.

—¿Lo... consiguió? —preguntó Jamie con terror.

—No. Fue peor.

—¿Peor?

—Con mis gritos, Ethan se despertó y... en su cabeza, aquello había sido culpa mía. De los dos, pero más mía. A Rob le dio un puñetazo y lo echó del garaje a patadas. Cerró la valla metálica y... ahí empezó mi infierno.

—¿Qué hizo, Annie? ¿Qué te hizo, joder? —La voz de Jamie estaba ya rota del todo.

—Me dio una bofetada tan fuerte que noté enseguida el sabor metálico de la sangre en la boca. Me tambaleé y estuve a punto de caerme al suelo, pero él me llevó en volandas hasta la cama. Intenté resistirme, creo que porque estaba muerta de miedo y no sabía qué hacer. Él me retorció el brazo detrás de la espalda y oí cómo se rompía un hueso.

—¿Te rompió el brazo?!

—Jamie... —Annie hizo una mueca triste y le acarició la mejilla con ternura—. Ni siquiera he empezado a contarte lo que me hizo. No me interrumpas, por favor. No tengo ni idea de dónde he sacado las fuerzas para contarte esto. En fin... Me rompió el brazo, y el dolor me cegó la vista. Me quedé sin ganas ni fuerzas para luchar. Lo siguiente que supe fue que estaba tumbada boca arriba en la cama y que Ethan se estaba sacando el cinturón. Me... me pegó un par de latigazos con él en las piernas y yo no podía hacer otra cosa que gritar. A continuación, me cogió los brazos con fuerza, sin importarle que el izquierdo estuviera tan roto que se me había torcido en un ángulo antinatural, y me los ató a los barrotes del cabecero de la cama. Lo hizo con tanta violencia que me dislocó los dos hombros. Las siguientes horas son difíciles de recordar... Solo... solo te diré que me violó... muchas veces. Muchas muchas veces.

—Joder... ¡Joder! —Jamie iba a romperse aquella dentadura perfecta que tanto dinero les había costado a sus padres si seguía rechinando así los dientes—. ¿Dónde está ese hijo de puta?

—No me hagas adelantarte el final, que es la única parte feliz de esto. —Annie le sonrió, aunque no había ni una pizca de humor en el gesto—. Me

desperté unas horas después, con el cuerpo tan dolorido que ni siquiera sabía qué me dolía más. No había rastro de Ethan y en algún momento debía de haberme desatado, así que me levanté, poco a poco. Lo único que quería era comprobar que mi bebé estaba bien. Y aparentemente así era. No había sangrado ni tenía golpes en la tripa. Incluso... —A Annie se le escapó una lágrima. Jamie la recogió con la yema de su dedo pulgar—. Incluso lo sentí moverse.

—Annie, no tienes que seguir.

—¡Sí! Ethan me lo quitó todo, Jamie. No me va a quitar también la posibilidad de contarlo. Es... es la primera vez en diez años que hablo de esto.

—Está bien. Sigue...

—Me dolían los brazos de una forma horrible y no era capaz de mover el izquierdo, pero con el derecho fui capaz de palparme la tripa. Así me encontró Ethan cuando regresó al dormitorio, desnuda y con la mano sobre mi vientre. Yo esperaba que actuara como solía hacerlo después de pegarme, pidiendo perdón y jurándome que no volvería a ocurrir, pero... aquel día fue diferente. Tenía los ojos inyectados en sangre, así que supongo que había consumido. Ni siquiera sé qué. Pero algo más que alcohol y marihuana, seguro.

—¿Qué te hizo?

—Empezó a obsesionarse con que él no era el padre del niño. Era un niño, ¿sabes? Yo quería llamarlo Justin. Estaba un poco obsesionada con Justin Bieber en la adolescencia. No me juzgues. —Annie pretendió quitar peso a la conversación, pero lo único que consiguió fue que los ojos de Jamie se llenaran de humedad—. Me preguntó mil veces si Rob era el padre, si me lo estaba tirando, si lo habíamos estado engañando desde el principio. Me preguntó si quería que Rob me enseñara a tocar la guitarra. Insistía e insistía con lo de la guitarra, y yo ni siquiera sabía qué decirle. Solo negaba y negaba, pero eso parecía enfurecerlo aún más.

—Tus manos... —Jamie lo entendió sin necesidad de que ella se lo explicara. Quizá fue aquel el momento en que Annie se dio cuenta de que ya lo quería. De que no podía no querer a alguien que la había comprendido de aquella manera.

—Me tiró al suelo de un puñetazo y empezó a darme patadas. En las costillas, en las piernas, en... la tripa. Yo intentaba protegérmela, pero apenas podía mover los brazos. Y cuando vio que me llevaba una mano al vientre, me la cogió y... —Todas las lágrimas que Annie había estado reteniendo



empezaron a correr libres por las mejillas—. Me aplastó la mano con sus botas de punta de acero. La dejó en el suelo y la pisó y la pisó hasta que escuché todos mis dedos crujiendo. Luego, hizo lo mismo con la otra, a pesar de que al moverme el brazo mi grito de dolor resonó en todo el garaje. Y, cuando ya no podía protegerlo con nada, se ensañó con mi vientre. Ví la sangre bajar entre mis piernas antes de quedarme inconsciente.

—Dios mío, Annie... No sé... No sé ni qué decir.

—Es que no hay nada que puedas decir. Nadie puede decir nada. Pienso muchas veces en aquella noche, es inevitable... Pero no la contaba en alto desde hacía muchísimo tiempo y... a ratos, me parece irreal. Pero ocurrió. Por desgracia.

—¿Cómo conseguiste salir de allí?

—No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero, en algún momento, Ethan se largó y dejó la puerta abierta. Yo desperté, o algo parecido, y no sé ni cómo, logré reptar hasta la acera. Supongo que alguien pasó por allí y llamó a una ambulancia.

—¿Y la policía?

—La policía detuvo a Ethan cuando yo aún estaba en el hospital. Estuve... más de seis meses. No llego a tu récord, pero... sí, se puede decir que yo también sé lo que es pasar mucho tiempo postrada en una cama.

—Joder, siento mucho haberte dicho eso.

—Olvídalo. No pasa nada, de veras, Jamie. —Annie se acercó a él y le dio un beso muy breve, muy fugaz, en la comisura de los labios. Los dos tuvieron la sensación de que era el beso más dulce, y más sincero, que se habían dado jamás—. Estuve varias semanas en coma. Cumplí diecisiete años en coma, de hecho. Y cuando desperté... no quedaba nada de mí. Mis hombros estaban más o menos curados. Todo lo curados que llegarán a estar algún día, en realidad. Habría necesitado mucha fisioterapia y quizá alguna operación para que volvieran a ser plenamente funcionales. Pero no tenía seguro médico y solo me hicieron las intervenciones necesarias para salvarme la vida y para que pudiera valerme por mí misma al salir del hospital.

—¿Tus dedos?

—Me operaron. Me pusieron unos hierros para enderezarlos, pero perdí para siempre la movilidad de la mayoría de ellos. Con los años, y leyendo muchos libros de fisioterapia, conseguí ser capaz de moverlos lo suficiente como para poder escribir, tanto a mano como en un ordenador. Era imprescindible para poder conseguir algún trabajo y para tener la vida más

normal posible. Pero me temo que ya nunca podré aprender a tocar la guitarra.

—Quizá sea el momento más inapropiado del mundo para decir algo así, pero... creo que eres la mujer más maravillosa que he conocido jamás.

—Jamie...

—Acaba de contarme tu historia, Annie. Suéltalo todo y después lo encerraremos en el cajón de las cosas que jamás recordaremos.

—Lo peor... fue lo del bebé. Lo había perdido, claro. Por desgracia, de eso ya me había dado cuenta incluso antes de quedarme inconsciente. Lloré mucho cuando desperté, antes de que ningún médico viniera a hablar conmigo. Y cuando me toqué la tripa, como evocando lo que un día estuve a punto de tener... noté las cicatrices.

—¿Las cicatrices?

—Las patadas que me dio fueron tan fuertes que me destrozó el útero y me provocó una hemorragia interna. Tuvieron que... extirpármelo. Ya nunca... Yo...

Las lágrimas se llevaron por delante las palabras. Los dos sabían lo que aquello significaba. Annie, porque llevaba toda su vida cargando con el peso de aquel dolor. De saber que un día fue madre, pero ya nunca lo sería. Jamie, destrozado al pensar en una niña de diecisiete años recién cumplidos que había pasado un infierno y cuya existencia quedaría truncada para siempre. Dolía demasiado.

—¿Qué pasó con ese hijo de perra?

—Lo detuvieron. Yo no podía permitirme un abogado para la acusación particular, así que se libró con el mínimo de pena. No pidieron intento de asesinato, que estoy convencida de que es lo que fue. Lo condenaron por agresión doméstica con resultado de lesiones graves. Lo condenaron a quince años. Está pudriéndose en una cárcel de Oregón. Se declaró insolvente y no me pagó la indemnización que me correspondía por las lesiones, así que, además de ser una chica de diecisiete años que no tenía a donde ir y que quedaría marcada de por vida, salí del hospital cargando con unas facturas médicas imposibles de asumir.

—Pero eras menor de edad... alguien tuvo que hacerse cargo de ti.

—Cuando salí del hospital, me faltaba poco más de medio año para cumplir los dieciocho. Los servicios sociales me fueron rebotando, aunque era evidente que todos querían deshacerse de mí. Era un caso demasiado complicado. El día que cumplí dieciocho años, me vi en la calle, sin dinero, sin familia, sin un lugar a donde ir y con una deuda con el hospital de más de

cincuenta mil dólares.

—Dios mío... ¿Y qué fue de ti?

—Dormí en la calle una temporada, acepté todos los trabajos legales y decentes que me salieron... He hecho de todo. He limpiado cuartos de baño, he hecho habitaciones de hotel por cuatro dólares la hora, llegué a tener dos trabajos a jornada completa y uno a media durante siete meses. Las cuatro horas al día que no trabajaba las pasaba en la biblioteca, dormitando en una sala de lectura, para no tener que pagar alquiler. Poco a poco, la situación fue mejorando. Conseguí un mínimo de estabilidad. Y por «un mínimo», me refiero a compartir dormitorio en un piso de mierda, en el mismo barrio de mierda en el que me críe, poder comer fideos de sobre una vez al día e ir ahorrando cada dólar para ir disminuyendo la deuda con el hospital.

—Perdona si es una indiscreción, pero... ¿debes aún mucho dinero?

—No. Gracias a ti... no. —Annie le sonrió—. Si todo va bien, después de este contrato, creo que conseguiré saldarla por completo. Y no pidas perdón por ninguna indiscreción después de todo lo que acabo de contarte.

—Pues tampoco pediré perdón por lo siguiente, entonces... porque no admite discusión. —Jamie resopló—. Si cuando acabes aquí... si aún debes dinero por eso, yo me haré cargo de todo.

—Jamie, no...

—Mira, nena... —Aquella palabra, que a Annie siempre le había parecido un poco cursi y hortera, le sonó a chocolate líquido en los labios de Jamie—. Los dos hemos pasado por una situación horrible en nuestras vidas. Una de esas que te cambian para siempre. Yo me desperté una mañana en una cama de hospital, a los veintitrés años, y descubrí que nunca volvería a mover o sentir las piernas. Tú lo hiciste a los diecisiete, sabiendo que tu cuerpo nunca volvería a ser el mismo y que no podrías tener hijos. Ni siquiera voy a comparar las dos situaciones, porque a cada uno le duele lo suyo. Pero hay algo en lo que pocas veces he pensado y que ahora me ha caído en la cara como un bofetón.

—¿El qué?

—Que yo salí del hospital con cuarenta millones de dólares en el banco y una madre y una hermana dispuestas a sacrificar toda su vida por mí. Tenía veintitrés años y era el ídolo de mucha gente, ¿sabes? Tú eras una niña perdida que no solo no tenía familia ni dinero, es que encima debía cincuenta de los grandes. El mundo es una puta mierda muy grande a veces.

—Lo es, créeme. Lo he visto de primera mano.

—Entonces, ¿ese tipo está en la cárcel?

—Sí. Y me notificarán con un mes de antelación el día que lo suelten... para que salga huyendo, supongo.

—Esperemos que la cárcel acabe con él antes... —Jamie miró a Annie, un poco sobresaltado por sus propias palabras—. Bueno, perdona, yo...

—James... no puedo estar más de acuerdo con lo que acabas de decir. Ni se te ocurra disculparte por desearle cualquier mal posible a Ethan.

—No puedo soportar que alguien te haya hecho daño...

—Jamie...

## Cicatrices que se curan

Nunca a Jamie su propio nombre le había sonado tan sensual como cuando lo escuchó de la boca de Annie. Estaban los dos tumbados en la cama, cara a cara. Sus manos, entrelazadas. Sus alientos confundándose. Sus miradas fundidas en una sola.

—Annie... hace casi diez años que no estoy con nadie, que no... que no siento nada. Ni siquiera atracción. Fue como si la sensibilidad que perdí en las piernas hubiera afectado también a mi corazón, pero...

—¿Pero?

—Pero desde que te conocí, desde que llegaste a esta casa... todo eso cambió. Después de nueve años y pico, ya no puedo imaginarme lo que sería despertar una mañana y sentirme las piernas, pero mucho menos podía llegar a pensar que una mañana despertaría y me sentiría el corazón.

—Jamie...

Esa segunda vez, la voz de Annie era aún más susurrada, más rota. Más excitada.

—No es más que la verdad, Annie.

—Hay algo que yo también creo que tengo que contarte.

—¿Crees?

—Es que no sé si lo habrás imaginado ya...

—¿Qué pasa, Annie? —Jamie frunció el ceño, un poco preocupado.

—Yo... no he estado en nadie desde... desde que me ocurrió aquello.

Jamie solo asintió. No quiso decir ninguna palabra que pudiera aumentar el gesto mortificado de Annie. Se limitó a cogerle la mano y acariciar con la yema de su pulgar la suave piel del dorso de la mano de ella.

Y la tarde fue cogiendo temperatura. Calor. Color. Aún era de día y las cortinas estaban abiertas. Entraba un tímido sol que daba a la estancia una iluminación tenue, perfecta para seguir viéndose, para mirarse como si estuvieran descubriendo cada rincón del otro.

—Desnúdate, Annie —le pidió Jamie, aunque la voz le salió más autoritaria (y más excitada) de lo que había planeado.

—¿Sabes qué? —le respondió ella en un susurro—. Voy a hacerlo.

Annie lo dijo más segura de lo que se sentía, pero sabía que aquel momento era un enorme «ahora o nunca». Y quiso que fuera «ahora». Por eso se levantó, volvió a encender el equipo de música, dejó que la música de *jazz* le infundiera valor... y empezó a desprenderse de su ropa.

No es que fuera un *striptease* de lo más *sexy*, como si hubiera una gran barra metálica en el centro del cuarto a la que pudiera aferrarse para bailar al ritmo de *You Can Leave Your Hat On*. Annie se limitó a ir sacándose las prendas que vestía, una a una. Primero sus pantalones vaqueros, que se le atascaron un poco en uno de sus pies. Después la camisa de cuadros negros y verdes. Más tarde la camiseta blanca sin mangas que dejaba a la vista las cicatrices de sus brazos. Escuchó a la perfección la respiración ahogada de Jamie cuando desabrochó su sujetador, deslizó las tiras por sus brazos y lo dejó caer al suelo. Con las bragas no fue tan valiente. Aún las llevaba puestas cuando regresó a la cama.

—Annie... eres... eres tan perfecta. Tan preciosa...

—Me parece que a usted, señor Parks, le sobra bastante ropa.

Jamie podría haberse pasado el resto de su vida agradeciéndole a Annie lo cómodo que lo hizo sentir, a pesar de que algunos demonios lo estaban arrasando por dentro. Fue ella la que tiró del bajo de sus pantalones para quitárselos, sin que hubiera en el gesto, en apariencia, nada diferente a lo que habría podido ser esa escena si él pudiera usar las piernas. Fue Jamie quien se despojó de su camiseta y, entonces, volvieron a quedar uno frente al otro, mirada contra mirada, pupilas frente a pupilas, solo que vestidos únicamente con una pieza de ropa interior cada uno.

—Dios, Annie... qué duro es esto.

—¿Sí? ¿Tan pronto? —bromeó ella. Él le dedicó una media sonrisa torcida que casi hizo subir la fiebre a Annie, pero a ninguno de los dos les pasó desapercibido que había algo triste en el gesto.

—Lo digo en serio... Es muy duro imaginar todas las cosas que haría ahora mismo si mi cuerpo me lo permitiera. Es... es duro que tengas que adaptarte a mis circunstancias.

—Shhh... —Annie llevó dos dedos a los labios de Jamie para hacerlo callar—. No hay nada que quiera que me hagas que no puedas hacer. No hay nada a lo que *tenga que adaptarme* que no quiera hacer.

—Sabes que tendrás que ponerte arriba, ¿verdad?

—¿Y qué te hace pensar que querría estar en cualquier otro lugar?

Annie sintió que Jamie y ella se acompañaban como dos almas cómplices.

Cuando uno flaqueaba, el otro se mostraba fuerte... y viceversa. Lo supo cuando ella, que siempre había sido tímida y llevaba más de diez años traumatizada, encontró las fuerzas para encaramarse al cuerpo de Jamie, tiró hacia abajo de la ropa interior de él y se deshizo de la suya propia.

Y, de repente, allí estaban. Él tumbado boca arriba, mirándola como si fuera una diosa que acabara de aparecerse en un desierto de dolor que duraba más de nueve años, solo para hacerlo feliz. Ella encima de su cuerpo, montada a horcajadas. Sus cuerpos desnudos, tocándose, palpándose. La humedad de ella. La erección evidente de él. Y fue en aquel momento cuando ambos, de forma sincronizada, se dieron cuenta de que ni siquiera se habían besado todavía.

Annie se tumbó sobre Jamie al mismo tiempo que él se incorporaba un poco para tomar la boca de ella. Sus labios se encontraron, sus lenguas bailaron un tango y sus caderas se unieron en un movimiento casi involuntario. Casi.

Jamie sintió que nunca, en toda su vida, había estado tan excitado como en aquel momento. Y que la amaba.

Annie descubrió que el sexo podía ser la mejor prueba de amor entre dos personas. Y que se había enamorado de Jamie.

Sus cuerpos danzaron durante minutos. La cara torturada de Jamie no hablaba de dolor, sino del placer más intenso que había sentido nunca. Annie abría la boca y emitía unos jadeos que a veces se le escapaban de volumen. Si en algún momento se notó que las circunstancias de Jamie eran diferentes a las de cualquier otro hombre, Annie no lo percibió. Y a él, en algún momento, se le olvidó también.

—Eres preciosa, Annie. ¿Te lo había dicho ya?

Mientras hablaba, Jamie no dejaba de acariciar las marcas de aquellas cicatrices que habían atravesado de lado a lado el vientre de Annie. Ella, cuando sintió el primer roce de los dedos de él en aquel lugar tan delicado, que tanto la había acomplejado siempre, se estremeció. Pero enseguida sintió que él la cuidaba, la respetaba... que ante él no tenía que avergonzarse de nada. Que el miedo había dejado de existir.

—No me importa escucharlo tan a menudo como quieras decírmelo.

La sonrisa de ella era radiante. Se movían adelante y atrás, arriba y abajo, dentro y fuera. Era lo más excitante que cualquiera de los dos hubiera sentido en toda su vida. Era lo más bonito.

—Pues te lo diré cada día. Estoy seguro de que no te lo he dicho lo

suficiente.

La respiración de Annie se aceleró. Su piel se recubrió de sudor. Los mechones de su pelo rojo se alborotaron y a Jamie le pareció que la rodeaba un aura mágica. Él empezó a jadear de una manera que ella no habría podido imaginar antes. Él, Jamie, siempre tan contenido... estaba desatado.

—Me voy a correr, Annie. Me voy a correr dentro de ti y va a ser lo más bonito... Aaaah. —La frase se le cortó a Jamie en un suspiro.

—Y yo voy contigo. Me corro contigo, cielo.

Annie ni siquiera se planteó por qué se había referido a él de aquella manera. Se limitó a darle el mando de su cuerpo a sus instintos, esos que siempre había tenido tan reprimidos, y se dejó llevar. Sintió cada una de las eyaculaciones de Jamie dentro de su cuerpo y supo que jamás olvidaría aquella tarde.

—Annie...

Fue James el primero que habló. Solo dijo el nombre de ella, pero era una palabra que implicaba muchas cosas. Que decía mucho. Lo que acababa de sentir, cuánto la quería ya, cuánto le importaba. Era una sola palabra, pero era su forma de decirle que, después de nueve años, al fin volvía a sentirse un hombre completo, no aquel medio hombre que se le había metido en la cabeza después del accidente que era.

—Jamie, me gustas... —Annie cabeceó para negar; aquella expresión que había pensado utilizar se quedaba muy corta. Él merecía que le dijera toda la verdad—. Me estoy enamorando de ti.

—Pues creo que llegas tarde. —Annie lo miró, frunciendo el ceño—. Porque yo llevo enamorado de ti ya un tiempo considerable.

Sonrieron y Annie se levantó un momento de la cama para asearse. Aprovechó el viaje para pasar por la cocina a preparar un par de sándwiches rápidos —no quería separarse de Jamie por nada en el mundo, así que fueron muy austeros— y un par de latas de cerveza.

—Oye, Annie —le dijo él en cuanto la vio volver a entrar por la puerta de su dormitorio—, no hemos usado condón.

—Lo sé.

—Yo... lo siento. Me vine arriba muy rápido y, si soy sincero contigo... ni siquiera tengo condones desde hace casi diez años.

—No te preocupes, Jamie. —Annie se acercó a él, le entregó su sándwich y su cerveza—. Si yo no hubiera querido hacerlo sin preservativo, no tengas dudas de que no me habría dejado llevar. Soy muy responsable con mi salud y



mi seguridad.

—Me encanta oír eso.

—Pero los dos llevamos años y años sin estar con nadie... sexualmente. Tú te haces chequeos médicos periódicos y sabemos que estás sano. Y yo también lo estoy. Y... por desgracia para mí... el embarazo no es una preocupación que debamos tener.

—Vale. Lo entiendo. Gracias... por no enfadarte.

—Jamie Parks... —Annie le dedicó una sonrisa radiante—. No tengo ni idea de a dónde ha ido a parar aquel tipo gruñón para el que empecé a trabajar hace tres meses, pero te pido por favor que nunca lo hagas volver.

—Si el precio de dejar de ser un *gruñón* es verte sonreír de esa manera, ten por seguro que me aseguraré de hacerte todo lo feliz que sepa.

—Ya me haces feliz...

Y no dijeron nada más porque no había nada más cierto que aquello. Más importante. Y más mutuo. Los dos se sentían felices, por primera vez en demasiados años. Tan felices que les daba hasta un poco de miedo respirar, por puro pavor a que algo se rompiera.

Cuando Annie sintió que los ojos empezaban a cerrársele —la noche había caído sobre San Francisco ya un par de horas antes—, se levantó para regresar a su cuarto. Jamie pensaba que solo estaba yendo al cuarto de baño, así que la dejó marchar. Pero cuando ella se volvió hacia él para desearle buenas noches, él se sobresaltó tanto que acabó incorporado, con la espalda sobre el cabecero.

—¿A dónde te crees que vas? —le preguntó, en un tono algo burlón.

—Yo... me vuelvo a mi cuarto... ¿no?

—Ni de broma, Annie. —Jamie cabeceó, mientras hablaba en tono de humor—. Estás soñando si piensas que voy a dormir solo después de todo lo que ha pasado hoy.

—Ah.

—A no ser que seas tú la que quiere librarse de mí.

—Yo... no... no quiero eso. —No es que Annie titubeara. Es que la felicidad se le atascaba en la garganta.

—Pues ven aquí, anda —le respondió Jamie, invitándola a entrar en la cama mientras con un gesto levantaba el edredón. No hacía ni cinco horas que se habían visto desnudos por primera vez y ya tenían cada uno su lado de la cama. Podía parecer increíble. Pero en realidad era sencillo de comprender. Era amor.



## 12

### Cómo hemos podido vivir sin esto

La mañana siguiente fue sorprendente. Para Jamie y también para Annie. Para cada uno de ellos por una razón diferente.

Annie despertó con un sobresalto, a pesar de que no necesitó ni dos segundos para ser consciente de que había dormido de forma profunda. Quizá mejor de lo que había descansado en meses. O en años. Pero no pudo evitar que los primeros rayos de luz que recibió en la cara la sobrecogieran un poco, porque había miedos que nunca se iban del todo, y Annie llevaba muy mal despertar en una cama que no era la suya. Le había pasado las primeras mañanas en casa de los Parks y la sensación fue aún más acentuada aquella mañana preciosa en que amaneció en la cama de Jamie.

Pero su verdadero sobresalto llegó unos segundos después. En cuanto se dio cuenta de que había despertado en la cama de Jamie... pero él no estaba allí. Y Annie imaginó al instante lo que había pasado. Que él se había despertado antes que ella, se le había caído encima todo lo que había ocurrido la noche anterior y había optado por la que solía ser su salida instintiva para todo aquello que lo asustaba: huir. O quizá, simplemente, se había arrepentido. Annie ni siquiera tenía claro cuál de las dos opciones le parecía más aterradora. Y triste.

No tardó demasiado en recordar que su misión en aquella casa era asistir a Jamie en cualquier necesidad que pudiera tener —solo esperaba que su ética no le recordara nunca cuánto lo había *asistido* la noche anterior—, así que se levantó de la cama y decidió acudir a su encuentro, cruzando los dedos para que estuviera en casa y la huida no hubiera traspasado los muros del garaje.

\*\*\*

Jamie, por su parte, también se había sobresaltado al despertar. Hacía exactamente nueve años y ocho meses que no despertaba con otro cuerpo humano junto al suyo. Ni siquiera recordaba el nombre de la chica a la que le había tocado en suerte, por puro azar, ser su última compañera de cama. Lo más parecido que había tenido a algo así en casi una década habían sido las

horribles noches en que su madre o Barbara hacían guardia junto a su cama de hospital o, en los peores momentos, también en casa. Prefería ni pensar en aquellos momentos.

Así que su primer impulso fue largarse. Lo aterrorizó recordar la noche que había pasado con Annie. Aunque el terror se le instaló en el mismo centro de la entrepierna en el momento en que las imágenes de lo ocurrido se hicieron tangibles en su cabeza. Era miedo lo que sentía, sí, pero era el miedo más dulce de su vida.

Aun así, necesitó marcharse. Levantarse de la cama y huir de una visión, la de Annie dormida con el rostro en paz, que era tan hermosa que dolía. Salió de la cama tratando de hacer el menor ruido posible y se fue al salón. Dio un par de vueltas en su silla sin acabar de encontrar qué hacer. Pensó en bajar al gimnasio, pero seguía en la misma línea ociosa que el día anterior y le dio pereza. Así que se acercó a la cocina y puso a funcionar la cafetera mientras decidía qué le diría a Annie cuando ella se despertara. Cómo se despediría de ella. Cómo arreglaría su corazón roto. *Sus* corazones rotos.

\*\*\*

Cuando Annie entró en la cocina, se encontró todo un despliegue ante sus ojos. De nuevo un desayuno casi como de hotel de cinco estrellas se extendía entre Jamie y ella, dejando que los recuerdos de otra mañana parecida, y a la vez tan diferente, se filtraran en cada neurona de sus cerebros.

—Buenos días —saludó ella, con la voz teñida de una timidez que ni todas las voces entrecortadas del mundo podrían reflejar fielmente.

Jamie no le respondió. Solo la miraba. La miraba fijamente desde uno de los extremos de la mesa de la cocina. La miraba y bebía café. Ella no supo qué hacer, después de quedarse allí quieta un buen rato, así que se acercó al otro lado de la mesa, se sirvió en un pequeño bol unas cuantas frambuesas, un plátano cortado en rodajas y lo regó todo con un par de cucharadas de yogur griego y un chorrito de miel. Se acercó a Jamie y percibió a la perfección el lenguaje corporal de él. Vio como se tensaba, como daba incluso un pequeño respingo. Pero ella lo ignoró. Ni siquiera le había dicho «buenos días», así que la pelota de aquella conversación mañanera estaba en el tejado de Jamie. Y ella solo se había acercado a él para servirse un chorrito de café en su enorme tazón de leche. Se sentó a la mesa, comió un rato con calma y, al final, decidió optar por la misma táctica que había adoptado él desde el comienzo.

La mirada fija.

Así estuvieron unos diez o quince minutos, aunque a ambos les parecieron horas. Y Annie venció aquella batalla. Fue Jamie quien habló.

—Buenos días, Annie. —Esbozó una media sonrisa torcida—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien —respondió ella, con una seguridad en sí misma que no sentía.

—Me alegro.

—Gracias por todo este... despliegue de desayuno. —A Annie le parecía ridículo que continuasen con aquel intercambio de frases cordiales, pero le siguió el juego. Estaba segura de que, antes o después, llegarían a alguna conclusión.

Jamie asintió. Annie no supo muy bien qué significaba el gesto, pero no le quedó tiempo para tratar de averiguarlo, porque Jamie echó su silla unos centímetros hacia atrás, se impulsó y, antes de que ella pudiera darse cuenta del todo, lo tenía junto a ella.

—Este desayuno es lo menos que puedo hacer para agradecerte una de las mejores noches de mi vida. —Se situó frente a ella, tal como habían pasado toda la tarde anterior, y apresó sus mejillas con las palmas de sus manos—. Es lo menos que puedo hacer para decirte que yo nunca pensé que podría sentir algo tan fuerte, tan *sexy*, tan jodidamente excitante... no solo después de mi accidente. Yo nunca había pasado una noche como esta, nunca había disfrutado tanto... tampoco antes.

—Jamie...

—No, déjame acabar. —Jamie se pasó la punta de la lengua por los labios y Annie tuvo ganas de morderle la boca—. Follar contigo esta noche me ha demostrado muchas cosas. Que la mitad de mí no se quedó en aquella estación de esquí, para empezar. Que aún tengo la capacidad de ponerme salvajemente cachondo y... creo que también para hacer que una mujer se corra a lo bestia gracias a mí. ¿Me equivoco?

—No. Sin duda... no te equivocas. —Annie ni siquiera supo de dónde había salido su respuesta, porque estaba demasiado alucinada con aquella forma de hablar de Jamie. Tan poco propia de él, tan sucia... tan excitante.

—Y esta mañana me he levantado pensando en cómo podría huir. A dónde cojones podría ir para escapar de esto.

—¿Qué? —Annie abrió los ojos como platos.

—Que me cagué de miedo, Annie. Pavor, pánico, terror. Todo eso, junto y mezclado, es lo que sentí esta mañana cuando desperté y te vi a mi lado.

—Vaya... gracias.

—No, no me has entendido. Sentí pavor a mis propios sentimientos. Porque tardé menos de tres segundos en darme cuenta de que la razón por la que había disfrutado tanto esta noche era que... que al fin había entendido eso que dicen de que el sexo es mucho mejor cuando además hay amor.

—Jamie...

—Yo nunca me he enamorado, Annie... —Jamie bajó la cabeza—. Cuando era un crío estaba demasiado preocupado por acostarme con el mayor número de mujeres posible como para pensar en amor. Era un gilipollas. Y después... me pasé diez años sin quererme siquiera a mí mismo como para plantearme querer a alguien más.

—¿Y ahora vuelves a quererte a ti mismo? —Annie se lo preguntó porque aquella respuesta realmente le importaba. Porque si había conseguido, de alguna manera, devolverle a Jamie parte de la autoestima perdida... podía considerar su estancia en casa de los Parks como todo un éxito, pasara lo que pasara en el futuro.

—Vuelvo a quererme a mí mismo. Y a querer vivir. A comerme la puta vida a mordiscos. Y vuelvo a hacerlo, Annie... —Jamie se acercó un poco más. Sus rodillas se tocaban, y hasta a él le dio la sensación de que podía sentirlo—. Vuelvo a hacerlo porque tú formas parte de mí. Y por más que lo he intentado... no he conseguido no quererte.

—Oh, Dios mío, Jamie... Yo también te quiero. —Annie se derrumbó. Pero fue un derrumbamiento bonito. Uno que llegó entre lágrimas.

—¿Y no te atrevías a decírmelo?

—Yo también tengo derecho a tener miedo a ratos.

—Pues deja de tenerlo y ven aquí.

Annie le hizo caso al instante. Se acercó a él, se sentó en su regazo y lo besó. Lo besó como si fuera la última vez que podría hacerlo, aunque esperaba sinceramente que solo fuera una de muchas. De las muchísimas que les quedarían por delante. La barba incipiente de Jamie le hacía cosquillas en las mejillas y su lengua lo hacía en los labios. Ambas sensaciones se convirtieron en un placer que envió un ramalazo de humedad al vértice entre sus muslos.

—¿Has desayunado bien? —le preguntó Jamie, en uno de los escasos segundos en que se separaron.

—Sí, ¿por qué?

—¿Ves eso? —Jamie señaló hacia la gran cristalera que separaba la cocina del porche cubierto que daba al jardín interior de la mansión.

—¿El jardín? —Él asintió, divertido al observar el ceño fruncido de la que ya consideraba *su chica*. Apenas podía creerse volver a tener una chica, después de tantos años de soledad—. Sí, claro que lo veo.

—Pues ahora vamos a salir ahí. No, no, no. —Jamie la detuvo cuando ella hizo amago de levantarse de su regazo—. No te vas a mover de mis piernas en todo el día.

—Ah.

—Y vamos a salir al jardín y vamos a hacer el amor tan duro y tan fuerte que probablemente la palabra correcta sea... —se acercó al oído de Annie y ella sintió como toda la piel de su cuerpo se le ponía de gallina— *follar*.

Los dos se estremecieron, pero no era frío lo que sentían. No, definitivamente no era frío. Jamie impulsó con fuerza las ruedas de su silla en dirección al jardín y, una vez allí, le dejó a ella el mando de los acontecimientos. Pero no fue como la noche anterior, cuando lo hizo porque él no se sentía capaz de moverse con comodidad para mantener una relación sexual. Fue porque Annie le parecía una diosa cuando hacía el amor con él, aunque solo hubiera tenido una noche para comprobarlo. Le parecía una jodida amazona cuando lo montaba.

Annie supo lo que tenía que hacer, que era exactamente lo que deseaba. Se desnudó. Por completo. Sin que le importaran las cicatrices de su piel ni los traumas de su alma. No se lo habría podido creer si alguien le hubiera contado apenas unos días antes cuánto poder curativo podían tener los besos de Jamie. Y también el hecho de que él se sintiera torpe y vulnerable en el sexo, porque eso hacía que ella necesitara demostrarle que eran perfectos tal cual eran. Y para demostrárselo tenía que creérselo.

—No te imaginas cómo me pone verte desnuda al aire libre.

—Tampoco es exactamente como si me estuviera paseando en pelotas por Fisherman's Wharf.

—Mejor. No me apetece demasiado compartir las vistas con algo así como un millón de turistas.

—Ni a mí —le dijo ella, olvidando que un día había sido una chica tímida, al tiempo que tiraba del bajo del pantalón de pijama de él, que se levantó brevemente, impulsándose con sus brazos, en una sincronización perfecta que los dejó desnudos... y felices.

Hicieron el amor como si nada importara. Como si a Annie no le quedara menos de un mes de contrato en la casa, como si no fuera lo menos ético del mundo que mantuvieran una relación de aquella naturaleza mientras ella

cobraba un sueldo astronómico por unas funciones que apenas realizaba, como si tuvieran la menor idea de lo que les depararía el futuro. Hicieron el amor sin pensar en nada de ello porque, en realidad, no les importaba. No en aquel momento.

Lo único que les importó fue lamer cada centímetro del cuerpo del otro. Pasear las yemas de sus dedos por cada terminación nerviosa que hiciera que la excitación creciera. Besar cada palabra, cada aliento, cada beso. Así se sentían. Besando los besos. Cuando habían dedicado ya muchos minutos a cada una de las modalidades en que el amor se hace y se demuestra, Jamie clavó las palmas de sus manos en las caderas de Annie. Ella entrelazó sus dedos en el pelo de él y tiró con un poco de fuerza. Se dejó caer con más ímpetu que en ninguna de las anteriores ocasiones sobre el miembro de Jamie. Y los orgasmos de ellos llegaron entre gritos que puede que escucharan algunos de los vecinos de aquella zona tan exclusiva de las colinas de San Francisco, pero... no, aquello tampoco les importó.

Abrazados y desnudos, con sus cuerpos entrelazados sobre aquella silla de ruedas que a Jamie ya ni siquiera le sobraba, los dos supieron que habían hecho algo grande. Que allí acababa de nacer algo que les cambiaría la vida. Que los cambiaría a ellos. Los latidos acompasados —y a ratos frenéticos— de sus corazones eran la única prueba que necesitaban de que habían nacido para estar juntos, aunque para conseguirlo hubieran tenido que pasar muchos años y atravesar un par de infiernos antes de encontrarse. Lo único que importaba ya era que lo habían hecho. Jamie y Annie se habían descubierto. Y juntos aprenderían a reconstruirse. A amarse. A ser tan felices como lo estaban siendo aquella mañana en aquel precioso jardín.



## Las dos semanas de nuestra vida

La vida les sonrió. Y ellos le sonrieron a la vida. Cuando al fin oficializaron su estatus de *novios* —una palabra que, sorprendentemente, a ninguno de los dos le dio vértigo—, quedaban exactamente dieciséis días para que Barbara volviera a casa. No es que aquella fecha fuera a significar de forma oficial el final de su relación, ni mucho menos, pero no querían empañar su incipiente alegría con conversaciones preocupadas acerca de qué ocurriría cuando ella volviera... así que decidieron aprovechar el tiempo exclusivamente para disfrutar. Por lo que pudiera pasar.

Las mañanas los descubrían durmiendo hasta tarde, sin preocuparse del despertador ni de obligaciones que les vinieran impuestas. Annie apenas podía creerse que aquello fuera posible en la vida real. Las tardes eran para hacer la digestión de las copiosas comidas que preparaban juntos; las pasaban viendo películas, escuchando música, haciendo deporte en el gimnasio o, simplemente, charlando. Hablaron muchísimo en aquellas semanas. Y las noches siempre los encontraban desnudos, fundidos en un solo cuerpo, en una sola alma.

Jamie siempre había pensado que sería imposible que un solo día de su vida, sobre todo después del accidente, superara en felicidad a aquella tarde en que se había convertido en campeón de la NBA con solo veintitrés años, pero... se había equivocado. Nunca jamás se había sentido tan pleno como con Annie a su lado, compartiendo con él cama, casa y vida.

Les encantaba hacer el amor, pero, si alguien les hubiera preguntado, habrían dicho que lo que más les gustaba compartir no era un espacio entre las sábanas —aunque no tenían ninguna queja con eso—, sino conversación. Las palabras podrían haber salido por las rendijas de las ventanas de la casa de tantas que emitían por minuto cuando estaban juntos, generalmente abrazados en el sofá, protegidos del frío por una manta de calceta.

\*\*\*

—Si no te hubiera pasado todo aquello... ¿Qué te habría gustado hacer con tu

vida?

Era una tarde cualquiera, una de las últimas antes de que Barbara regresara, y Jamie y Annie jugaban a algo que les encantaba: hacerse preguntas uno al otro para intentar llegar a conocerse en tiempo récord casi como si fueran amigos desde niños. Le tocaba el turno a Annie de contestar.

—No tengo ni idea. —Annie puso cara de concentración—. Era tan niña cuando conocí a Ethan, y venía de un ambiente tan poco propicio para soñar, que ni siquiera sé lo que deseaba. Supongo... que profesora o enfermera. Algo así. Algo para estar en contacto con gente y ayudar.

—Te pega. —Jamie sonrió—. Te pega mucho. Habrías sido muy buena. *Eres* muy buena en lo que haces.

—Bueno... creo que muchos méritos para ganarme el sueldo no estoy haciendo últimamente.

—Si Barbara te contrató para que yo estuviera bien, creo que se quedó corta con el sueldo.

—¡Calla! —Annie le dio un puñetazo cariñoso en el hombro; estaban tumbados en el sofá, con las piernas entrelazadas y una bandeja con pasteles que Annie había salido a comprar aquella mañana—. ¿Y tú? ¿Qué tenías pensado hacer con tu vida después de que tu carrera acabara?

—Me pasa algo parecido a lo que has dicho tú. Cuando tuve el accidente, se suponía que me quedaban tantos años de carrera por delante que ni se me había pasado demasiado por la cabeza el futuro. Pero siempre me apeteció seguir vinculado al baloncesto.

—¿Como entrenador?

—No. Creo que más bien en algo de prensa. De pequeño me pasaba horas enganchado a la ESPN, así que supongo que me habría gustado ser comentarista de partidos.

—¿Y qué te lo impide?

—Annie...

—Está bien, está bien... Nada de temas *conflictivos*.

—Te toca.

—Mmmmm... Si pudieras teletransportarte, aquí y ahora, a algún lugar en concreto, el que sea, de todo el mundo... ¿A dónde irías?

—¿Doy por hecho que te llevo a ti conmigo? Porque, si no es así, no me apetece ir a ningún lugar.

—Jamie... —Annie lo acercó a su boca y le dio un beso que los dejó a ambos sin aliento—. Sí, no pienso dejarte escapar, así que... conmigo.

—Al Caribe. En concreto, a la zona de La Romana, en la República Dominicana. Estuve de vacaciones con mi madre y con Barbara durante las navidades de mi tercer o cuarto año de universidad.

—¿Por qué querías volver?

—Para enseñarte el color del agua en aquel lugar. Es de un azul que no existe en ninguna otra parte del mundo. Un azul turquesa intenso que resulta difícil de imaginar. Ni siquiera las fotos le hacen justicia.

—Suena apetecible.

—Lo es, créeme. ¿Y tú?

—¿Puedo decir que a cualquier sitio fuera de San Francisco?

—¿A cualquiera? ¿A Sacramento, por ejemplo, que es la ciudad más fea del estado?

—Pues me valdría. Nunca... nunca he salido de aquí.

—¿De California?

—De San Francisco y la zona de la bahía. Nunca he tenido dinero para mucho más que un billete de autobús.

—Annie...

—No, por favor, no te compadezcas.

—No iba a hacerlo. Iba a decirte que el juego consistía en viajar con la mente, así que puedes elegir cualquier lugar.

—París —respondió Annie, sin dudar ni un segundo.

—¿Por qué?

—¡Venga ya! ¡Porque es París! Todo el mundo sueña con ir a París.

—Me encantaría llevarte allí.

—¿Has estado?

—Sí. Y la Torre Eiffel es uno de los lugares más hermosos que he visto en toda mi vida. No quiero ni imaginar lo que sería contigo delante, a sus pies.

—A tus pies.

—Sí.

El silencio cundió entre ellos durante unos momentos. Ninguno de los dos quería ensombrecer la conversación, pero había un tema flotando que era una realidad gigante. Nada impedía que esos sueños, esos viajes mentales, pudieran hacerse realidad. Si Jamie no volvía a ver jamás las aguas turquesas del mar Caribe, si no la llevaba a París, si no se convertía en comentarista de partidos de baloncesto en la ESPN... era porque no quería. Porque no se sentía capaz de salir de los muros de aquella casa. Y eso le rompía el corazón a Annie. No por ella, que podría ser feliz el resto de su vida sin hacer nada

más que cuidar de él y estar a su lado; por él. Porque siempre había sido un hombre lleno de sueños y aspiraciones que llevaban ya casi una década enterrados.

—¿Has hablado con Barbara estos días? —le preguntó Jamie, cambiando de tema; sabía qué pensamientos estaban pasando por la cabeza de Annie y, aunque racionalmente los comprendía, no quería ni oír hablar de ellos.

—La verdad es que no. Tenía una llamada perdida de ella ayer por la mañana, pero luego me mandó un mensaje diciéndome que tenía mucho lío en la facultad y que no hacía falta que le devolviera la llamada, que ya me volvería a llamar ella. ¿Tú?

—Sí. Esta mañana, mientras estabas haciendo recados.

—¿Y qué tal?

—Bueno... ya sabes. Triste por tener que dejar París, pero dice que deseando verme.

—¿Ha hablado algo con Pierre? ¿Sobre... el futuro? —Annie no sabía muy bien cómo hacer esa pregunta, porque algo que los dos sabían era que el futuro de Barbara y Pierre iba indisolublemente unido al de Jamie. Al de los dos.

—Pues hemos hablado algunas cosas... No hoy, en general en los últimos días.

—¿Le has contado algo de lo nuestro? —Hacía ya días que habían tomado la decisión de mantener su relación en secreto hasta que Barbara regresara a Estados Unidos. Lo que tuviera que hablarse y decidirse... habría tiempo para hacerlo. Pero no servía de nada mantener una conversación tan complicada como aquella por teléfono y con miles de kilómetros de distancia entre los interlocutores—. Habíamos dicho...

—No le he contado nada. Pero conozco a mi hermana, Annie, y ella me conoce a mí. Y estoy seguro de que sospecha algo.

—¿Sí?

—Annie... —Jamie la tomó del mentón y la obligó a enfrentar su mirada—. Mi hermana me conoce, literalmente, desde que nací. Y te puedo asegurar que nunca me ha notado más feliz que ahora. Y es una hermana que estaba a dos metros de la pista cuando gané el anillo de la NBA.

—¡Qué vergüenza! Tendré que hablar con ella... —Annie se tapó la cara con las dos manos—. Aunque eso que has dicho es precioso, claro. —Sonrió.

—Precioso y muy cierto. Pero no hables con ella. Quedamos en que no le diríamos nada hasta que regrese, así que mejor dejemos que se vuelva loca sospechando, pero no se lo pongamos tan fácil —comentó Jamie, divertido.

—¿Y qué planes tiene?

—Pues se viene para aquí justo cuando termine su cuatrimestre. Creo que un par de semanas después viene Pierre a pasar una temporada, en espera de que le concedan o no la beca para dar clase en Berkeley. Y no han pensado mucho más, porque... ya sabes.

—Sí.

Tema conflictivo. Mejor evitarlo por el momento. Annie se dio cuenta de que eso era lo que quería Jamie y se lo concedió.

—¿Te apetece darte un baño? —le preguntó él en tono ronroneante, junto a su oreja.

—¿Un baño?

—Acércame la silla.

Annie le hizo caso, él se pasó a la silla con agilidad y tiró de ella para que cayera sobre su regazo. Ella se rio, lo abrazó, lo besó... Nadie podía verlos, pero, si alguien lo hiciera, describiría aquella escena como la viva imagen de la felicidad. Jamie cogió velocidad a lo largo del pasillo y dejó caer la silla por la rampa que conducía a la planta sótano de la casa. Annie no dejó de reír ni un segundo.

Al llegar al borde de la piscina, Jamie tuvo un momento de frustración. Le habría encantado levantarse, tomar a Annie en brazos y lanzarse con ella al agua, pero aquella no era una posibilidad. Tenía que pasar por el trance de la silla adaptada y prefirió ni fijarse en lo *sexy* que estaba Annie desprendiéndose de toda su ropa mientras él hacía un trámite tan mecánico.

Pero, cuando sus cuerpos se encontraron bajo el agua, todo quedó olvidado. Todo menos que en aquella casa estaba naciendo un amor imposible de ignorar. Sus corazones no podían mentir.

\*\*\*

Y así fueron pasando los días, hasta que Annie no aguantó más. Le reventaba la felicidad dentro, y precisamente por eso no quería que nada la interrumpiera. Pero había un pensamiento que revoloteaba todo el rato por su cabeza. Le gustaba la idea de evitar los temas conflictivos, pero creía tanto en su amor por Jamie, y en el de él por ella, que no pensó que tratar algunos de aquellos temas que solían evitar fuera a hacerles ningún daño.

Se equivocaba.

Todo empezó una mañana en que ella salió a hacer algunos de sus recados

habituales. Quizá se había levantado con mal pie o era uno de esos días en que se convierten en fantasmas pensamientos que habitualmente no nos molestan demasiado. Pero el caso es que se pasó todo el trayecto en coche entre la casa y Oakland, al otro lado de la bahía, comiéndose la cabeza con cuál era exactamente su estatus en la casa. Si seguía siendo la cuidadora de Jamie —y su salario parecía indicar que era así—, estaba incumpliendo todas las normas éticas imaginables al pasar cada noche en la cama de su paciente; ni siquiera entraba en su dormitorio desde hacía un par de días, pues había trasladado algo de ropa y todos sus útiles de primera necesidad a la parte de la casa que habitaba él, porque no les gustaba separarse ni un segundo para que ella se retirara a su cuarto. Pero, si ya no era su cuidadora sino su novia, además de tener que pensarse mucho si devolver el salario del último mes, no tenía demasiado sentido que siguiera encargándose sola de todas las tareas que implicaban salir de la casa. De hecho, no era una cuestión de atribuciones profesionales. Ella siempre regañaba a Jamie porque él se hacía cargo de demasiadas tareas dentro de casa, pero ni se le había ocurrido nunca ofrecerse a acompañarla a hacer las compras que la mantenían fuera de casa tres o cuatro mañanas a la semana. Y eso que decía que no quería estar ni un segundo separado de ella...

Annie respetaba los complejos y los miedos de cada uno, por supuesto que sí. Pero también era muy consciente de que Jamie se había podido permitir aquel aislamiento porque la situación económica siempre lo había acompañado y porque su hermana —y más tarde ella misma— se habían encargado de que no le hiciera falta salir y relacionarse. Bien sabía ella que otra persona, con su misma lesión pero diferentes circunstancias, se habría visto obligado a salir a la calle a ganarse la vida, en el mejor de los casos. No había más que echar un vistazo a la gran cantidad de personas con discapacidad que se podían encontrar en los refugios para gente sin hogar, para darse cuenta de que no todos eran tan afortunados como James. Pero esa *suerte* se había convertido en un arma de doble filo, porque la bola que él se había hecho dentro con no salir de casa era demasiado grande ya.

Annie se había acercado a Oakland porque la señora que limpiaba la casa algunas mañanas les había dicho a Jamie y a ella que allí vendían la mejor carne de buey de toda California. Jamie le había propuesto el día anterior preparar una barbacoa y a Annie se le había hecho la boca agua, no tanto por imaginar el delicioso sabor de la comida como por el hecho de que, aunque nadie pudiera creérselo, ella jamás había estado en una barbacoa. No había

tenido dónde ni con quién disfrutar de una.

Acabó pronto las compras y las metió en el maletero del coche. Ya se estaba subiendo y pensando en olvidar aquel humor tan sombrío que se le había instalado en la mente en forma de nubarrón, cuando reparó en un colorido cartel pegado en una farola que anunciaba un mercadillo de productos orgánicos, con música en directo y un pequeño parque de atracciones, que se celebraría en la ciudad al día siguiente por la mañana. Y decidió que quería ir. Y que quería que Jamie la acompañara.

Al llegar a casa, Jamie ya había encendido el fuego en la barbacoa del jardín. Annie puso la carne sobre una tabla de madera antes de salir y lo saludó de lejos mientras preparaba una ensalada rápida para acompañar lo que le parecía una ingente cantidad de carne. Cuando vio que Jamie daba la vuelta a los filetes sobre la parrilla, Annie salió y puso la mesa en el jardín.

—Qué bien huele... —Se le escapó un suspiro y él se acercó a saludarla.

—Dame un beso en condiciones, ¿no? —Él sonrió.

Annie se derritió con el beso, pero no olvidó la conversación que quería mantener. La pospuso un poco, porque la comida estaba deliciosa, y Jamie sentado al otro lado de la mesa, vestido con una camiseta blanca básica de cuello de pico que dejaba a la vista el comienzo del vello de su pecho... también estaba delicioso. Pero en el postre —unas magdalenas de chocolate blanco increíbles— no aguantó más.

—Mañana hay un mercadillo de comida ecológica en Oakland.

—Ah —respondió él, distraído.

—Con actuaciones de grupos en directo y... ¡una noria!

—Ya...

Jamie cerró los ojos con fuerza, y su gesto torturado estuvo a punto de hacer a Annie recular en su intención de mantener aquella conversación. Sabía que a Jamie le dolía... y el amor hace que el dolor se vuelva contagioso.

—Jamie... —él tardó, pero al final la miró a los ojos—, me gustaría ir.

—Claro, claro... —Jamie carraspeó; pocas veces en su vida había estado más nervioso—. No hay problema, yo... yo puedo esperarte y luego pasamos la tarde junt...

—No, Jamie. —Annie logró que su voz sonara mucho más firme de lo que ella la sentía—. Quiero ir contigo.

—Annie, yo... lo siento, joder, pero no... no estoy preparado para eso.

—¿Y lo estarás?

—¿Qué?

—Me gustaría saber si lo estarás algún día, Jamie. Me importa una mierda la feria del sábado, es solo una ocasión que me parecía adecuada para... ¿probar? —Annie se pasó la mano por la cara, frustrada—. Como una piedra de toque sobre cómo te sientes fuera, rodeado de gente. Es una feria pequeña, en una ciudad que no es San Francisco, no habrá muchas personas... Me pareció una buena opción.

—Y lo es, Annie. Has tenido una buena idea y no tengo nada que objetar.

—Entonces... ¿iremos? —A Annie se le dibujó una sonrisa cuyo enorme tamaño fue directamente proporcional al dolor que le provocó a Jamie saber que le había causado una falsa esperanza.

—No... no me has entendido. No tengo nada que objetar, pero... tampoco tengo fuerzas para hacerlo.

—¿Qué?

—Lo siento.

Jamie echó su silla hacia atrás y se dispuso a marcharse, pero Annie lo interrumpió.

—¿Y eso es todo? ¿Que lo sientes?

—¡Es que lo siento, joder! —Jamie gritó; la frustración se lo comía—. No te puedes imaginar lo mal que me encuentro por negártelo. Me encantaría, ¿sabes? Me encantaría llevarte a esa feria y subirte a lo más alto de la noria y luego echar a correr juntos, pero... ¡no puedo! ¿Es que lo has olvidado?

—Yo nunca te he pedido que me lleves en brazos ni que corramos juntos ni que eches a andar milagrosamente. —Su voz era dura y Jamie se sorprendió al oírla así—. Yo solo te estoy pidiendo que vayamos juntos a una feria en la que no hace falta que demuestres tus habilidades caminando precisamente.

—Qué fácil es hablar para ti. —Ninguno de los dos fue consciente de hasta qué punto se había elevado el tono de la conversación, pero aquello se parecía sospechosamente a su primera bronca de pareja—. ¿Sabes si habrá algún obstáculo que me impida avanzar? ¿Si llegaré a unas escaleras y que la única forma de salvarlas sea que les pidas a tres o cuatro tíos grandes que cojan la silla a peso? ¿Sabes si habrá alguna aglomeración en la que mi cara quede a la altura del puto culo de todo el resto de la gente?

—No... —Annie dudó, pero su enfado seguía siendo más fuerte que su compasión; de hecho, lo último que deseaba sentir por Jamie era compasión; y estaba segura de que él, aun con todo el enfado, pensaría igual—. Y tú tampoco lo sabes. Si quieres leer todas las noticias sobre las grandes barreras arquitectónicas que existen en el mundo, me parece estupendo. Pero tú no has



experimentado ni una sola por ti mismo, porque llevas nueve años viviendo en tu burbuja. Si pasa cualquiera de esas cosas, cabréate, cágate en todo y ¡lucha! Lucha para que las cosas sean fáciles para las personas en silla de ruedas. No creo que mucha gente hubiera podido hacer más que alguien que era conocido cuando tuvo la lesión medular. Pero ni siquiera es eso...

—¿Ah, no? ¿Y qué es? Porque te he visto bastante capacidad para juzgarme en esas palabras.

—Es que claro que te juzgo. Porque tienes los cojones de decir que para mí es fácil hablar... ¿Y para ti? ¿Sabes a qué personas he cuidado con lesiones más graves que las tuyas? Y que tenían que levantarse cada mañana para ir a trabajar, con dificultades, con barreras, con dolor, sin poder pagarse una consulta en el hospital de puta madre al que vas tú, teniendo que estar en lista de espera de gimnasios públicos de mierda mientras tú tienes un equipamiento de ensueño en tu puñetero sótano. Hay gente ahí fuera que, además de una lesión medular, tiene otros problemas, ¿sabes, Jamie? Y casi ninguno tiene cuarenta millones de dólares en el banco para solucionarlos.

—No tengo por qué aguantar esta mierda. —Jamie se zafó de ella y emprendió su camino hacia la casa—. Vete a esa feria si tanta ilusión te hace. Pero no te atrevas a volver a poner en duda el tipo de vida que he elegido y que me ha funcionado durante nueve años.

# 14

## No puede ser

«Noventa y siete. Noventa y ocho. Noventa y nueve. Y cien».

Jamie no perdía la cuenta de la serie de llevaba un buen rato haciendo, a pesar de que su cabeza solo podía pensar en todo lo que había ocurrido con Annie. Después de aquella comida tan agradable en el jardín, que había acabado fatal, ella había intentado dos veces hablar con él. Se le había acercado cuando él estaba en el salón, intentando centrarse en una película de la que después ya ni recordaba el nombre. Y también había intentado interceptarlo cuando él iba de camino a su dormitorio, pero ahí también había huido, como un cobarde, diciendo que quería ir al cuarto de baño. Por suerte o por desgracia, Annie se había dado cuenta de sus estrategias de evasión y no había insistido más.

Por eso Jamie se estaba destrozando en el gimnasio. Porque necesitaba olvidar, aunque lo único que había conseguido era que el oxígeno no le alcanzara casi el pecho, que los músculos de los brazos le ardieran... pero que sus pensamientos siguieran ahí, torturándolo.

Se pasó al banco de pesas y cargó las mancuernas con más peso del que debería. Pero eso no lo disuadió. Sabía que se estaba comportando como un imbécil, como un crío, pero es que... esa parecía ser la dinámica de su vida. Había hecho enfadar a Annie, que jamás tenía un mal gesto hacia él y era la mujer más empática del mundo. Y la había hecho enfadar por su propia frustración, por sus traumas, sus complejos. Por la absurda idea de que todo el mundo lo miraría con lástima si salía a la calle en la silla de ruedas.

¿Lo peor de todo? Que mientras aquellas pesas parecían querer derrumbarse sobre su pecho del puro peso y a causa de la debilidad que ya comenzaba a sentir en sus brazos, llegó a una desoladora conclusión: incluso si Annie le daba un ultimátum, incluso si en aquel momento le suplicaba que saliera con ella, no a aquella feria, sino a dar una simple vuelta a la manzana por el barrio... él le diría que no. No podía. No era una cuestión de voluntad. NO-PO-DÍ-A salir a la calle en la silla de ruedas. Estaba bloqueado.

\*\*\*

Annie lloró mucho aquella tarde. Tirada sobre aquella preciosa cama que pronto dejaría de ser suya, derramó en forma de lágrimas toda la frustración que le provocaba saber que Jamie estaba encerrado en una jaula que él mismo se había construido. Se arrepentía en parte de haber sido tan dura con él, porque no quería ni imaginar el dolor que podía padecer un joven deportista de éxito cuando la vida le ponía en el camino un obstáculo tan grande como el hecho de no poder volver a mover las piernas en toda su vida.

Había intentado por todos los medios hablar con él, pero aquel hombre de espalda erguida y gesto adusto no parecía el mismo que llevaba semanas amándola y haciéndola volar de felicidad. Más bien se asemejaba al James de los primeros tiempos, el que la hacía sentir incómoda, inútil y sobrante en aquella mansión.

En pocos días Barbara regresaría a San Francisco y la suerte estaría echada. Solo le pedía a la vida que Jamie fuera capaz de reflexionar sobre su situación, solo o con la ayuda de su hermana, y se diera una oportunidad a sí mismo para descubrir el mundo que quedaba fuera de los límites de su casa. Y, sobre todo, de que ese mundo redescubriera lo maravilloso que era él.

¿Lo peor de todo? Si a Annie alguien le hubiera dado a elegir entre no volver a salir a la calle nunca pero quedarse junto a Jamie, o vivir una vida plena sin él... se habría quedado con la primera opción. La segunda, simplemente, no existía. Ya no habría *vida plena* para ella sin Jamie.

A las once de la noche, después de un buen rato sin conseguir conciliar el sueño, decidió salir de su cuarto. Las preocupaciones le impedían dormir, sí, pero también lo hacía la falta de costumbre a dormir sola. Parecía increíble; veintisiete años durmiendo sola en una cama y, después de apenas unas semanas, ya no era capaz de cerrar los ojos sin el cuerpo cálido de Jamie al otro lado de las sábanas.

Se deslizó por el pasillo sin percibir demasiados signos de vida en la casa. Había escuchado el leve sonido de las máquinas del gimnasio hacía unas horas, así que supuso que Jamie ya habría pasado por la ducha y estaría en la cama. Le dolía que él no hubiera ido a buscarla a su dormitorio, pero no quiso guardarle rencor. Lo conocía ya lo suficiente como para saber que él estaría lidiando sus propias batallas. No le importaba ceder un poco, aunque solo fuera por esa vez.

Jamie no respondió. Ella llamó tres, cuatro, cinco veces... pero él no se dio por enterado. Había varias opciones, claro. Quizá se había quedado tan

agotado del ejercicio que se había dormido al instante. O tal vez se estaba dando un baño relajante y desde el cuarto de baño no oía sus llamadas. Prefería ni pensar en que pudiera haberle pasado algo. Lo más probable era que, simplemente, la estuviera ignorando. Porque ella sabía bien que había llamado a la puerta con fuerza, que lo habría despertado o lo habría escuchado desde el baño, si esos fueran los problemas. Y aunque la preocupación no la abandonaba del todo, dudaba que la casualidad hubiera hecho que justo se encontrara mal el día que habían discutido. Sí, estaba claro. La había ignorado.

Pero a Annie la vida le había enseñado unas cuantas cosas, y la más obvia de ellas era que era una mujer que no se rendía. No lo molestó más —no tenía intención de comportarse como una psicótica acosadora—, pero se acercó al salón a coger una manta y se sentó junto a la puerta, tapada, esperando a que el sueño viniera a visitarla. No lo reconocería en voz alta, pero en el fondo le apetecía que, cuando Jamie decidiera salir de su cueva, la encontrara allí, esperándola, triste pero convencida de que él era una persona por la que merecía la pena luchar.

Pasó la madrugada en un cierto estado de duermevela, con pesadillas y lágrimas entrelazadas. Hasta que, a eso de las tres y media de la mañana, la sobresaltó una idea. ¿Y si Jamie no estaba en el dormitorio? Esa era la única opción que no se había planteado. Se levantó de un salto y corrió hacia el lugar donde ahora, de repente, estaba convencida de que lo encontraría.

\*\*\*

Jamie se dio cuenta demasiado tarde de que se había destrozado las muñecas. Cuando quiso volver a su silla de ruedas —no para regresar a su cuarto, como habría sido lógico, sino para hacer unos largos en la piscina—, se dio cuenta de que no podía moverlas. Pensó al principio que sería un espasmo momentáneo, provocado por el exceso de ejercicio. Pero en el fondo sabía la verdad: esas tendinitis que eran su peor pesadilla... acababa de provocárselas él mismo.

Se rindió al cabo de una hora. Cuando se dio cuenta de que no podía moverse, se limitó a tumbarse en el banco de pesas —que afortunadamente era bastante cómodo— y se tapó con una de las toallas grandes que había dejado preparadas para su incursión en la piscina, esa que nunca había llegado. Podría haber llamado a Annie, sí, pero... su autoestima ya estaba tan

destrozada como sus muñecas a causa de su incapacidad para salir de casa, no quería ni pensar lo que sería tener que pedir ayuda para levantarse de un puto banco de pesas.

Pero la conocía bien. Aunque hiciera poco tiempo que vivía en su casa y mucho menos aún que estaban juntos. Aun así, la conocía muy bien. Por eso lo sorprendió que hubiera tardado tanto en bajar a buscarlo. Aunque la intención original de Jamie había sido dormir sobre aquel banco de pesas —y ya decidiría al día siguiente qué cojones hacía con su vida—, no había conseguido conciliar el sueño ni un segundo. A las tres de la mañana, la oyó a ella acercarse.

—¡Jamie! ¡Joder, Jamie!

Annie corrió a su lado y a él, aunque no se sentía capaz, se le dibujó una sonrisa involuntaria. A ella, en cambio, se le saltaron las lágrimas. Se sentía terriblemente culpable por no haberse dado cuenta de que él podía estar allí abajo. Y mal.

—Dios mío, Jamie, ¿qué te ha pasado?

—Nada, nada, no te preocupes. —Su gesto de dolor contradecía a gritos sus palabras—. Si pudieras ayudarme a sentarme en la silla...

—Primero dime qué es lo que has hecho.

—Yo... me temo que forcé demasiado la máquina haciendo ejercicio y me he lesionado las muñecas.

—Jamie...

Annie tuvo ganas de iniciar un rapapolvo, pero se dio cuenta de que no era el momento. Se limitó a recordar, casi por instinto, aquellos movimientos que había aprendido cuando lo había ayudado en su tendinitis anterior, aunque en aquella ocasión solo había sido en una de sus muñecas.

Cuando Jamie se vio sentado en su silla, se planteó la opción de huir. Pero vio la cara de Annie, que a pesar de las lágrimas y el rastro de enfado de su rostro parecía un jodido ángel aparecido allí solo para hacerlo feliz... y no pudo marcharse. Además, tampoco sus muñecas iban a cooperar en ello.

—Lo siento, joder...

Jamie se sorprendió cuando notó húmeda su cara. Se le habían saltado las lágrimas sin que se diera cuenta siquiera. Se le escapaban en forma de llanto las frustraciones, el dolor, la pena por no poder darle lo que necesitaba a la única mujer de la que se había enamorado en toda su vida.

—Ven, vamos a tu cuarto. Joder, yo tenía que haber estado aquí para cuidarte.

Jamie siempre había odiado que alguien llevara su silla. Recordaba haber tenido grandes broncas con su madre porque ella tenía la manía de hacerlo, y eso provocaba que él se sintiera aún más discapacitado, en aquellos primeros tiempos de la lesión en que todo podía hundirlo en el fango de la desesperación. Pero aquella madrugada no le quedó más remedio que aceptar que Annie lo impulsara. No era tonto, sabía que se había hecho en las manos mucho más daño del que parecía.

—Ven, apóyate en mí y tumbate en la cama. ¿Quieres ducharte?

—Pues... no me vendría mal, pero no voy a poder.

—Bueno, mañana nos encargaremos de eso. Ahora te voy a pasar unas toallitas, ¿vale?

Él asintió y dejó que ella lo limpiara, sin cruzar ni una mirada. Le daba una vergüenza horrible que ella tuviera que hacer aquello; jamás se acostumbraría a ser una persona dependiente.

—Antes de que te pongas hecho un drama por esto —le dijo Annie en tono frívolo, leyéndole el pensamiento—, espero que entiendas que si alguien tuviera jodidas las dos muñecas, también necesitaría esta ayuda. No es algo que tenga que ver con esa silla de ruedas que te tiene tan traumatizado.

—Pero ese alguien podría levantarse de la cama, al menos.

—A lo mejor, *ese alguien* no sería un gilipollas que prefiere destrozarse la parte más necesaria de su cuerpo que mantener una conversación con su... ¿novia?

Jamie retiró la mirada y Annie se temió lo peor. Pero tenía una misión por delante y no podía permitirse derrumbarse todavía. Se acercó al botiquín ultra equipado que le había mostrado Barbara en el poco rato que habían compartido en la casa y cogió todo lo necesario para hacerle las curas de primeros auxilios a Jamie, aunque estaba casi segura de que necesitaría pasar por el hospital a que le miraran el destrozo que se había hecho.

—¿Puedes estirar el brazo izquierdo? —le preguntó en cuanto regresó al dormitorio.

—Sí. Los codos no me los he jodido aún. Debe de ser la única articulación que me funciona del cuerpo —respondió Jamie con una mueca de fastidio.

—No habrá sido por que no lo hayas intentado.

—Ya. —Jamie no supo qué decir, así que se limitó a guiarla en sus cuidados—. Tengo la férula, no hace falta que me vendas...

—Necesitas compresión. Créeme, Jamie, si alguien sabe algo aquí sobre curas en los brazos soy yo.

—Vale.

—Te voy a vendar bien fuerte las muñecas y luego te pongo las férulas por encima. Tómate estos dos ibuprofenos, anda. —Él aceptó el vaso que ella le ofrecía a la boca junto con las pastillas—. Pero mucho me temo que vas a tener que ir mañana al hospital.

—Sí, ya lo sé. —Jamie esbozó un gesto de dolor que poco tenía que ver con el daño físico de sus manos—. No están rotas.

—No —Annie se rio—, eso ya lo sé. Estarías chillando de dolor si estuvieran rotas. Pero tienes una tendinitis que no se te va a pasar en dos días.

—Eso también lo sé.

Annie acabó de hacerle las curas y lo ayudó a ponerse cómodo para dormir —o para pasarse horas mirando al techo, que parecía una opción más probable en Jamie—. Recogió los restos de todo lo que había utilizado para hacerle las curas y cogió el intercomunicador; comprobó que tuviera batería y lo dejó bien a mano para que Jamie pudiera recurrir a él si lo necesitaba.

—¿Crees que serás capaz de pulsar el botón si me necesitas? —le preguntó, en tono de cariño.

—Sí, sí no te preocupes. Pero no quiero...

—No, Jamie. No voy a tener una discusión contigo sobre el intercomunicador. Has hecho el gilipollas... ¡en muchos sentidos hoy! Te has coronado, vaya. Y te has hecho daño físico, que es exactamente lo que yo tendría que haber impedido si me hubieras dejado. Así que te vas a joder y utilizar el intercomunicador si me necesitas.

—Tienes razón en absolutamente todo lo que has dicho. Pero yo no iba a discutir sobre el intercomunicador.

—Ah. Mejor. Porque no me gustaría tener que pasar la noche en ese sofá.

—Precisamente lo que iba a pedirte...

—¿Qué?

—¿Te quedarías a pasar la noche conmigo? Aunque te haya fallado y te haya hecho daño.

—Pues claro que sí, joder.

Annie se rindió porque ella era la primera que deseaba quedarse con él aquella noche, pero no se había ni atrevido a proponérselo. Se acercó a *su* lado de la cama y se metió entre las sábanas. Con algo de esfuerzo y apoyándose sobre sus codos, Jamie se giró para quedar cara a cara con Annie. Vio sus lágrimas y le partieron el corazón.

—Lo siento muchísimo, Annie. Te juro que, aunque no me entiendas,

aunque no respetes lo que me pasa ni lo comprendas... siento muchísimo haberte hecho daño.

—Me cuesta entenderlo, sí, Jamie... Pero... estoy dispuesta a intentarlo.

—¿Qué?

—Que somos uno, Jamie. Que llevaremos poco tiempo, pero creo que los dos estamos bastante seguros de que nos queremos, ¿no?

—Yo estoy más seguro de que te quiero de lo que he estado de nada en toda mi vida.

—Pues eso, Jamie... Que lo iremos superando. Todo. ¿Crees que a mí me importa más una feria en Oakland que estar bien contigo? No, por supuesto que no. Iremos poco a poco. Lo conseguiremos juntos, de la mano.

—Annie, no lo entiendes...

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Que tú y yo... somos una idea fantástica. En serio, maravillosa. Somos algo muy bonito... dentro de nuestras cabezas. O dentro de esta casa, durante estas semanas, si prefieres verlo así.

—Jamie, no sigas. ¿Qué... qué estás haciendo?

—Estoy intentando decirte a ti, y decirme a mí mismo también, que entre tú y yo, a largo plazo, nunca podrá haber nada.

—Pero ¿por qué? —Annie ya lloraba abiertamente; no podía evitarlo.

—Porque no pienso confinarte a una casa. No has podido salir apenas, no has podido ver mundo, tu vida ya ha sido demasiado complicada hasta aquí... No pienso ser yo quien condicione el resto de tu vida. Eres demasiado maravillosa y te mereces mucho más.

—Yo no te estoy pidiendo nada, Jamie...

—No. Ya lo sé. Pero yo no soy tonto. Ahora estamos empezando, todo es bonito... ¿Cuánto crees que tardarán en llegar los reproches porque te he cortado la vida? No puedo permitirme eso, Annie. Prefiero quererte a distancia toda mi vida que ver cómo acabas odiándome por haberte jodido la vida.

—Tú nunca...

—No lo digas. Abrázame y durmamos juntos, Annie. Pero no nos hagamos promesas, porque yo soy un cobarde de mierda que no va a ser capaz de cumplirlas.

Annie le hizo caso. Lo abrazó con tanta fuerza que ni siquiera le importó si le hacía daño. Había tanto dolor en aquella cama que un poco más ni se notaría. En algún momento de la noche se quedó dormida, y su último



pensamiento fue que, si hubiera sabido lo que se les avecinaba, jamás se habría empeñado a ir a aquella feria ecológica en Oakland.

## El regreso de Barbara

Barbara volvió un viernes por la tarde. En otras circunstancias, Annie le habría insistido al menos un poco a Jamie para que la acompañara a recogerla al aeropuerto, pero no creía que fuera muy buena idea que lo primero que viera Barbara después de separarse de su hermano cuatro meses por primera vez en su vida fuera a Jamie con los dos brazos inmovilizados. Además... estaba de mal humor. No Annie, que no parecía tener ese carácter preinstalado en su cuerpo. Era Jamie el que estaba de mal humor desde aquella noche en que se había destrozado las muñecas y le había partido en dos el corazón a Annie.

Así que Annie se fue sola al aeropuerto. Sola y nerviosa. Maldita la gana que tenía de contarle a la mujer que la había contratado que había sido claramente negligente en su misión de cuidar de Jamie. Después de cuatro meses en los que había pasado un poco de todo —o, mejor dicho, un *mucho* de todo—, justo a su regreso Barbara se lo iba a encontrar lesionado físicamente, cabreado, algo deprimido y sin ninguna solución a la difícil situación de la relación de Barbara y Pierre.

Cuando Annie atisbó a Barbara saliendo por la puerta de llegadas de la terminal internacional del aeropuerto de San Francisco, sus piernas habían adquirido ya la consistencia de gelatina. Tenía pánico a la reacción de la hermana de Jamie, que estaba segura de que habría encontrado a su hermano diferente por teléfono en los últimos días. Al menos en comparación con el Jamie que había parecido tan feliz —que había *sido* tan feliz— durante el tiempo en que aún no había surgido aquel nubarrón entre ellos. Había sido tan bonito y tan efímero... a veces pensaba que se lo había imaginado.

—¡Annie! ¡Pero qué alegría verte! —Barbara la abrazó de forma breve—. No hacía ninguna falta que vinieras. Podía haber cogido un taxi.

—Jamie insistió —se disculpó Annie, con un encogimiento de hombros.

—¿Has venido en su coche?

—Sí. He conseguido hacerme al fin con los mandos manuales. Mi trabajo me costó.

—Ni me hables. Yo tardé como dos años en ser capaz de conducirlo con

fluidez.

La conversación intrascendente continuó durante el tiempo que tardaron en localizar el coche en el *parking* exprés del aeropuerto y también durante los primeros minutos que Annie pasó maniobrando entre el cargado tráfico de aquel día en San Francisco.

—Bueno, y... ¿qué tal está Jamie? —Que Annie se esperara esa pregunta desde el primer minuto no hizo que su reacción se suavizara; tuvo bastante pánico a responder a aquella pregunta—. En los últimos días lo he notado...

—¿Raro?

—Sí, bueno... bastante más de lo habitual.

—Sí. —Annie carraspeó. Era una actitud inmadura, lo sabía, pero quería posponer lo máximo posible la confesión sobre la lesión de Jamie.

—Me ha sorprendido, la verdad. Si yo te contara lo que llegué a pensar en los últimos tiempos...

—Creo que puedo imaginarlo. —A Annie se le rompió la voz y Barbara se giró en su asiento para mirarla fijamente.

—¿Qué ocurre, Annie? —Barbara era directa, eso no podía negársele—. ¿Ha pasado algo?

—Han pasado unas cuantas cosas en las últimas semanas... La primera que tengo que decirte no te va a gustar.

—Joder... Si es que ya me lo imagino...

—No, en serio, no te lo imaginas. Jamie... tuvo un mal día la semana pasada. Anímicamente, quiero decir.

—¡Dios mío! ¿¿Qué hizo??

—Se pegó una paliza en el gimnasio bastante... *desproporcionada*. Y se hizo daño en las muñecas.

—Ah, bueno... Vale, es una mala noticia, pero, no sé por qué, me había puesto en lo peor.

—No ha sido agradable.

—¿Tiene tendinitis en las dos?

—Sí, vino el médico a verlo. Yo le hice los primeros auxilios y parece que acerté, según lo que dijo el doctor, y los daños se minimizaron.

—¿Está inmovilizado?

—Sí, tiene los dos brazos escayolados hasta el codo. Y no está exactamente de buen humor.

—Ya me imagino. ¿Para cuánto tiempo tiene?

—Otra semana más. Ya no toma antiinflamatorios porque, al no poder

moverlas, no tiene dolor. Pero está de mal humor, claro.

—Ya...

El silencio se hizo pegajoso en el coche. Annie estaba un poco paranoica, porque al fin y al cabo, con la información que tenía Barbara, no tenía por qué sospechar nada. Pero ella se sentía juzgada, quizá porque se juzgaba a sí misma. ¡Si hasta había deslizado el dato de que sus primeros auxilios habían ayudado a Jamie para que ella no pusiera en duda sus capacidades!

—¿Sabes, Annie? No pensaba que fuera esto lo que ibas a contarme.

—¿Qué?

—En las últimas semanas, no esta última sino las anteriores... he notado a Jamie muy raro. Mucho más que estos días.

—¿Ah, sí? —Hacerse la tonta era una idea de mierda, pero no fue capaz de hacer otra cosa.

—Sí. Y creo que sabes a qué me refiero.

—Pues la verdad...

—Nunca he visto a Jamie tan feliz como este último mes. ¿Sabes a qué puede deberse?

Era una pregunta directa. Y quedaba mucho rato para llegar a casa, pues estaban atascadas en un embotellamiento que no tenía pinta de ir a disolverse rápido. Y Annie no podía mentirle a una mujer a la que le debía, como mínimo, una ética profesional.

—Sí. Sí que lo sé. Y creo que tú también. —Annie desvió un momento la mirada hacia ella y esbozó una sonrisa débil.

—¿Se ha enamorado?

—Creo que sí.

—¿De ti?

—De eso... estoy bastante segura.

—Comprendo.

De nuevo silencio. Más duro este. Más espeso. Más difícil de digerir.

—Barbara, yo...

—No, no. Déjame hablar a mí. —Quizá hasta aquel momento no fue consciente Annie de que Barbara era una auténtica profesora que debía de ser capaz de hacer callar a toda un aula con una sola mirada. Con ella, desde luego, lo había conseguido.

—Está bien.

—Como bien sabes desde el primer momento en que te contraté, lo único que me importa es el bienestar de Jamie. Él es mi única familia y llevo casi

diez años centrada solo en que él sea feliz. Por lo tanto, vamos a dejar fuera de esta conversación cualquier concepto de ética y profesionalidad, ¿te parece bien?

—No solo me parece bien... —se sinceró Annie—. Es que creo que me conviene.

—Bien. Pues voy a hacerte una única pregunta. Una sola. Pero quiero la respuesta más sincera que hayas dado en tu vida.

—Por supuesto.

—¿Estás enamorada de Jamie?

Annie estuvo a punto de responder de inmediato, de forma impulsiva, porque tenía la respuesta clarísima. Pero prefirió respirar hondo, mirar a Barbara a los ojos y responder con toda la sinceridad que ella le había pedido y que a Annie no le costaba nada dar.

—Más de lo que jamás pensé que pudiera llegar a amar a otra persona.

—Joder...

—Lo siento, Barbara, yo...

—Te he dicho que te olvides de la ética y de la vergüenza que esto pueda darte. —Barbara hizo un gesto de desdén con una mano y, a continuación, y para la enorme sorpresa de Annie, se echó a reír—. Pensaba que el imbécil de mi hermano podría haberte seducido, porque lo notaba demasiado contento en los últimos tiempos, pero... ¿amor? ¡La madre que lo parió!

A Annie se le contagió la risa, pero no tardó en ponerse seria.

—¿De veras no te parece mal?

—¿Que os hayáis enamorado y hayáis dedicado estos meses a follar como bestias?

—¡No! —Annie jamás se habría podido imaginar a Barbara utilizando aquel lenguaje, aunque, en realidad, solo la había conocido unas horas en su vida; al menos directamente. A través de las palabras de Jamie y su adoración por su hermana, creía haber llegado a conocerla bien—. En realidad, las cosas comenzaron hace... muy poco. Solo unas pocas semanas.

—¿Y qué ha ocurrido?

—¿Perdona?

—El Jamie de esta última semana, el que se ha machacado en el gimnasio hasta destrozarse las muñecas, supongo que para ahogar la frustración por algo... ¿Por qué se ha acabado lo vuestro?

—Porque... se niega a salir de casa. Pero eso tú ya lo sabes.

—Sí, claro que lo sé. Yo no me rindo del todo y, tres o cuatro veces al año,

tenemos la discusión sobre salir a la calle. Pero... nunca lo consigo.

—Lo sé.

—Por eso te entiendo... Me duele, claro, porque creo que podríais hacerlos muy felices, pero... entiendo que nadie quiere vivir encerrada dentro de cuatro paredes, por muy grandes y lujosas que sean.

—No, no, Barbara, me temo que no lo has entendido.

—¿El qué?

—Que no lo he dejado yo por eso. Ha sido él el que no ha querido seguir conmigo. Dice que... —A Annie la voz le salió estrangulada, y sintió como una lágrima se escapaba por su mejilla abajo—. Dice que no quiere mantenerme toda la vida confinada dentro de una casa.

—Ah. Joder, Annie... lo siento.

—Yo... lo superaré, supongo.

Al fin el atasco se disolvió un poco y enfilaron la carretera que llevaba a las colinas donde vivían. Bueno... donde Annie había vivido hasta ese día. No sabía qué sería de ella a partir del regreso de Barbara, aunque ya se visualizaba haciendo las maletas y dedicando el resto de su vida a recordar aquellos meses como un sueño.

—¿Y cómo han sido estos días... con él enfermo y la relación en ese estado?

—Pues raros, como te imaginarás. He tenido que ayudarlo más que nunca, porque como ya sabes ha tenido unos meses muy buenos de salud y no me necesitó demasiado. Pero claro, esta semana he tenido que bañarlo, que acostarlo, darle de comer... ha sido complicado.

—¿Por qué? Quiero decir... ¿tú cómo te sientes?

—Triste. Estoy muy triste desde que él decidió que lo nuestro era imposible. Pero me he comportado con profesionalidad y...

—Annie, eso no lo he puesto nunca en duda.

—Gracias. De veras, muchas gracias, Barbara. —Annie tragó saliva—. He hecho todo lo que he podido por él, incluso darle el cariño que sé que necesita, pero él está muy...

—¿Hermético?

—Sí, creo que esa es la palabra más adecuada.

—Lo sé. Lo conozco demasiado bien.

—Pero bueno, supongo que ahora me iré y ya no...

—¿Te gustaría renovar el contrato durante un mes más?

—¿Qué?

—Jamie va a necesitar cuidados durante al menos una semana, ¿no?

—Pero ahora ya has vuelto tú.

—Mira, Annie, yo también voy a ser muy sincera contigo. En estos meses que he estado fuera, vosotros os habéis enamorado, pero yo... también. Y no sé si estoy del todo dispuesta a volver a convertirme en enfermera veinticuatro horas. Por supuesto que Jamie sigue siendo mi prioridad; por encima de Pierre, por si te lo estás preguntando. Pero creo que debemos salir de ese encierro en el que hemos estado los dos estos diez años.

—Quizá sí.

—A veces creo que si yo hubiera sido más dura con él, no llevaría una década sin pisar la calle.

—Barbara, tú has hecho más de lo que nadie se pueda imaginar por él. Que no se te ocurra sentirte culpable por nada.

—No sé...

Enfilaban ya la casa donde residían cuando Barbara le pidió a Annie que apartara el coche a un lado, porque le quedaba algo por hablar con ella. Annie se estremeció un poco y agradeció no tener que conducir mientras escuchaba lo que ella tuviera que decirle.

—Solo quiero asegurarme de una cosa antes de... bueno, antes de regresar. Para tener claro cómo actuar y con qué comprometerme.

—Dime.

—Me ha quedado clarísimo que estás enamorada de Jamie. En serio, no tengo ninguna duda de eso, pero... —Barbara hizo una pausa dramática que habría hecho contener el aliento a cualquiera—. ¿Sabes la vida que te esperaría si lo vuestro funcionara?

—Creo... creo que sí.

—Ya, pero es que para mí no es suficiente que lo creas. Necesito que estés segura para ayudarte...

—¿Ayudarme?

—Sí, Annie, ayudarte. Ayudaros. Sacar a Jamie de ese pozo de mierda y autocompasión y luchar codo con codo contigo para que seáis felices, joder.

—Comprendo.

—Pero necesito que entiendas lo que es la vida junto a una persona con una discapacidad importante como la de Jamie. Porque Jamie es muy guapo, encantador cuando quiere, culto, inteligente, bueno... Es la persona más maravillosa que he conocido en toda mi vida.

—En todo eso estoy de acuerdo.

—Sí. Pero nunca podrá caminar. Siempre tendrá necesidades médicas complicadas. Incluso en el caso de que consiguiéramos que algún día salga de casa, que no lo tengo muy claro, se encontrará con un millón de barreras arquitectónicas. Puede que nunca quiera ir demasiado lejos. Puede que no quiera viajar. Puede que nunca llegue a buscarse un trabajo más allá de sus inversiones, que hace desde el iPad dos horitas cada semana, así que solo él se atreve a llamarlo trabajo. —Las dos mujeres compartieron una sonrisa—. Tiene la espalda destrozada. La autonomía que tiene hoy no le va a durar siempre. No siempre va a poder hacer dominadas y nadar en la piscina. La vida junto a él puede ser preciosa pero también dura.

—Barbara, no te voy a mentir. Escucharte decir eso... me asusta. Pero por su sufrimiento, no por el mío. Yo... no te he contado demasiado sobre mi vida, pero te aseguro que estoy acostumbrada a luchar. Y no se me ocurre una causa mejor por la que pelear que Jamie. Que nosotros dos.

—Me gusta escuchar eso. Para vivir junto a Jamie, por su lesión y por esa cabeza dura que tiene, hace falta ser peleona. Algo sé yo de eso.

—No me cabe duda.

—Anda... Llévame a ver a ese imbécil, que no te imaginas cuánto lo he echado de menos estos meses.

Annie sonrió y arrancó el coche, pero, antes de abrir la puerta del garaje, no pudo evitar saciar su curiosidad sobre un tema del que Jamie y ella habían hablado durante horas.

—Oye, Barbara, ¿y tú...? ¿Qué tal en París?

—Muy bien. La mejor experiencia profesional de mi vida, sin duda.

—Ya, ya. Me alegro mucho. —Annie tenía la sensación de que, en poco más de hora y media, había hecho una amiga; puede que fuera la primera amiga que tenía en su vida, en realidad—. Pero...

—A ver, Annie, abrevia... ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Qué tal... Pierre?

—Tengo demasiadas ganas de ver a mi hermano como para extenderme en el tema, así que lo resumiré en muy pocas palabras: francés, treinta y cuatro años, poeta y con una buhardilla alucinante en Montmartre, con vigas de madera, tulipanes en las ventanas y vistas al Sacre Coeur. ¿Necesitas más información?

—Yo no, pero estoy segura de que tu hermano va a interrogarte hasta que acabes harta de él... y hasta de Pierre.

—¿Está celosón?



—Me atrevería a decir que un poco, pero oye...

—¿Qué?

—Por ese poeta y ese apartamento, merece la pena soportar un interrogatorio.

—Lo sé.

Las dos se rieron, Annie pulsó el botón del mando que abría el portón automático del garaje y se dispusieron a entrar en una casa en la que tres personas se querían demasiado, pero los amores estaban algo mal repartidos.

## Te quiero demasiado

Jamie podía hacerse el duro todo lo que quisiera con respecto a las relaciones emocionales, pero el hecho de que estuviera esperando junto a la subida del garaje lo delataba. A saber cómo había conseguido llegar hasta allí tal como tenía las muñecas. En cuando divisó a Barbara, por una vez en la vida, ni siquiera se fijó en Annie. Se limitó a abrir sus maltrechos brazos para acoger a su hermana mayor, y ella se quedó allí un buen rato, abrazada a un Jamie al que aún a veces veía como aquel niño al que había visto nacer, triunfar y hundirse. No creía haberse separado de él tanto tiempo jamás, quizá alguna vez cuando alguno de los dos estaban en la universidad, pero... ni siquiera estaba segura.

—Te he echado muchísimo de menos, enano —le dijo Barbara, apretada contra la camiseta de él, en una postura algo incómoda, pero en la que los dos habrían podido quedarse durante horas.

—Y yo a ti, hermanita. Y yo a ti.

Annie asistía emocionada al reencuentro. Había esperado que Jamie se hiciera un poco el duro, que respondiera a la emoción de Barbara con alguna ironía de las suyas, pero Annie incluso pudo ver un rastro de humedad en sus ojos. Lo prefería así, le gustaba la gente que no se escondía a la hora de expresar sus emociones.

—Bueno, me muero de hambre, vamos a preparar algo rico para cenar.

Barbara rompió el hielo y se dirigió a la cocina sin mirar atrás. Annie y Jamie intercambiaron una sonrisa breve pero llena de sinceridad. Se unieron a Barbara en la cocina y entre los tres acabaron de preparar el pollo al horno que Annie había dejado a medio cocinar antes de irse al aeropuerto. Se sentaron a la mesa y comieron en silencio, con Jamie apañándose las como podía para sostener los cubiertos. Aunque... no iba a durar mucho la tranquilidad.

—Vaya destrocito te has hecho en las manos, ¿no, Jamie? —Barbara quiso dar frivolidad a su tono, pero no pudo evitar sonar como una vieja maestra de escuela.

—Sí, yo...

—Annie me ha puesto al tanto.

La frase fue tan susceptible de ser interpretada de diferentes maneras que provocó un cruce de miradas a tres bandas entre todos los comensales. Al final, Jamie llegó de forma más o menos clara a la conclusión de que Barbara ya sabía qué había ocurrido entre Annie y él, y también qué consecuencias había tenido aquello para sus muñecas.

—Por cierto, Jamie, he estado hablando con Annie y hemos decidido que se quede un mes más trabajando aquí.

—Ah. Ah, vale. Ya...

Los titubeos de Jamie contenían un millón de sentimientos. Alivio, porque no había sido capaz de sacarse de la cabeza en todo el tiempo que ellas habían tardado en regresar del aeropuerto que quizá le quedarían pocas horas para disfrutar de la compañía de la mujer de la que estaba enamorado. Sorpresa, porque si algo había caracterizado siempre a Barbara era la necesidad de hacerse cargo de todo en primera persona, y le extrañaba que fuera a permitir que una alguien *ajeno* cuidase de él, especialmente en aquel momento en que estaba tan enfermo. Y miedo. Pánico, como siempre. Auténtico pavor a que aquel sentimiento tan profundo que le invadía el pecho fuera aumentando hasta ahogarlo y volverlo loco.

—Si no os importa, yo me voy a ir a la cama. Tengo tanto *jet lag* que no descarto no despertar jamás en cuanto logre cerrar los ojos.

—Claro, Barbara —Annie se levantó para despedirla y la acompañó hasta la puerta—, no te preocupes, que mañana podrás dormir hasta tarde.

—Pero... —Jamie las miraba como si se estuviera perdiendo algo. Había tenido esa sensación desde el preciso instante en que habían regresado a casa. Como si ellas fueran un paso por delante de él.

—¿Qué pasa, Jamie? —le preguntó Barbara, con la expresión más inocente que fue capaz de componer, aunque conocía perfectamente la respuesta a esa pregunta.

—No, bueno, es que yo... —Él levantó sus dos manos inmovilizadas, como si esa fuera explicación suficiente—. Voy a necesitar ayuda.

—¿Y cómo te las has estado arreglando desde que me marché?

—Barbara...

—Annie te ayudará, Jamie. —Barbara reprimió un bostezo antes de desaparecer—. Por eso hemos decidido ampliar su contrato. Yo seguiré estando aquí para ti, pero me parece que lo mejor será que las cosas empiecen a cambiar un poco.

Barbara se marchó, y Jamie se giró hacia Annie con una ceja arqueada y una media sonrisa burlona en la cara.

—¿Tú sabes de qué va todo esto?

—¿Yo? —Annie fingió inocencia—. No tengo ni la menor idea.

—Ya.

—¿Vamos a acostarte o qué?

—Qué remedio.

Jamie se dirigió a su dormitorio y Annie fue detrás de él, empujando su silla. Lo ayudó, como cada día, a sentarse en el cuarto de baño, pero le dejó intimidad para que él se las apañara solo. Esa era una línea roja insalvable para él; siempre se había negado a que ella lo ayudara en esos menesteres, y no había discusión posible sobre el asunto. A continuación, salió del cuarto de baño por sí mismo y la miró, desafiante.

—¿Se puede saber cómo has conseguido volver a la silla de ruedas tú solo?

—Ya ves... Tengo más recursos de los que pensáis.

—¿Quieres irte a la cama o darte un baño?

—Pues... —Jamie cerró los ojos con fuerza.

—Jamie, mírame. —Los abrió y la miró fijamente—. Dime lo que necesitas, por favor.

—Me encantaría darme un baño, pero... estoy harto de que tengas que hacer todo por mí, joder.

—Vamos a darnos ese baño —dijo Annie, sin pensar, para quitarle algo de hierro al asunto. Aunque delante de él fingiera que no, ella entendía perfectamente lo duro que debía de ser para un hombre tan independiente de pensamiento como Jamie tener que recurrir a otra persona para funciones vitales tan básicas como bañarse o comer.

—No uses el plural, Annie... que uno no es de piedra.

Vaya. Una broma. Eso sí que era lo último que Annie esperaba recibir por parte de Jamie, así que disimuló su rubor dirigiéndose a llenar la bañera. La sorprendió darse cuenta de que, en tan poquito tiempo, ya había llegado a saber la temperatura exacta a la que Jamie prefería bañarse —rozando el punto de ebullición— y también que, aunque no lo reconocía fácilmente, le gustaba que ella echase en el agua un poco de gel con olor a manzana, para que la espuma le diera un poco de intimidad a una actividad tan poco íntima como aquella.

Lo ayudó a sumergirse en el agua y ver su cara de placer al sentir el agua

caliente desentumeciéndole los músculos le pintó a Annie en la cara una sonrisa de satisfacción. Cumplió con sus rutinas con eficacia y un cierto punto de frialdad profesional, porque sabía que él lo agradecía. Lo enjabonó, lo aclaró y le lavó el pelo con un poco más de mimo del que habría empleado con cualquier otro paciente.

—¿Quieres que te deje un rato a solas, relajándote? —le preguntó Annie, cuando vio que él estaba recostado contra la almohada de la bañera con los ojos cerrados desde hacía rato.

—¿Qué? —Él abrió un ojo, como si no hubiera llegado a procesar la oferta de ella.

—¿Que si quieres...?

—Te he oído. —Jamie se incorporó un poco, lo mínimo que le dejaba el maltrecho estado de sus manos—. Pero yo... preferiría...

—Dime. ¿Qué quieres?

—Preferiría que te quedaras aquí. —Él desvió la mirada; le había costado un mundo hacer aquella petición—. Que te quedaras aquí y me hablaras...

—Jamie...

—¿Qué?

—No sabes cuánto me cuesta todo esto... —Annie se derrumbó. Él podía pensar que para ella lo más duro sería no salir nunca de casa con él o tener que cuidarlo cuando enfermaba, pero no había nada peor que amarlo como lo hacía y recibir a cambio la distancia que él había impuesto entre ellos después de la discusión sobre su encierro—. No sabes...

—A mí también —confesó Jamie en un susurro.

—Pues volvamos a hacer una semana, Jamie, joder... ¿Por qué no podemos estar como antes, eh? ¿Por qué no podemos olvidar lo que hablamos y...?

—Porque no es solo eso, Annie.

—¿A qué te refieres?

—Mira, yo... —Jamie se giró un poco, cuidándose de dejar sus dos manos fuera del agua, pero lo suficiente como para quedar cara a cara con Annie—. Que yo te quiero creo que no es un secreto ni para ti ni para mí. Me temo que ni siquiera es un secreto para Barbara, ya.

—Cierto... —A Annie se le escapó una risita que a él le encantó escuchar.

—Pero es difícil para mí imaginarte en mi futuro. —Jamie se sobresaltó cuando se dio cuenta del efecto que sus palabras habían tenido sobre Annie—. No, no, perdona, me he explicado fatal. Es solo que...

—¿Qué?

—Mira esto, Annie. —Él señaló hacia un punto indeterminado que podrían ser sus manos, la bañera o, casi seguro, toda la situación—. No puedo ni darme un baño por mí mismo. Tengo que hacer equilibrios para conseguir ir al baño sin que tú intervengas, cosa que me mataría, la verdad...

—¿A dónde quieres llegar, Jamie? Porque te recuerdo que eso es así solo porque decidiste ahogar tus penas y frustraciones machacándote en el gimnasio.

—Bueno, por eso y por un pequeño accidente de esquí que ocurrió hace diez años, no sé si te lo había contado —le respondió él, a medio camino entre el sarcasmo y la ironía.

—Lo que no me has contado es a dónde quieres llegar.

—A que no quiero que seas mi enfermera el resto de tu vida.

—No seré eso. Nunca se me pasaría por la cabeza ser tu enfermera, Jamie. Sabes perfectamente que quiero ser otra cosa. Sabes perfectamente qué quiero ser.

—¿Y crees que yo no quiero que lo seas? Lo eres todo para mí, Annie, joder. Pero no... no puedo condicionar tu vida de esta manera.

—Seré tu enfermera cuando lo necesites, como ahora. Llevo aquí cuatro meses y solo me has necesitado... ¿cuánto?, ¿dos o tres semanas en total? No me parece que esa media se parezca demasiado a ser tu enfermera el resto de tu vida.

—Creo que la media ideal sería que tuvieras que encargarte de mis enfermedades y mis mierdas *cerca* días al año.

—Pero ¿en qué mundo vives, Jamie? ¿Crees que las parejas no se cuidan entre sí? Porque la sensación que tengo es que estás tan cagado de miedo que lo de no condicionar mi vida es una puta excusa de mierda.

—¿Cómo puedes decir eso?!

—¿Porque no tienes ni idea de lo que es el amor! —Annie le chilló, llena de frustración—. Tú tienes una *condición* especial, por decirlo de alguna manera, pero eres mucho más autónomo de lo que tú mismo quieres entender. El resto de cosas que te ocurran... ¿qué quieres que te diga? Si yo me rompiera una pierna mañana, ¿tú no cuidarías de mí?

—Annie, no es lo mismo...

—Es exactamente lo mismo. Tú te has jodido las muñecas y necesitas ayuda. Si yo mañana me rompo un brazo o tengo que recuperarme de una operación de apendicitis o lo que sea que me pase... ¿no cuidarías tú de mí?

—Por supuesto que lo haría, joder.

—Y si la vida se comporta como la perra que los dos sabemos que es y estrello tu coche contra un árbol, me rompo la espalda y nunca más puedo volver a mover las piernas... —La expresión de Jamie fue de tanto dolor que Annie estuvo a punto de arrepentirse de hacer aquella comparación—. ¿Me dejarías? ¿Porque no puedo mover las piernas?

—Claro que no, Annie, pero...

—Pero ¿qué?

El silencio se extendió por el cuarto de baño. Casi parecía que podían escucharlo chapotear en la superficie del agua. Jamie la miró. Ella lo miró a él. Había un beso flotando en el ambiente, pero lo ahogó la prudencia de ambos.

—Que tengo un montón de defectos, el más grave de los cuales no es que no pueda mover las piernas. Probablemente el peor de todos es que soy un egoísta de mierda.

—¿Tú egoísta? —Annie frunció el ceño. Aquel no habría sido un adjetivo que se le ocurriera aplicar a Jamie.

—Sí. Y la mejor prueba de ello es que te quiero demasiado como para renunciar a ti. ¿Sigues en pie aquello de ir de la mano? Juntos...

—Por supuesto que sigues en pie.

—Sobre lo de salir de casa... no puedo prometerte nada.

—No hace falta...

—Sí, sí hace falta. Me encantaría decirte que algún día se solucionará, pero... no me veo a mí mismo en un futuro próximo saliendo a la calle, Annie.

—Lo sé.

—¿Y no te importa?

—Claro que me importa. Me encantaría pensar que algún día saldremos a pasear, que viajaremos, que haremos las cosas que hace cualquier pareja normal, pero... me compensas.

—Te compenso...

—Me haces demasiado feliz como para que me importen una mierda los obstáculos.

—Annie... —Jamie la miró. Y sonrió. Y Annie pensó que era tan bonito como ver una aurora boreal—. Me encantaría llevarte a la cama, pero... no me queda más remedio que pedirte que me lleves tú a mí.

—Nada me haría más feliz que eso.

## 17

### Felicidad

Las muñecas de Jamie volvieron a su estado normal exactamente trece días después de aquel día aciago en que se las había destrozado porque quería tener alguna otra parte del cuerpo tan rota como el corazón.

Pero las cosas habían cambiado mucho en dos semanas. Barbara había vuelto, y ya no era un secreto para nadie que estaba al tanto de lo que había ocurrido en la casa en su ausencia, ni tampoco que era una clara partidaria — podría llamársela incluso «fan enfervorecida»— del concepto Jamie-Annie. Annie y él habían vuelto a aquel estado anterior a la conversación sobre los problemas de Jamie para salir de casa. Sabían que tenían muchas conversaciones pendientes. Una sería esa; la hoja de ruta que debían seguir para que Jamie algún día fuera capaz de tener una vida más o menos *normal*. Otra sería qué ocurriría con el trabajo de Annie; ella ya no estaba dispuesta a aceptar durante más tiempo que los Parks siguieran pagándole un sueldo innecesario. Y por último... quedaba definir *un poco* qué eran en realidad. A ratos, «novios» era un concepto que se les quedaba corto; eran casi familia. Pero había tantas diferencias entre su relación y una que se hubiera desarrollado siguiendo unos cauces naturales que era complicado encontrar su lugar. Sabían que en algún momento tendrían que dar pasos adelante, ninguno de los dos quería ni pensar en dar pasos atrás, pero el miedo era más fuerte que ellos.

Los dos estaban tácitamente posponiendo esa conversación. No querían más nubarrones sobre el precioso cielo azul de su relación. No querían enfrentarse a más dificultades de las que ya sabían que la vida les impondría en el camino. No todavía. Querían una... una especie de luna de miel. Una luna de miel de amor y sexo, de conversaciones y silencios, de películas antiguas, música de *jazz* y desayunos compartidos en familia.

Y eso hicieron. Fueron semanas tranquilas, llenas de sonrisas que se les escapaban contra su voluntad, aunque tampoco es que hicieran nada por retenerlas. Barbara estaba encantada con el ambiente que se respiraba en la casa. Ni siquiera recordaba una época en la que fuera la felicidad el sentimiento que lo invadía todo. Solo cuando ella era una adolescente y Jamie



poco más que un bebé recordaba unos tiempos tan plácidos. Después... su padre había muerto, habían pasado algunos buenos años después de recuperarse de aquel golpe y, a continuación, habían caído en picado: el accidente de Jamie, la muerte de su madre y aquel ambiente depresivo en el que habían pasado diez años, sin apenas buenos momentos... Solo había pasado cuatro meses en París, y Jamie solo cuatro meses junto a Annie, pero parecían haber surtido el efecto de un milagro en la recuperación de ambos. Quizá, a pesar del inmenso amor fraternal que se profesaban, lo que siempre habían necesitado ambos era algo de tiempo separados.

Barbara y Annie se habían convertido en grandes amigas. Jamie incluso se enfadó cuando descubrió que Pierre iría a visitar a Barbara, en un viaje improvisado —y carísimo— de un par de días... pero que su hermana se lo había contado antes a su novia que a él mismo.

Para esa visita improvisada de Pierre, Barbara se trasladó unos días a Los Ángeles. Él no había conseguido vuelo a ninguna otra parte de California, así que pasarían un fin de semana largo disfrutando de las playas de Santa Mónica y Malibú, sin pensar en otra cosa que en disfrutar el presente, dado que el futuro se presentaba incierto hasta que Jamie y Annie tomaran una decisión sobre sus propias vidas.

Mientras Pierre trataba de convencer a Barbara de que se animara a probar el surf, a unos seiscientos veinte kilómetros de allí, Jamie firmaba el albarán que le entregaba un mensajero, junto a un paquete de dimensiones considerables. El *timing* había sido perfecto —y muy planificado—. Annie se encontraba en una de sus mañanas de recados y aún tardaría en volver. A Jamie le esperaba una interesante mañana de bricolaje por delante, así que cogió el paquete como buenamente pudo, lo llevó al dormitorio e hizo una breve visita al garaje para coger su caja de herramientas, que llevaba tantos años allí abandonada que solo esperaba que no hubieran cambiado demasiado las puntas de estrella, los destornilladores planos y demás.

Annie regresó a casa tres horas y media después y, en cuanto entró por la puerta, las bolsas que transportaba quedaron abandonadas en el zaguán, porque una mano fuerte aferró la suya y la hizo caer desmadejada sobre el regazo de un hombre al que amaba.

—Te he echado de menos —susurró Jamie en su oído, y el tono de su voz hizo que ella se estremeciera; ya lo conocía lo suficiente como para saber que aquel susurro anticipaba algo... bueno.

—Yo a ti también.

Annie se giró hasta quedar a escasos milímetros de la cara de Jamie y le dio un beso que a él le robó el aliento. Él maniobró hasta que sus manos se colaron por debajo de la sudadera de Annie. Ella creyó que él tenía que haber estado mintiendo sobre sus diez años de celibato cuando, en menos de tres segundos, se deshizo del cierre de su sujetador.

—Veo que te has levantado de buen humor hoy —ronroneó ella al tiempo que deslizaba sus labios por la piel del cuello de él.

—De muy muy muy... buen humor.

—¿Y a qué se debe el honor?

—¿Te parece poca razón tenerte en mi casa... —beso en el cuello— para mí solo... —lametón en ese hueco bajo la oreja que a ella siempre le provocaba una risita tonta— y saber que podremos hacer todo lo que queramos?

—Muy seguro estás tú de que te voy a dejar hacer lo que quieras.

—¿Te apetece jugar? —Jamie se jugó el todo por el todo. Durante semanas había fantaseado con aquello, pero, ahora que lo tenía al alcance de la mano, se sentía algo ridículo; tenía pavor a que Annie se riera a carcajadas cuando conociera lo que estaba planeando.

—¿Qué tienes en mente?

—Vamos al dormitorio.

Jamie ni siquiera le permitió incorporarse. Impulsó con fuerza las ruedas de su silla y se dirigió al cuarto con Annie en el regazo. Ella se reía, él no era capaz de despegarse la sonrisa del rostro y la felicidad se respiraba en toda la casa. La felicidad y la excitación, que convertían el ambiente en algo denso, dulce, goloso...

Cuando entraron en la habitación, Jamie no se atrevió aún a enseñarle a Annie su adquisición. Le habían entrado las vergüenzas a última hora. Las lenguas chocaron, los labios se recorrieron, los alientos se entremezclaron. Las manos volaban por el cuerpo del otro y los gemidos se escapaban sin que ninguno de los dos pudiera o quisiera hacer nada por evitarlos.

—Tengo algo que enseñarte... —Jamie la miró de una forma que le produjo a Annie una oleada de ternura—. Pero tienes que prometerme que no te reirás de mí.

—Prometido. —Annie cruzó los dedos en una especie de símbolo *boy scout*.

—Mira...

Y allí estaba. La hora de la verdad. Annie le dio la mano a Jamie mientras

él la conducía a su lado de la cama.

—¿Qué... qué es esto? —preguntó ella, muy intrigada, aunque no lo suficiente como para perder ni un ápice de excitación.

—Es... una silla... una silla especial para...

—No voy a reírme, Jamie —le prometió ella—. De hecho... cada vez tengo más ganas de descubrir de qué va esto.

—Está bien. —A Jamie se le escapó una carcajada; aquella chica lo volvía loco, joder—. Es una silla que... que permite que mueva la parte inferior del cuerpo. Es decir, que... que imita el movimiento de...

—Veo que te está costando un poquito explicarte, así que... —Annie le guiñó un ojo, llena de picardía—. Creo que será mejor que me lo demuestres.

Jamie emitió un gruñido. Literalmente. Casi parecía que un león hubiera entrado en la habitación. Dejó que Annie volviera a caer sobre su regazo y, a continuación, se acercó a aquella silla en la que se había dejado un buen puñado de dólares —no le cabía duda de que merecería la pena—. Si alguna vez alguien se había planteado que hubiera un récord mundial de velocidad al transferirse de una silla de ruedas a otro asiento, sin lugar a dudas, Jamie lo batió aquella mañana.

—¿Qué... qué tengo que hacer?

—Ven aquí.

Jamie se había sentado en su nueva silla articulada vestido, pero enseguida se dio cuenta de su error. Le pidió a Annie que se desnudara y, mientras la observaba hacer una especie de *striptease* de lo más *sexy*, él se despojó de sus pantalones, su camiseta y su ropa interior. Jamie no lo confesaría, pero había probado un par de veces el funcionamiento de aquel aparato después de haberlo montado —más que nada para prevenir si lo había montado mal y acababa haciendo el ridículo tirado en el suelo— y le tenía bastante cogido el truco.

—¿Puedo pedirte... —Jamie bajó el tono de voz a un susurro apenas audible— cualquier cosa?

—Creo... Sí.

—Ponte de rodillas. En el reposapiés de la butaca.

Annie obedeció. Cuando Jamie tuvo el culo de ella delante de su cara, pensó que iba a correrse sin necesidad de que lo tocara. Pero resistió. Acercó a sus nalgas las palmas de sus manos y comenzó a acariciarla. Ella giró brevemente la cabeza para sonreírle, con el rictus tan teñido de excitación que Jamie tuvo que redoblar los esfuerzos por hacer que aquello durara.

Se acercó un poco más, hasta dar con la postura perfecta para lo que tenía en mente. Dirigió su mano a la entrepierna de Annie y enredó sus dedos en su vello púbico. Ella estaba ya preparada, pero él continuó acariciándola, besando sus nalgas, dejando algún mordisco aquí y allá.

—Creo que apruebo totalmente la compra que has hecho.

—Y eso que aún no la hemos estrenado del todo.

Jamie se reafirmó en su asiento. Tiró brevemente del reposapiés de terciopelo sobre el que Annie seguía de rodillas hasta que quedó a la distancia perfecta. Y entonces, la penetró. Annie gritó, pero los dos supieron que no era de dolor. Jamie utilizó toda la fuerza de la parte superior de su cuerpo para activar el movimiento de la silla y, aunque en el primer momento fue un poco extraño, enseguida encontraron el ritmo perfecto. Perfecto. Esa era la única palabra que valía para describirlo.

—Jamie, esto es...

—¿Sí? —preguntó él, con un deje de duda en la pregunta.

—Jodidamente increíble.

—Estoy... jodidamente de acuerdo.

Annie creyó que iba a romperse en dos pedazos del puro placer. Jamie incluso se puso un poco brusco —de esa manera de ser *brusco* que en la cama era una auténtica delicia— y la acercó más a él enroscando su pelo en la mano.

—Creo que... no voy a durar mucho más —confesó ella.

—¿Sabes, Annie? Me encantaría oír cómo te corres.

—Pues... estás... a punto de conseguirlo.

La frase quedó interrumpida por un chillido grave. Jamie solo necesitó aquella señal para que su cuerpo respondiera. Notó el calor descendiendo por su vientre y cómo todo se concentraba en un mismo punto.

—Me voy... me voy a correr, Annie.

Jamie también gritó. Y jadeó. Y gimió. Habría apostado todo su dinero a que nunca en toda su vida había tenido un orgasmo más largo que aquel. Ni más placentero. Cuando los estertores del orgasmo empezaron a remitir, Annie cayó desmadejada sobre Jamie. Él puso el freno al mecanismo que hacía que la silla se moviera y la abrazó. Se quedaron allí, así, durante un tiempo indeterminado. Demasiado largo para estar desnudos y en silencio; demasiado corto, según les pareció a ellos.

—Te quiero tantísimo, Annie...

—Y yo. Yo también te quiero, Jamie.

Él asintió, feliz. Feliz, por primera vez en mucho tiempo. Habían sido tantísimos años encerrado en sí mismo, muerto de miedo a cualquier cosa que creyera que ya no podría hacer... Se sentía ridículo. Incluso el sexo estaba lleno de opciones para personas con discapacidad; había un montón de gente ahí afuera, en aquel lugar al que él se negaba a salir, trabajando para facilitarles la vida. Él había aprovechado muchos de esos inventos para hacer su vida más sencilla, pero jamás pensó que podría aplicarlo a algo tan placentero como el sexo. Estaría eternamente agradecido a sí mismo por aquella búsqueda en Google tan productiva de unas semanas atrás. Le había encantado poder darle a Annie algo diferente, saber que juntos podrían experimentar, jugar, probar... Que ella no lo juzgaría y siempre sería su compañera de vida.

Había sido un día increíble —y lo que les quedaba por delante...—, pero lo mejor de todo era saber que los problemas habían pasado, que los miedos se habían superado y que se querían. Se querían muchísimo.

## Yo mataré a tus demonios

Jamie se levantó aquella mañana de principios de diciembre con un mal presentimiento en el cuerpo. Hacía unas semanas que la vida le sonreía tanto que a veces le parecía demasiado bueno para ser cierto. Quizá era eso lo que hacía que sus presentimientos se pusieran en plan cenizo, que no se consideraba digno de tanta suerte como para que, después de diez años haciendo todo lo posible para alejar de su vida a cualquier ser humano, Annie fuera a aparecer justamente en su casa para recordarle que aún tenía la posibilidad de sentir y dar amor.

Una vocecita en el fondo de su cerebro le recordó que no era eso lo que había hecho que se despertara con mal cuerpo. Era el primer aniversario de los muchos que se le aproximaban en las semanas siguientes. Aquel día en concreto se cumplía una década exacta de la última vez que había hecho lo que más le había gustado hacer en toda su vida: jugar al baloncesto. Recordaba perfectamente lo que estaba haciendo diez años antes. Entrenamiento matutino en el Staples Center, gimnasio en el centro deportivo del club, que le quedaba bastante cerca del apartamento en el que había vivido en sus años en Los Ángeles, y un partido amistoso por la tarde, para recaudar fondos para una campaña navideña en la que participaban los Lakers. Aquella fue la última vez que se enfundó su camiseta con el 32 a la espalda. Y no se lo habría creído si alguien le hubiera hecho aquel vaticinio. Estaba en la cima del mundo y, desde allí arriba, no se veía el infierno. Lo único que sabía era que tenía por delante unas cuantas semanas de vacaciones, un viaje con su madre y su hermana, muchas comidas que tendría que bajar a fuerza de gimnasio y una escapada de esquí con sus amigos que nadie habría podido esperar que acabara en tragedia.

Le habría gustado despertarse junto a Annie aquel día. Ella era más madrugadora que él y su cuerpo se ponía en modo activo poco después de que saliera el sol. Jamie llevaba una década sufriendo episodios de insomnio, así que había aprendido a no programar el despertador salvo que fuera imprescindible. Pero, aun sabiéndolo, le habría gustado despertar junto a ella aquella mañana y ahogar en jadeos y gemidos los recuerdos de aquella época tan feliz que se había acabado de repente, sin que él hubiera tenido opción

para evitarlo.

Cuando se levantó y se acercó a la cocina, se encontró una imagen que ya se había convertido en algo rutinario en apenas unas semanas, pero que no por ello dejaba de parecerle fascinante. Annie y Barbara desayunando juntas, comentando el día a día y colaborando una con la otra en que la casa, y la vida que se desarrollaba en ella, funcionara como la maquinaria de un reloj. Les dio los buenos días, se sirvió algo de la comida que había sobre la mesa y las informó de que él pasaría en el gimnasio parte de la mañana. Había ido poco a poco después de recuperarse de sus lesiones en las muñecas, tal como le habían recomendado los traumatólogos, pero no quería seguir perdiendo forma física, porque su autonomía dependía en buena manera de la fuerza que tuviera en la parte superior del cuerpo.

Annie comentó que aprovecharía su habitual salida a hacer recados para pasar por su antiguo apartamento, pues llevaba más de un mes sin comprobar si le había llegado correo nuevo y no acababa de fiarse de que sus compañeros de piso la avisaran si recibía algo urgente. Barbara comentó que se iría a mediodía a Berkeley, a preparar algunas cosas para su siguiente cuatrimestre de docencia y también para ir anticipando temas que enviarle a Pierre para las clases que él impartiría cuando llegara a San Francisco. Jamie se rio un poco de ella, burlándose de lo *colada* que estaba por su joven novio francés, y Annie se unió al coro de carcajadas cuando Barbara le respondió con un puñetazo en el hombro. Cualquiera que lo hubiera visto desde fuera habría creído que eran una familia *normal* iniciando un día *normal*. La única preocupación que rondaba por la cabeza de Jamie era que aquel mes de prórroga de contrato que Barbara había firmado con Annie cuando había regresado de Francia finalizaba en un par de días, y no tenía ni idea de qué iba a pasar a partir de entonces. Pero no quiso sacar el tema. Quiso que el día siguiera siendo normal. No tenía ni idea de lo equivocado que estaba.

Annie se marchó, Jamie se pasó la mañana entrenando en el gimnasio — muy satisfecho con los resultados conseguidos y lo bien que le estaban respondiendo las muñecas— y Barbara hizo una videollamada a Pierre que se prolongó algo más de lo que ella había esperado. Iba a ser verdad lo que decía su hermano de que estaba *colada* por aquel hombre, aunque ella hubiera utilizado más bien la expresión «rotundamente enamorada y convencida de que era el amor de su vida».

—Jamie, me marchó. ¿Estarás bien hasta que vuelva Annie? —le preguntó Barbara cuando ya estaba camino de la puerta con su maletín de piel bien

aferrado a la mano.

—Sí, claro. Tiene que estar a punto de volver, de hecho.

—Vale. Me quedaba más tranquila si ya hubiera vuelto, pero...

—Barbara. —Jamie la miró y sonrió—. Llevo años quedándome solo mientras vas a trabajar y meses quedándome solo mientras Annie sale a hacer recados, así que no te pongas dramática, que no hace falta.

—Está bien —aceptó Barbara, asintiendo con una sonrisa—. Pero me extraña que Annie tarde tanto en hacer un par de recados. En fin, que me voy. Te veo esta noche.

Barbara se marchó y Jamie decidió poner alguna de aquellas películas antiguas que tanto le gustaban mientras la esperaba. Rebuscó entre su amplísima estantería de DVDs algo que hubiera visto menos de cincuenta veces y, al final, se decantó por *Historias de Filadelfia*, que le encantaba, pero no había visto más de dos o tres veces. Estaba dispuesto a volver a ponerla desde el principio cuando Annie llegara a casa, porque ella disfrutaba tanto como él de aquellas cintas antiguas.

Pero no llegó ni a pulsar *play*. Aquel mal cuerpo con el que se había levantado y que se le había ido olvidando a fuerza de conversaciones familiares y horas de gimnasio... regresó. Intentó encontrar la causa en aquella ansiedad que lo atacaba a veces, pero sabía que era diferente. No era angustia, no era ahogo... era, literalmente, un mal presentimiento.

Cogió su teléfono móvil y llamó a Annie. El teléfono le devolvió el mensaje de que se encontraba apagado o fuera de cobertura. Y eso hizo que se extrañara todavía más. Annie jamás apagaba su teléfono; ni siquiera lo silenciaba por las noches cuando no dormía con él. Decía que quería estar siempre pendiente de cualquier necesidad que él pudiera tener. Muchísimo menos lo habría apagado sabiendo que Barbara, a aquella hora, ya iría de camino a Berkeley. Claro que cabía la posibilidad de que se hubiera quedado sin batería, pero... en el enchufe de su coche estaba permanentemente conectado un cargador que era compatible con el móvil de Annie. Parecía poco probable. Intentó calmarse pensando que estaría en algún local sin demasiada cobertura y que pronto la recuperaría, vería su llamada perdida y se pondría en contacto con él. Le envió un *whatsapp* pidiéndole que lo llamara cuanto antes y comprobó que no lo había recibido.

Jamie se quedó dando vueltas por la casa a la espera de que aquel *check* del programa de mensajería se convirtiera en doble y se tiñera de azul, pero... no hubo suerte. Cuando había pasado ya una hora desde aquella primera



llamada, volvió a intentarlo (por enésima vez), pero se volvió a topar con la voz metálica y automatizada que le decía que ese número no estaba disponible.

Y ahí Jamie creyó ya que iba a enloquecer. Llamó a Barbara, por si ella tenía alguna idea para localizar a Annie, pero el teléfono de ella también estaba apagado o fuera de cobertura. En su caso, Jamie no se sorprendió; sabía desde hacía años que el departamento de Literatura Francesa de Berkeley tenía enormes zonas sin cobertura, lo que le había costado a Barbara más de un dolor de cabeza. Jamie tenía el teléfono fijo del centro —Barbara lo había obligado a grabarlo en la agenda de su móvil, por si se diera el caso de que alguna urgencia conspirara con esa falta de cobertura—, pero una idea muy nefasta había empezado a calar en su mente y el terror lo invadió de tal manera que fue incapaz de marcar. Había otro número que quizá le daría más respuestas.

—Buenas tardes, Michael. Soy Jamie Parks. —Michael Gonzalves era toda una eminencia en el entorno de Los Ángeles Lakers, por la cuenta que les traía a los jugadores, entrenadores y directivos del club. Su figura *oficial* era la de asesor de la plantilla, aunque todos sabían que era un antiguo policía reconvertido en detective privado, que conocía a todo el mundo en la ciudad, desde las más altas a las más bajas esferas, y cuyo cometido en el club era tapar los escándalos de algunos jugadores, que surgían con más frecuencia de lo deseable. Jamie había sido un profesional intachable durante el año y medio que había pertenecido a la disciplina del club, así que no había necesitado de sus servicios, pero a algunos buenos amigos suyos les había salvado el cuello un par de veces.

—¡Jamie! Pero ¡cuánto tiempo sin saber de ti! —Michael era una de las pocas personas con las que Jamie se había mantenido en contacto después de su accidente, porque siempre se habían llevado muy bien, pero hacía ya más de un año que no hablaba con él por WhatsApp, que era el medio que solían utilizar para comunicarse—. No me digas que necesitas algún favor del viejo Michael.

—Pues... quizá me esté poniendo paranoico, pero... no sabía a quién recurrir.

—Dime qué necesitas.

—Antes de nada, ¿sabes si hay algún problema de cobertura con alguna compañía de telefonía móvil hoy? Estoy haciendo llamadas y me dan apagados...

—No hay problema ni con AT&T, que es la compañía de tu móvil y el de tu

hermana, ni con Verizon, que es el de Annie York.

—Pero ¿cómo sabes...?

—Si me has llamado a mí cuando tienes un problema, es que sabes que puedo localizar llamadas y meterme en tu vida de formas bastante poco legales.

—De eso me preocuparé otro día, pero ahora mismo... me vienen muy bien tus tácticas.

—¿Qué pasa, Jamie?

—No consigo localizar a Annie York y estoy un poco preocupado.

—¿Es tu novia?

—Es... —Jamie se sonrojó y celebró que eso no pudiera verse a través del teléfono—. Sí, es mi novia. Tendría que haber vuelto a casa hace horas y no consigo localizarla.

—¿Habéis discutido?

—No, no, Michael. Esto no es un caso de acoso, por Dios. Es, simplemente, que ella tenía que pasar por su antiguo apartamento, que está en un barrio bastante poco recomendable, y me da pánico que le haya pasado algo. Jamás tiene el teléfono apagado y lleva horas así.

—Dime cuál es el barrio y compruebo si ha habido algún incidente registrado en la radio de la policía.

—Hunter's Point.

—Joder. —Michael dejó escapar un silbido que no ayudó en nada a que Jamie se tranquilizara—. Hay un montón de denuncias allí, claro, como siempre. ¿Me puedes delimitar un poco las horas?

—Pues... a partir de las doce de esta mañana.

—Nada. No ha habido ningún delito violento en estas horas.

—Ya...

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? Si su teléfono está apagado no puedo localizarlo, pero quizá...

—Michael, no quiero ni pensar en que mi presentimiento sea cierto, pero... ¿tú puedes comprobar si un tío ha sido excarcelado en los últimos días?

—Sí, esa información es pública, de hecho. Dime el nombre.

—Ethan... —Jamie dio gracias a aquel cerebro que nunca le había fallado como sí lo había hecho su cuerpo por rescatar de una conversación muchas semanas atrás el apellido de aquella bestia que había sido el novio de Annie en la adolescencia—. Ethan Deveraux.

—Dame un segundo.

No fue un segundo, pero tampoco llegó ni siquiera a un minuto. Suficiente tiempo para que Jamie contuviera el aliento, cruzando los dedos para que aquel presentimiento de mierda que lo había acompañado desde que había despertado no fuera más que una paranoia.

—Salió de prisión hace cuatro días. ¿Qué...?

—Dime la dirección de Annie, por favor, Michael —fue capaz de preguntar Jamie en medio del estado de pavor puro en el que se encontraba.

—27 de Oakdale Avenue, apartamento 6. ¿Necesitas...?

—Volveré a llamarte, Michael. Muchísimas gracias.

Jamie ni siquiera estaba seguro de haber colgado antes o después del agradecimiento, pero Michael Gonzalves podía tener muy claro que estaría en deuda con él durante toda su vida. Si sus peores presagios se cumplían, solo esperaba llegar a tiempo a salvar a Annie.

Y para salvar a Annie necesitaría ayuda. Quizá si hubiera estado en sus cabales, habría llamado a la policía, que llegaría más rápido y en mejores condiciones que él, pero ni siquiera se lo planteó. En cambio, fue hasta el despacho de Barbara y empezó a manipular su caja fuerte. Allí, él sabía que había un revólver del calibre nueve milímetros. Lo sabía porque la presencia de aquella arma en casa había sido motivo de disputa durante meses entre los hermanos. Barbara y él siempre habían tenido ideas políticas algo opuestas, y el control de armas era uno de los temas en los que disentían. Barbara era partidaria de que cada norteamericano tuviera un arma en su casa con la que poder defenderse a sí mismo y a su familia; Jamie estaba convencido de que la tasa de asesinatos en su país descendería radicalmente si bajara el número de armas que estaban en las manos equivocadas. Así que, cuando Barbara le dijo que se sentiría más segura si tuviera un revólver en su cuarto, Jamie había montado en cólera. Después de días discutiendo, al final él había cedido, pero solo a cambio de que ella mantuviera el arma siempre en su despacho, bajo llave y descargada.

El problema era que no conocía la combinación de la caja fuerte de Barbara ni ella tenía cobertura para dársela. Probó con su fecha de nacimiento, con la de cada uno de sus padres e incluso con la fecha del accidente, por si ella hubiera tenido una vena macabra a la hora de elegir aquella cifra. Y ya en plena desesperación, por puro azar, probó con la fecha en que él había ganado el anillo de la NBA. Y entonces escuchó el clic que le decía que había acertado. Si hubiera tenido capacidad de sentir algo más que

el pavor que lo invadía, habría querido a su hermana más que nunca en aquel momento.

Comprobó el arma y dio gracias a su afición por los documentales de acción por los conocimientos adquiridos sobre cómo cargarla. Disparar ya iba a ser otra historia, pero de eso se preocuparía más tarde. Cogió las balas que descansaban en la repisa baja de la caja fuerte y las metió en el cargador. Puso el seguro, se la metió en la cinturilla de los pantalones y rezó en voz baja para no tener que comprobar su puntería o su pericia aquella tarde.

Una vez armado, de balas y de valor, bajó a toda la velocidad que le permitía su silla de ruedas la rampa que conducía al garaje y se lamentó cuando fue consciente de que el Range Rover se lo había llevado Annie. Tendría que recurrir a su viejo todoterreno, aquel en el que había aprendido a conducir con los controles manuales después del accidente y que nunca habían llegado a vender. Cruzó los dedos para que el depósito tuviera gasolina y la batería estuviera cargada. Lo comprobó desde la silla, para no perder ni un segundo más de lo estrictamente imprescindible y se transfirió a velocidad récord al asiento, asegurándose de dejar la silla en el asiento del copiloto, lo más a mano que pudo, en cuanto vio que la mecánica se había aliado con él y le permitiría salir.

Cogió su móvil con manos temblorosas y programó en Google Maps la dirección que Michael le había proporcionado. Y, simplemente, arrancó.

Cuando aparcó frente al edificio de apartamentos en el que había vivido Annie hasta que llegó a su casa, mil pensamientos cruzaron por su mente, aunque ninguno lo distrajo de su objetivo de salir del coche a la mayor brevedad posible.

El primer pensamiento que pasó por su cabeza fue que odiaba que Annie hubiera tenido que vivir en aquel lugar tanto tiempo. De un solo vistazo, encontró a un par de personas cambiando de manos algo que tenía toda la pinta de ser ilegal. El estado de las casas, los coches y las aceras era tan deplorable que le costaba creer que alguien pudiera vivir allí y salir ileso.

Su segundo pensamiento fue que esperaba que el apartamento de Annie estuviera en la planta baja, porque ni aquellos edificios parecían tener ascensor ni él podía subir escaleras, obviamente. Nunca odió tanto como aquella tarde estar postrado en una silla de ruedas.

El tercer pensamiento fue que tendría que haber llamado a la policía, pero ya no había tiempo. Tendría que ser él quien tomara el mando de la situación.

El cuarto pensamiento fue que, si no lograba encontrarla sana y salva, sería

capaz de hacer cualquier cosa. Cualquier puta cosa, para salvarla o para vengar lo que pudiera haberle ocurrido. La pistola de Barbara le quemaba en la cinturilla de los vaqueros.

En ningún momento se le pasó siquiera por la cabeza que aquella era la primera vez en diez años que estaba en una calle. Que alguien lo veía en una silla de ruedas, aunque fueran aquellos habitantes de Hunter's Point que ni lo reconocerían ni tardarían en olvidarlo. No habían conseguido sacarlo de casa en diez años ni el amor por su hermana ni el que sentía por Annie, ni las aspiraciones profesionales, los amigos que aún intentaban convencerlo de vez en cuando o el deseo de ver el atardecer sobre la bahía y el Golden Gate. Pero si lo que estaba en juego era la seguridad de Annie... no había ni siquiera una decisión que tomar.

En cuanto se vio fuera del coche, sentado en su silla de ruedas y con el arma amartillada en sus pantalones, escuchó el primer grito. Maldito fuera aquel barrio y malditos fueran sus habitantes si eran capaces de mantenerse impassibles ante semejante grito de terror de una mujer. Se acercó, impulsando las ruedas de su silla con una fuerza que nunca antes había ejercido, y comprobó aliviado que los gritos, cada vez más fuertes y más penetrantes, provenían de la planta baja. Escuchaba a Annie aterrorizada, pero también una voz de hombre que la insultaba y le decía que se estuviera quieta.

Se apresuró a la entrada del edificio, dando gracias por que la puerta estuviera abierta. También lo estaba la del apartamento, pero a esa no se acercó tan rápido, porque prefirió evaluar la situación. El correo tirado en el suelo y la puerta abierta de par en par daban una idea sobre la precipitación con que se había producido el asalto. No creía que Ethan hubiera estado esperándola dentro, sino que debía de permanecer agazapado en las escaleras aguardando que ella llegara. Él no debía de tener ni idea de que Annie ya no vivía allí, así que supuso que había sido pura casualidad que se encontraran allí. Maldita puta casualidad.

Jamie cogió la pistola entre las manos y la dejó, con todo cuidado, sobre su regazo. Utilizó sus manos para abrir del todo la puerta, de tal manera que su silla cupiera sin problemas por el espacio del pasillo, y cruzó los dedos para que las bisagras no chirriaran. No lo hicieron, por suerte.

Y esa fue toda la suerte que tuvo Jamie hasta el momento. Porque la visión que se imprimió en sus retinas no la olvidaría nunca. Por lo horrible y dantesca que resultaba. El dormitorio de Annie estaba al final del pasillo y solo con entrar en aquel exiguo apartamento, Jamie tuvo una visión completa

de lo que estaba ocurriendo.

Annie estaba atada a su cama, semidesnuda. Mantenía los pantalones vaqueros puestos, aunque desabrochados y un poco bajados. Y una de sus zapatillas deportivas seguía en su pie, pero la otra estaba tirada de cualquier manera junto a la cama. De cintura para arriba, solo le quedaba puesto el sujetador, y torcido de tal manera que su pecho quedaba al aire. Todo el maquillaje de su cara estaba corrido por las lágrimas y el sudor, y su rostro mostraba un rictus de dolor que Jamie supo de inmediato que se debía, al cincuenta por ciento, a toda la situación creada, y al otro cincuenta por ciento, a lo doloroso que debía de resultar para las lesiones de sus brazos la postura en la que estaba, con las manos anudadas con un pañuelo al cabecero de barrotes de hierro y los brazos estirados en una postura antinatural, mientras pateaba y chillaba.

Ethan estaba a un lado de la cama, el contrario a la entrada del dormitorio. Jamie solo lo veía de refilón, porque quería evitar que él reparara aún en su presencia. Tenía los ojos enrojecidos, por su forma de hablar parecía que hubiera estado bebiendo o tomando drogas y, lo peor de todo, tenía en su mano un cuchillo de cocina que emitía destellos plateados a las paredes color beige de la habitación y aterrorizaba a Jamie con su sola presencia.

Reparó entonces en que Annie tenía dos finas líneas rojizas en su tripa, muy cerca de aquellas cicatrices que recordaban al momento en que Ethan había destrozado su vida, once años atrás, cuando ella no era más que una niña. Vio que sangraban un poco y tuvo ganas de descuartizarlo por haberla herido. Y, a continuación, se odió a sí mismo por no haber sabido protegerla. Pero Jamie había sido un jugador de baloncesto de élite y había aprendido que la sangre fría es clave en los momentos más determinantes de la vida, sea una canasta en el último segundo o salvar la vida de la mujer a la que amas. Por eso ni el odio por Ethan ni el desprecio por sí mismo tenían cabida. Aún. Quitó el seguro al revólver.

—Te voy a matar, zorra de mierda —decía Ethan, en medio de su perorata de alcohol y violencia. Mala combinación—. Te voy a follar de todas las formas que puedas imaginar, hasta que sangres por todos los agujeros de tu cuerpo. Y después...

—Déjame en paz, Ethan —se revolvía ella—. ¡¡Socorro!!

—¿Crees que alguien te va a escuchar en este agujero de mierda en el que vives? Si no hubieras sido tan estúpida... Si no te hubieras follado a todos los tíos que se te cruzaban en el camino, ahora seríamos una familia. Tú, yo,

nuestros hijos... Pero preferiste acabar desangrada y estéril, con tal de que yo fuera a la cárcel, puta.

—Ethan, ni siquiera sabes lo que estás... —la voz de Annie se interrumpió durante una décima de segundo en el momento en que vio a Jamie, sentado en su silla de ruedas y armado con una pistola. Quiso llorar, quiso abrazarlo, quiso decirle cuánto lo quería, por si Ethan acababa con ella y no podía volver a hacerlo, y quiso explicarle lo orgullosa que estaba de él por haber salido de casa. Pero no hizo nada de todo eso porque lo fundamental era disimular y que Ethan no se diera cuenta de nada— diciendo.

—Lo sé muy bien, pedazo de zorra. —Ethan se acercó a ella por sorpresa y le cruzó la cara de una bofetada que le hizo girar el cuello.

—¡¡Basta!! —El grito de Jamie retumbó entre las paredes de aquel dormitorio. Annie abrió los ojos como platos, consciente de que la suerte estaba echada; Ethan se sobresaltó—. Suelta ese puto cuchillo y, como vuelvas a rozarle un solo pelo a Annie, te vuelo la cabeza. Si te vas ahora, no tendrás problemas.

Las palabras sonaron más seguras de lo que Jamie las sentía. Lo único que quería era sacar a Ethan del apartamento; ya se preocuparía más tarde de que la policía diera con él. Y si Michael Gonzalves tenía tanto poder como se rumoreaba en el entorno de los Lakers, quizá también que su estancia en la cárcel fuera el infierno que Jamie le deseaba.

—¿Quién cojones es este tío, Annie? —Ethan se acercó a ella y la agarró por el pelo; el grito que ella emitió fue desgarrador—. ¿Es tu novio? ¿Te has enrollado con un puto lisiado de mierda?

—¡Cállate, Ethan! Y lárgate. Lárgate si no quieres meterte en problemas.

—¿Problemas? —Las carcajadas de Ethan sonaron psicóticas—. ¿Qué va a hacerme ese mierda? ¿Darme una patada?

—Vete, Ethan —le dijo Jamie, con la mirada fija en los ojos de Ethan, cuyo cuchillo bailaba demasiado cerca de la garganta de Annie—. Vete de aquí inmediatamente.

—¿Y si no... qué? —Ethan perdió la cabeza del todo y pegó la punta del cuchillo al cuello de Annie. Un fino hilo de sangre empezó a escurrir por su piel nívea.

—Si no... esto.

Jamie disparó. Con toda su alma, por muy poco que supiera de armas. Al fin y al cabo, siempre había sido conocido en las canchas por su puntería. Aunque siempre consideraría que la que tuvo aquel día fue pura cuestión de

suerte. O de justicia poética. De karma.

Ethan se desplomó. La bala lo había alcanzado en la cabeza. Más tarde, Jamie y Annie sabrían que había muerto en el acto, pero en aquel momento Jamie necesitó asegurarse de que ya no era una amenaza y se acercó a él para sacarle el cuchillo de las manos.

Annie se había quedado en algo parecido al estado de *shock*. Permanecía en completo silencio e inmóvil sobre la cama. De fondo, se escuchaban unas sirenas de policía que puede que ya hubieran estado allí unos segundos antes, pero ninguno había querido escucharlas. Desde el momento en que Jamie había accedido al apartamento, había quedado claro que la resolución del asunto estaría en manos de las tres personas que protagonizaban aquella dantesca escena del dormitorio.

—Annie...

Jamie se acercó a ella poco a poco, con mucho cuidado, con miedo a asustarla más. Pero tenía que comprobar que ella estuviera bien, física y anímicamente. O, al menos, todo lo bien que pudiera estar.

—Jamie... Has venido.

—Siempre vendré, Annie. Iría a buscarte al infierno si eso fuera lo que necesitaras.

Ella al fin rompió a llorar, y Jamie tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para conseguir que le permitiera comprobar que las heridas que tenía en el cuello y el abdomen no eran peligrosas. Estaba desatándola, lo que le provocó a Annie una mueca de dolor que a Jamie le hizo daño físico, y ayudándola a vestirse de nuevo, cuando la policía irrumpió en el apartamento.

Al principio, hicieron amago de detener a Jamie y llevárselo esposado, pero Annie fue muy precisa en su descripción de los hechos. Los antecedentes de Ethan y la situación física de Jamie ayudaron a que los agentes se creyeran una versión que no era más que la verdad.

Annie había llegado al apartamento hacia el mediodía, después de hacer algunos recados por la ciudad. Había cogido el correo del buzón y, cuando había abierto la puerta para dejar en el apartamento el dinero del alquiler de aquel mes y algunos de los sobres que no necesitarían que los revisara de forma urgente, había sentido el empujón de Ethan. La había inmovilizado, a pesar de que ella había utilizado toda la fuerza con la que contaba para patear y tratar de impedirlo; pero si Ethan siempre había sido corpulento y agresivo, más de diez años en la cárcel habían hecho que su fuerza se multiplicara. Ella no había tenido ninguna posibilidad.



La había llevado al dormitorio y la había inmovilizado sobre la cama. Le había atado los brazos al cabecero, provocándole un dolor que ella definió como «insoportable», y se había distraído desnudándola poco a poco. Debía de haber vigilado el apartamento en los últimos tres días, porque sabía que sus compañeros de piso no llegaban hasta última hora de la tarde; él mismo se lo dijo, amenazándola con tener más de ocho horas para hacer con su cuerpo lo que deseara.

No la había violado, no. Había prometido hacerlo y le había hecho tocamientos infames, entre ellos aquellos tan dolorosos en que le había hecho cortes en los mismos lugares en los que tenía las cicatrices que hablaban por sí solas del horrible maltrato al que la había sometido once años antes.

Jamie y Annie coincidieron sin titubear en que no había quedado otra opción que aquel disparo. Annie ya estaba sangrando por el cuello. Ethan estaba enloquecido. Los dos sabían que iba a matarla a la menor oportunidad que tuviera. Jamie la había salvado. Sin lugar a dudas.

La policía se llevó a Jamie, aunque sin esposar, a la comisaría del distrito. Iba en calidad de testigo, y los agentes prácticamente le aseguraron que podría irse a casa aquella misma noche, porque quedaría claro que había actuado en defensa propia. Tendría que estar localizable y contactar con un abogado, pero dudaban que tuviera problemas legales derivados de aquello. De hecho, la policía que conducía el vehículo acabó felicitándolo por su actuación, a pesar de la mirada de reproche de su compañero.

A Annie se la llevaron al hospital a hacerle un chequeo general. No necesitó recibir puntos en ninguno de los cortes; se los cerraron con tiritas adhesivas y le aplicaron unas vendas tanto en la zona de la tripa como en el cuello. Cuando llevaba un par de horas allí y estaba esperando el informe de alta, que necesitarían para presentarlo en el juzgado por la investigación de la muerte de Ethan, apareció Barbara. Jamie la había llamado para ponerla al día de lo ocurrido y, una vez que consiguió calmarla un poco, le suplicó que fuera a ver cómo estaba Annie en la clínica. A él ya lo acompañaba en la comisaría Michael, que había llamado a la policía después de su charla con Jamie y, aunque había tardado en convencerlos de que había una situación de peligro real en Hunter's Point, había conseguido que llegaran a hacerse cargo de la situación.

Eran las dos o las tres de la madrugada cuando Annie y Barbara vieron aparecer a Jamie por el vestíbulo de la comisaría de policía. A Annie le habían prescrito unos calmantes para el dolor y también para tranquilizarla un

poco, ya que se encontraba en un estado a medio camino entre el *shock* y la ansiedad, pero había insistido hasta la saciedad en que Barbara la dejara acompañarla a recoger a Jamie. Solo lo había conseguido cuando le había dicho que le daba pavor quedarse sola en casa después de todo lo ocurrido.

—¡Jamie! ¡Por fin! —Barbara corrió a abrazar a su hermano y su cara se vio pronto surcada por las lágrimas.

—Annie, ¿cómo estás? —se interesó él, antes de preocuparse por nada más.

—Bien, bien. No han tenido que darme puntos siquiera. Solo tendré que tomar algunas pastillas unos días y... ya.

—Joder, gracias a Dios.

Jamie suspiró aliviado y permitió que Barbara condujera su silla de ruedas —quizá por primera vez en años— mientras él tomaba la mano de Annie de camino al aparcamiento. No hablaron demasiado en el camino a casa. Todos sabían lo que había ocurrido y también que poco más había que decir. Jamie había quedado en libertad sin cargos y Michael le había aconsejado que se pasara unos cuantos días sin abandonar su casa —como si a él eso le costara mucho esfuerzo...—, porque la prensa enloquecería cuando supiera que Jamie Parks, el jugador de la NBA que había quedado paralítico diez años antes y del que nada se sabía, había matado al hombre que intentaba matar a su novia en un edificio del peor barrio de la ciudad.

Así que Barbara, Jamie y Annie hicieron caso. Se metieron en casa, se quedaron sentados en el sofá del salón, porque a ninguno le apetecía irse a la cama a lidiar con el insomnio y los fantasmas, prepararon una gran jarra de chocolate caliente y dejaron que el silencio los ayudara a asumir la horrible realidad de lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

## 19

### Tocar fondo

Pero en realidad no lo asumieron. Fueron días muy duros, muy difíciles, los que siguieron a aquella jornada en Hunter's Point y todos los acontecimientos que tuvieron lugar entre las paredes del que había sido el apartamento de Annie.

El que peor lo pasó fue Jamie. O esa es la sensación que daba, aunque luego se demostró que, simplemente, fue el que más lo demostró. Después de una noche de insomnio horrible, en la que Annie y él se limitaron a abrazarse y comunicarse sin palabras, parecía que al día siguiente no hubiera salido el sol. Cuando él se levantó, Annie y Barbara desayunaban en la cocina, pero sin aquel ambiente relajado y alegre que ya se había convertido en una constante. Se unió a ellas, pero solo se sirvió una taza de café, sin leche ni azúcar; amargo, como era su interior en aquel momento.

Fueron días en los que no comieron mucho, ni hablaron mucho... ni disfrutaron nada. Barbara seguía yendo al trabajo, con la preocupación instalada en la mirada, y volvía cada tarde con la esperanza de encontrar un panorama mejor del que había dejado atrás... pero no lo conseguía.

Annie se encontraba desubicada. Quizá ese era el adjetivo que mejor la definía. No podía evitar sentir alivio por todo lo que había ocurrido. Hacía falta toda una vida sufriendo lo que ella había sufrido para comprender que una parte de ella no dejaba de pensar que el fin justifica los medios. Si alguien le hubiera dicho un año atrás que conseguiría librarse de las deudas que arrastraba, que tendría una vida digna, que se enamoraría de un hombre maravilloso y que Ethan dejaría de ser un problema —porque ella nunca había conseguido sacarse de la cabeza que algún día saldría de la cárcel y haría algo parecido a lo que había hecho—... no se lo habría podido creer.

Pero también estaba descolocada. Sabía que la muerte de Ethan no era algo de lo que alegrarse, sobre todo por cómo había implicado a Jamie, por cómo había complicado su vida, lo había devuelto al foco público —hasta el punto de que ni siquiera se atrevían a encender el televisor o los móviles— y había agriado aquel carácter feliz que tantos años le había costado recuperar.

Llevaban cuatro días sobreviviendo a base de té y sopa cuando Jamie al fin

se decidió a sacar de dentro lo que lo atormentaba. Y era algo que Annie no podía ni imaginar, aunque cuando lo escuchó de su boca comprendió muchas cosas.

—Lo maté, Annie. —Estaban sentados en el sofá del salón, Barbara había bajado a la piscina a hacer unos largos y ellos se abrazaban en silencio—. No me puedo creer que haya acabado con la vida de una persona, joder.

—Jamie... Lo siento tanto... Todo esto es cul...

—Ni se te ocurra decir que es culpa tuya, Annie. Tú no tienes la culpa de nada, joder.

—Pero si no fuera por mí...

—Si no fuera por ti, yo sería un amargado de mierda, así que eso ni lo menciones. —Jamie suspiró—. Pero el hecho es que yo he matado a un hombre.

—Ethan ni siquiera merece ese calificativo. —Jamie la miró sorprendido—. ¿Qué? ¿Crees que porque esté muerto no se puede decir algo así? Estoy segura de que, si no hubieras acabado con él, sería a mi funeral al que estarías asistiendo estos días.

—No quiero ni pensar en ello...

—Pues deberías hacerlo. Porque esa es la realidad. Que le disparaste a Ethan en defensa propia no es solo un término legal. Es que es así. Quizá no quería matarte a ti, pero conmigo hubiera acabado con un solo movimiento de su cuchillo.

—Ya, Annie, pero quizá habría podido... no sé, distraerlo de alguna manera mientras esperábamos a que llegara la policía.

—Pero no podíamos saber...

—Escuché las sirenas, Annie. Antes de dispararle. Yo había hablado con Michael y no era muy difícil suponer que él avisaría a las autoridades. Cuando oí aquellas sirenas, imaginé que la policía venía a ayudarnos, pero...

—Pero no quisiste arriesgarte a que, al irrumpir en el apartamento, Ethan se pusiera nervioso y me rebanara el cuello.

—Sí. Eso y... y que quería ver sufrir a ese hijo de puta. Acabar con él.

—Muy bien, Jamie. Ya lo has dicho. Y ahora vamos a olvidarlo. —Jamie esbozó un gesto de incredulidad—. Sí, a olvidarlo. No pongas esa cara. Creo que los dos sabemos que cualquier cosa horrible que te pase en la vida se puede superar con un poco de reflexión y mucho amor. Olvida que querías venganza. Por ti, por mí y porque tienes que estar muy seguro de tu versión cuando hables con la fiscalía.

—Lo sé, lo sé... Tengo clara mi versión, tengo claro lo que hice y que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para no tener que pagar por ello. Pero... la procesión va por dentro.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, Annie. Mis padres me criaron para que fuera una buena persona, para hacer cosas por los demás, para tener éxito... Y he acabado siendo un discapacitado físico y emocional que se ha tirado diez años sin salir de casa y, cuando lo ha hecho, ha sido para acabar con la vida de una persona. —Jamie vio que Annie iba a hablar y la interrumpió antes de que lo hiciera—. Aunque sea una persona horrible, un ser humano de mierda... Ojalá se hubiera muerto en la cárcel, Annie, no que yo hubiera acabado con su vida.

Annie asintió porque, aunque tenía muchos argumentos contra aquello que acababa de decir Jamie, nada le pareció apropiado. A la desubicación en la que llevaba todos aquellos días se unía ahora la culpabilidad. Se marchó un rato a su dormitorio para que Jamie no la viera llorar.

Un par de días después, Michael Gonzalves llamó a la puerta de la casa de los Parks. Barbara le abrió la puerta y no se atrevió a preguntarle cómo había sabido que seguían viviendo allí, a pesar de llevar diez años sin visitar a Jamie; su hermano le había explicado los métodos poco convencionales de aquel detective y prefería no saber mucho más.

—¡Michael! Muchas gracias por venir —le dijo Jamie—. Disculpa que haya estado estos días sin encender el teléfono, pero me ha dado pavor la repercusión que pueda estar teniendo la situación.

—No quieras saberlo. Por suerte, que hayas sido un ermitaño todos estos años ha impedido que los buitres de la prensa hayan podido localizarte. Pero quizá no tarden demasiado. De momento, están llamando a los Lakers y nosotros, con toda la credibilidad del mundo, les decimos que hace diez años que no formas parte de la disciplina del club y que no tenemos nada que declarar.

—Bien. Muchas... muchísimas gracias. —Annie apareció en el salón en aquel momento; en los últimos días, cada vez pasaba más tiempo encerrada en su habitación—. Te presento a Annie, mi novia.

—Encantada de conocerlo.

—Tutéame, Annie. Encantado. Y siento mucho todo lo que estáis pasando.

Annie le sonrió, agradecida por aquel gesto de empatía del amigo de Jamie. Barbara apareció con una enorme jarra de café y varias tazas, y todos se sentaron en los sofás y sillones del salón.

—Cuéntanos, Michael. ¿Qué se sabe?

—He hablado con la policía y la fiscalía. De forma oficial y también con la gente que conozco en ambas instituciones y que me han dado la información realmente valiosa, que es la extraoficial.

—¿Y bien? —preguntó Barbara, impaciente. En los días que habían transcurrido desde *el incidente*, había vuelto a morderse las uñas como no había hecho desde que tenía once años.

—Existe un concepto legal llamado «defensa propia diferida» que se aplica a los casos en los que se mata a alguien no porque esté amenazando tu vida, sino la de alguien cercano que está en situación de extremo riesgo.

—Que sería mi caso.

—Que sería tu caso, sí. La policía lo da por cerrado, por supuesto. No lo dicen oficialmente, pero ellos son los primeros que están encantados de que esa clase de escoria esté fuera de las calles. En cuanto a la fiscalía... oficialmente están estudiando el caso. Extraoficialmente, lo que menos les interesa en plena campaña electoral es gastar un montón de dinero de los contribuyentes en emprender un juicio probablemente perdido de antemano contra una antigua estrella de la NBA que se ha cargado a un mierda que quería matar a su novia, a la que ya había destrozado un montón de años atrás y que, perdona que lo diga así de brusco, además está en una silla de ruedas.

—Pues... ¿entonces?

—Yo me quedaría tranquilo. Falta la confirmación oficial de tu exoneración, pero yo creo que no tardará en llegar.

—Bien.

El silencio cundió en la sala. Annie no había dicho ni una sola palabra en toda la reunión, y las palabras de Michael la tranquilizaron, pero no lo suficiente. No podía dejar de pensar en cómo afectaría todo lo ocurrido a la imagen de Jamie, cuánto había trabajado por preservar su intimidad y cómo ella había hecho saltar todo por los aires. Prefirió retirarse un rato a su habitación, con la excusa de arreglar unos cuantos documentos que necesitaba para que le entregaran el título del curso de gestión administrativa que había terminado hacía ya unas cuantas semanas.

Jamie se quedó en el salón, hablando con Michael. Este pronto se dio cuenta de que a Jamie no le apetecía nada hacer un canto a la nostalgia de los tiempos en que compartían jornadas en los Lakers. En cambio, hablaron de la actualidad, de cómo estaban sus vidas, sus familias y todas esas cosas de las que tienen que ponerse al día dos personas que se aprecian después de muchos

años sin verse.

—Por cierto, no he querido sacar el tema porque se nota a la legua que está pasándolo fatal, pero... en algún momento debería hablar con Annie.

—¿De qué? —le preguntó Jamie, extrañado, y también preocupado porque incluso Michael se hubiera dado cuenta de lo mal que se encontraba Annie en los últimos días. Barbara se retiró para dejarles intimidad, mientras Jamie no dejaba de pensar que quizá él había acaparado demasiado los focos en los últimos días y no le había prestado la suficiente atención a Annie.

—De la demanda judicial, por un montón de pasta, además, que puede presentar contra las instituciones penitenciarias del estado de California, por haberse saltado la obligación de informarla de la puesta en libertad de Ethan Deveraux.

—Tenía una carta en el buzón de su antiguo apartamento en la que le comunicaban la excarcelación.

—Sí, lo sé. Está entre los objetos que se encontraron tirados en el suelo después del ataque. Una carta normal y corriente, ni siquiera certificada para asegurarse de que ella la hubiera recibido. La han cagado por todo lo alto, puede sacarles una millonada.

—Lo hablaremos, pero ahora mismo eso no es una prioridad.

—Cuando queráis.

Mientras Michael y Jamie hablaban en el salón, y Barbara preparaba la cena en la cocina, Annie se volvía loca en su cuarto. La culpabilidad la estaba matando. Había destrozado la vida de un hombre maravilloso, cuando apenas unos días antes creía que le había devuelto la esperanza. Su pasado, su maldito pasado y los errores cometidos cuando era apenas una adolescente, volvían a destrozarse sus esperanzas de futuro. Estaba casi convencida de que ese sería su sino para siempre, que nunca se desharía de esa maldición.

Abrió el armario de aquel dormitorio tan precioso y sacó la maleta que llevaba más de cinco meses abandonada en el altillo. Algún día, pensaba, recordaría su estancia en aquella casa, entre todo aquel lujo, amor y ambiente familiar, como una película de la que ella nunca estuvo destinada a ser la protagonista. Las lágrimas no dejaban de caer por su cara mientras metía en su equipaje la poca ropa que había llevado, sus libros y los apuntes que había tomado durante el curso de gestión. Odió tener tan pocas cosas y haber acabado tan pronto con la maleta, porque quería posponer lo máximo posible su estancia allí... aunque supiera que era algo irreal.

No era una decisión precipitada, aunque pudiera parecerlo. Su contrato

había acabado hacía ya unos días. Nada la unía a aquella casa, excepto el profundísimo amor que sentía por Jamie y la amistad y lealtad que tenía hacia Barbara. Y precisamente por esos dos sentimientos tenía que irse. Porque Jamie ya se había curado de todos aquellos traumas que llevaban años dentro de él. Estaba segura de que podría salir a la calle, que la experiencia con ella se convertiría en una especie de *punte* hacia una nueva vida normal, en la que su discapacidad ya solo sería un impedimento para caminar, no para vivir.

Y ella solo podía añadir más traumas a su vida. Había empezado por todo lo alto, haciendo que cargara para siempre con el remordimiento de haber acabado con la vida de una persona. Eso lo había devuelto a las primeras páginas de los periódicos y a la televisión nacional, precisamente el lugar en el que él jamás habría querido volver a estar. Había puesto su vida patas arriba, joder. Le extrañaba que Barbara no la odiara.

Pero no era esa la principal razón por la que Annie sentía que tenía que huir. La vida había estado en una especie de suspensión temporal de la realidad durante aquellos meses, pero allí afuera, el mundo continuaba girando. Ya no serían solo dos personas anónimas que se habían encontrado en un momento concreto, que se habían enamorado y que no habían pensado en nada más que en ser felices un tiempo. Había realidades que no podían seguir suspendidas por más tiempo. Y la más importante de ellas, la que podía definir toda una vida, era que Annie nunca podría darle algo que no dudaba que él algún día querría. No podría ser madre. No podría hacerlo padre.

Se sentó en el escritorio de su cuarto y... empezó a escribir.

*«Querido Jamie,*

*No puedo empezar esta carta de otra manera que así. Porque «querido» puede parecer una palabra vacía, que todo el mundo usa para encabezar una carta, pero para mí lo significa todo. Lo mucho que te quiero, lo muchísimo que significas para mí, lo locamente enamorada que estoy de ti.*

*Te preguntarás entonces por qué me he marchado. Ojalá hubiera una sola razón. Ojalá no tuviera tantas rondándome la cabeza que no he sido capaz de encontrar ni un solo resquicio por el que quedarme. Y te aseguro que eso es lo que más deseaba en el mundo.*

*Te he destrozado la vida, Jamie. Tú podrás creer lo contrario, pero sé que llegará un día en que te des cuenta de que mi presencia solo ha aportado dolor a tu vida. Por mi culpa —o por mi causa, si prefieres decirlo así—, has hecho algo que jamás creíste que pudieras hacer. Y no tengo duda*



*de que harías cualquier cosa que yo te pidiera o que necesitara. Por eso eres tan maravilloso. Por eso te quiero, entre otras mil millones de razones que he ido descubriendo en este tiempo.*

*Pero yo no puedo hacer nada por ti. No soy una mujer especialmente culta, ni inteligente ni bonita. Soy una chica normal que lleva toda su vida luchando por salir adelante y que, antes de cumplir los treinta, ni siquiera es capaz de levantar los dos brazos por encima del hombro. Pero esto son excusas. Si nunca he permitido que usaras tu discapacidad para convencerme de que no debía quererte, no voy a usar yo la mía para lo mismo.*

*Aquel incidente horrible que marcó mi vida antes de la mayoría de edad no dejó como consecuencia solo lo que me ocurre en los brazos, o las deudas que gracias a tu inmensa generosidad he podido saldar ni un miedo patológico a que vuelva a ocurrirme algo parecido. Todo eso sé que, a tu lado, podría superarlo en un pestañeo. Pero te conozco, Jamie, sé cómo amas a los demás y lo maravillosa que ha sido tu vida familiar, a pesar de todos los obstáculos del camino. Y sé que querrás ser padre algún día. Y yo, por muy dispuesta que esté a hacer por ti cualquier cosa, esa... no podré.*

*Recupérate, Jamie. Y no me odies. Algún día te llamaré y me encantará saber de ti. Aunque ahora me duela la simple idea de pensarlo, sé que me alegraré si algún día descubro que has encontrado a la mujer de tu vida, que te has casado y tienes un par de niños correteando por el jardín de esta casa. Pero, de momento, no tengo claro que sea buena idea que sigamos viéndonos. Dejémonos tiempo para curar las heridas, las que nos dejó lo que ocurrió con Ethan y las que esta separación nos dejará.*

*Y perdóname, Jamie, por favor. Y pídele a Barbara que lo haga. Ni siquiera tengo fuerzas para dejarle a ella una despedida, porque con cada palabra de esta carta ya me he roto en mil pedazos.*

*Te quiero. Siempre te querré.*

*Ojalá la vida te trate como te mereces.*

*Un beso,*

*Annie».*

Annie no fue capaz de marcharse después de escribir la carta. La noche ya había caído sobre San Francisco y las estrellas titilaban en el firmamento. Y ella quería hacerse un último regalo. Para ella y para él. Por eso, se puso su pijama y salió del dormitorio. Jamie la esperaba en su cuarto.

—¿Dónde estabas? —le preguntó él, levantando la mirada del libro que estaba leyendo durante un instante. Que estuviera completamente ajeno a lo que iba a ocurrir a la mañana siguiente cuando encontrara su nota sobre la cama de su dormitorio acabó de romper el corazón de Annie.

—Tenía que hacer unas cosas en mi cuarto. —Annie fingió una sonrisa y se odió por ello.

—Ven aquí, cielo.

Annie acudió a él, con las lágrimas amenazando con volver a desbordarse de sus ojos, y se metió bajo el edredón. Muy muy pegada a él. A su cuerpo cálido, que durante tanto tiempo había sido su puerto seguro. Apoyó la cabeza sobre su pecho y escuchó el latido acelerado de su corazón. Rogó que jamás se le olvidara ese sonido. Y mecida por él se quedó dormida, sintiendo que aquella sería la última noche feliz de su vida.

## De Jamie para el mundo

Jamie no olvidaría jamás lo que sintió aquella mañana en que despertó triste, como todos los días desde que había ocurrido lo de Ethan, pero sin imaginar la bomba que lo esperaba en forma de carta en el cuarto de Annie. De hecho, imaginando que ella estaría haciendo algunos recados, desayunó tranquilo, con Barbara apurando un café porque llegaba tarde, sin saber nada de lo que estaba ocurriendo. Solo a media mañana se preguntó por qué ella no le habría dejado una nota contándole cuándo volvería, como solía hacer, y decidió —sin saber por qué, o quizá porque la intuición era una de sus cualidades estrella, aunque él ni siquiera lo supiera— aventurarse en su cuarto. Y lo que encontró allí lo destrozó.

Jamie nunca se había sentido tan bajo anímicamente como en aquel momento. Nunca. Quizá solo en los primeros momentos después del accidente, cuando no sabía cómo iba a poder continuar con su vida estando paralizado de cintura para abajo. Y de nuevo se sentía de la misma manera. Como si hubiera tocado el cielo con las yemas de los dedos y, de repente, en lo que dura un esquí en resbalar en una ladera o la mujer de su vida en escaparse de su casa de madrugada, lo perdiera todo.

Se encontraba tan mal que hasta tuvo que llamar a Barbara. Ella lo dejó todo y corrió a ayudarlo. Al menos, dentro de todo lo malo, Jamie había aprendido a pedir ayuda, y eso era realmente algo que celebrar dentro de todo el dolor. Barbara se sentó con él en la mesa de la cocina y, con un par de tazas de café bien cargado, hablaron de lo que había ocurrido. En apenas una hora, habían decidido que le darían tiempo a Annie. Para reflexionar, para pensar, para perdonarse. Para echarlo de menos. Para ella debía de haber sido un trauma difícil de calibrar lo que había ocurrido en aquel apartamento de Hunter's Point que se había convertido un día en el infierno en la Tierra. Si estaba unos días sola, se daría cuenta de que la decisión natural sería volver con Jamie. Él, además de desolado, estaba muerto de preocupación por dónde se encontraría ella, pero Barbara lo tranquilizó recordándole que Annie era ahora una mujer con ciertos recursos económicos y que podría desenvolverse por sí misma una temporada. No debía olvidar que lo había hecho siempre,

incluso en las peores condiciones imaginables.

Barbara tenía razón. Lo mejor sería darle tiempo.

\*\*\*

El problema fue que Jamie tenía un concepto de «dar tiempo» algo diferente al de Barbara. Probablemente también al de Annie. Y al de cualquier persona con dos dedos de frente y algo menos de impaciencia que él.

Así que su límite fueron dos días. Cuando, dos días después de encontrar aquella carta que le había roto el corazón en mil pedazos —y que se fragmentaban en millones más cada vez que la releía... y habían sido muchas—, seguía sin saber nada de Annie, tomó la que puede que fuera la decisión más loca de su vida. La había llamado, le había enviado mensajes e incluso un par de correos electrónicos, pero el móvil de Annie estaba permanentemente «apagado o fuera de cobertura».

Jamie se encerró en su despacho, ignorando la cara de circunstancias de Barbara, que se extrañó de que no hiciera las gestiones en las que fuera que estuviera inmerso desde el sofá del salón, con el portátil en las rodillas. Pero es que Jamie no podía permitir que nadie intentara detenerlo. Sabía que, en el fondo, era un cobarde, y que se agarraría a cualquier oportunidad para dar marcha atrás.

—Buenas tardes, eres Charlie Ward, ¿verdad?

—¿Quién habla?

—Soy... Jamie Parks.

—¿Jamie Parks... el jugador de la NBA?

—Si retrocedes diez años atrás en el tiempo... quizá. —A Jamie se le escapó una risita.

—¿Jamie Parks... el tío más buscado de toda California en la última semana? —Charlie Ward, el presentador más conocido de la televisión deportiva nacional, se contagió de la risa.

—El mismo.

—¿A qué debo el honor?

—¿Quieres la exclusiva de mi primera entrevista en más de una década?

\*\*\*

La ESPN no se hizo esperar. No hizo esperar a Jamie, mejor dicho. Ni a los

millones de norteamericanos ávidos de más noticias que la que ofrecían los informes oficiales y los miles de rumores sobre aquel incidente que llevaba días copando los noticiarios de todas las televisiones y radios y las portadas de todos los periódicos.

Se ofrecieron a enviarle un coche a recogerlo a su casa aquella misma tarde, pero él se negó. Si iba a hacer aquello —y, ¡Dios mío!, iba a hacerlo—, era porque suponía muchos retos. Y el primero de ellos era salir de casa. Como un tío normal, joder, porque eso es lo que era, aunque se hubiera pasado años convenciéndose de lo contrario. Y no lo haría casi sin darse cuenta, porque el amor de su vida estuviera en peligro de muerte, como una semana antes. Lo haría porque quería. Y porque podía.

Llegó a los estudios de la ESPN en San Francisco conduciendo su Range Rover y aparcó en el lugar que le habían habilitado. Un productor, dos asistentes de producción, el propio presentador y hasta el representante de la cadena en la ciudad salieron a recibirlo. El comité de bienvenida le subió un poco más los nervios a la garganta, pero para aquel momento ya estaba tan seguro de lo que iba a hacer que nada podría detenerlo.

Una hora y media después, tras pasar por un infierno de maquillaje, peluquería y vestuario, estaba en un plató en el que estaba a punto de iniciarse una emisión en directo, sentado en su silla de ruedas. Dado que toda la entrevista iba a realizarse con plano fijo, le habían ofrecido la posibilidad de sentarse en una silla igual que la del presentador, pero... no. Esa había sido otra de sus decisiones: no escondería lo que era, quién era. Y su vida, le gustara o no, estaba indisolublemente unida a aquella silla. Si parte de la audiencia solo veía aquel objeto en vez de a él, sería su problema. Confiaba en que la mayoría lo vieran a él, lo escucharan a él... aunque él estaría hablando para una sola persona.

Charlie Ward comenzó presentándolo, haciendo un repaso por lo que había sido su breve carrera deportiva, por las circunstancias del accidente que había sufrido aquellas navidades y por los más recientes acontecimientos, el asalto de Ethan Deveraux a Annie York, pareja de Jamie Parks, y su intervención para salvarla acabando con la vida de aquel hombre recién salido de la cárcel. Y, a continuación, fue el turno de Jamie para hablar.

—Antes de nada, Jamie, ¿por qué has decidido hablar después de tantos años de silencio?

—Buenas tardes, Charlie. La verdad... quizá si no hubiera ocurrido lo que pasó la semana pasada, yo seguiría encerrado en mi casa, pero creo que ya era

hora de poner fin a los rumores y las falsas informaciones que han surgido estos días.

—Cuéntanos, antes de entrar en materia con el incidente de la semana pasada, cómo ha sido tu vida durante estos diez años. ¡Caramba! Diez años ya retirado de la vida pública.

—Pues... no hay mucho que contar —reconoció Jamie—. Después del accidente y un diagnóstico tan demoledor como el que recibí, preferí aislarme de lo que había sido mi vida hasta entonces. No más baloncesto, no más apariciones públicas. No sé si hice lo correcto, pero hice... lo único para lo que me sentía capaz en aquel momento.

Hablaron un rato más sobre lo vivido durante aquella década. Jamie echó balones fuera sobre las intimidaciones que prefería que quedaran para él, las cosas que solo habían vivido Barbara y él y solo le habían contado a Annie. Pero de ella tuvo que hablar, porque era ya una parte indisoluble de su historia.

—Una de las cosas que se han contado en estos días, y que no sabemos si quieres desmentir o confirmar, es que tu pareja actual, Annie York, era tu cuidadora.

—Bien... «cuidadora» no es un término exacto para definir las que fueron las funciones de Annie en mi casa. Yo, a pesar de mi lesión, soy completamente autónomo cuando estoy sano, así que ella era más bien mi asistente. —Jamie sonrió, porque estaba seguro de que Barbara estaría a su vez haciéndolo al escuchar aquella puntualización—. Nos enamoramos pronto y hemos tenido una relación preciosa.

—Hasta que llegó el incidente con su expareja, Ethan Deveraux.

—No me gusta que se considere a Ethan Deveraux como su expareja. Yo conozco las circunstancias que rodearon a la relación que mantuvieron cuando ella era apenas una adolescente, y el abuso por parte de él fue tan demoledor que creo que no se puede hablar de *relación*. Esas circunstancias no me corresponde a mí hacerlas públicas, pero no creo que se le escapen a nadie, teniendo en cuenta que él fue condenado a quince años de cárcel.

—Pero salió antes.

—Salió antes y las ineptas instituciones penitenciarias del estado de California no cumplieron su palabra de notificar correctamente a Annie esa circunstancia, por lo que yo, por mi parte, las considero culpables de lo que ocurrió... y de lo que pudo llegar a ocurrir.

—¿Cómo recuerdas ese día?

Jamie se extendió en la explicación de todos y cada uno de los detalles de aquel día horrible que sabía que jamás olvidaría. Los músculos de su mandíbula se tensaron al recordar a Annie atada a la cama y a Ethan acercando el cuchillo a la piel de su garganta. Si después de escuchar la narración completa de Jamie quedaba algún ciudadano que dudara sobre que él hizo lo único que estaba en su mano para evitar que Annie muriera a manos de aquel criminal, debía de ser por falta de comprensión auditiva.

Ya había pasado más de una hora de entrevista, pero a Jamie aún le quedaban unas cuantas cosas por decir. Y el presentador pareció presentir por dónde iban los tiros, porque llevó la entrevista exactamente al lugar que Jamie quería.

—¿Y cómo ves tu vida a partir de ahora, Jamie?

—Diferente. Más optimista y más feliz. Todo lo que ha ocurrido en los últimos meses me ha demostrado que he estado muy equivocado en muchas cosas. Cuando tuve el accidente, creí que no había nada peor en el mundo que no poder caminar. Después de lo que ocurrió la semana pasada, me di cuenta de que había cosas mucho peores que podrían haber sucedido.

—¿Por ejemplo?

—Perder al amor de mi vida. Al final... caminar no es nada. —El presentador alzó las cejas en un gesto de sorpresa, así que Jamie se apresuró a aclararlo—. Yo me hice a mí mismo más minusválido de lo que me hizo el accidente. Andar... solo es poner un pie detrás de otro. Eso, y solo eso, es lo que no puedo hacer. En su lugar, impulso unas ruedas y la silla se desplaza. ¿Es eso tan diferente?

—No lo sé. Dínoslo tú.

—No, no lo es. Lo que es horrible es no poder salir, no poder viajar, no poder enamorarse, no quedar con amigos, no ver un amanecer sobre la bahía de mi ciudad... Y todo eso no me lo impidió la lesión, me lo he impedido yo a mí mismo.

—¿Y a partir de ahora ya no?

—A partir de ahora... solo la necesito a ella para ser feliz.

—Pues... creo que no se puede añadir nada más a esto. Yo, por mi parte, solo puedo darte las gracias por haber elegido nuestro canal para reaparecer después de tantos años echándote de menos y... desearos la mayor suerte del mundo a ti y a Annie.

\*\*\*

Annie se había pasado dos días y medio encerrada en la habitación 612 de un hotel de la calle Sutter. Era un alojamiento económico pero limpio y agradable; habría podido pagarse algo un poco más lujoso con el dinero que había ahorrado, pero sus viejos hábitos estaban más presentes que nunca en ella. Al fin y al cabo, en aquel momento estaba de nuevo sola y sin trabajo; tendría que hacer durar aquellos dólares.

Había llorado mucho. Y le había dado un millón de vueltas a aquella decisión que ella misma era consciente de que había tomado sumida en un profundísimo *shock* por lo ocurrido en su antiguo apartamento. Necesitaba tiempo para pensar, porque lo que tenía muy claro es que no iba a dejar de amar a Jamie fácilmente; estaba bastante segura de que no dejaría de hacerlo nunca.

A media tarde, decidió encender el televisor de su habitación. Había rehuido cualquier medio de comunicación desde que, al llegar a aquel hotel, vio un periódico doblado sobre el mostrador de recepción en cuya portada aparecía su nombre. Aún no entendía cómo no le había dado un infarto. La idea de que aquel incidente horrible con Ethan hubiera puesto su nombre en primera plana todavía la estremecía. Pero el aburrimiento en aquella habitación de hotel conspiraba con sus ganas de llorar, así que decidió encender la tele cruzando los dedos para encontrarse en algún canal aleatorio con una buena reposición de *Friends*. Hizo *zapping* a toda velocidad, con auténtico pánico a que su nombre apareciera en alguna parte. Y no, no lo encontró. Pero fue peor. Al pasar por la ESPN, encontró una banda en la parte baja de la pantalla anunciando la presencia de Jamie Parks en media hora en el programa de máxima audiencia del canal.

No hay adjetivos para definir lo que fue aquella media hora para Annie. Los nervios escalaban por su cuerpo y hasta se permitió el lujo de servirse un *whisky* del mueble bar, a pesar del precio más que prohibitivo. Y cuando la entrevista empezó, se echó un segundo vaso al gaznate de un solo trago, cogió aquel móvil que había podido comprarse en las últimas semanas y que le permitía sintonizar la ESPN en pantalla. Bajó a recepción, pidió un taxi y rogó por que el taxista conociera la dirección de los estudios del canal.

\*\*\*

Jamie respiró hondo cuando salió del estudio. Los productores lo dejaron un



rato a solas en un camerino, pues Barbara le había enviado un mensaje en cuanto había acabado la entrevista en el que lo insultaba por no haberle contado sus planes, pero también le decía que estaba muy orgullosa de él y que pasaría a verlo en una hora aproximadamente. Que quería volver con él a casa y que se pegaran un buen homenaje con la cena. Así que Jamie estaba convencido de que sería ella cuando escuchó dos golpes en la puerta y la voz de una asistente de producción avisándolo de que tenía visita.

Pero no era Barbara quien estaba allí, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y la sonrisa plagada de amor. Era Annie.

—Hola —susurró él, porque no tenía ni idea de qué más decir.

—Jamie...

Annie tampoco estaba sobrada en palabras. Se limitó a tirar su bolso al suelo, correr hasta él, arrodillarse junto a su silla y abrazarlo. Lo abrazó tan fuerte que Jamie sintió que le robaba el aliento, como meses antes le había robado el corazón.

—Annie, yo...

—No, por favor. Déjame hablar a mí.

—Está bien.

—Antes de nada, Jamie... Lo siento. Lo siento muchísimo. Estaba muy asustada, muy arrepentida por haberte complicado tanto la vida... Además, sabes que nunca podré darte hijos y...

—Annie, no tengo ni idea de si quiero tener hijos o no. Jamás lo he pensado porque, simplemente, no consideraré nunca que fuera una opción. Pero, desde que te conocí, lo que no puedo ni plantearme es una vida sin ti.

—Jamie... Yo tampoco. Lo siento. Siento haberme marchado así. Siento...

—Deja de pedir perdón, Annie. Ya está. Yo tampoco he sido un tío fácil, y todo lo que ha pasado en los últimos días es motivo suficiente para que nos volviéramos locos del todo. Lo entiendo, de verdad.

—Pues yo no. Yo no soy capaz de entender cómo pude marcharme. Cómo puede pensar que sería capaz de vivir sin ti.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?

—Lo que tú quieras.

—Yo... tengo un par de cosas en mente. —Jamie esbozó aquella sonrisa pícaro que a Annie le encantaba—. ¿Qué opinas?

—Opino que... estoy casi segura de que tengo en mente lo mismo que tú.

—Siéntate ahí.

Jamie le señaló el pequeño tocador en el que lo habían maquillado unas

horas antes. Tenía una superficie algo elevada, de la que no tardaron en volar los cepillos y brochas que habían utilizado los peluqueros y maquilladores. Annie llevaba un vestido blanco, algo veraniego para aquella época del año, aunque en San Francisco hacía tan poco frío en aquellos días que ni siquiera llevaba medias debajo.

—Bragas fuera —dijo Jamie, mordiéndose el labio de la pura excitación.

—Qué mandón —fingió protestar Annie.

—Creo que no tendrás queja.

Cuando vio que ella se había despojado de su ropa interior, Jamie enloqueció. En el mejor sentido posible, claro. Se acercó con la silla de ruedas y comprobó que la vista no le había fallado: Annie quedaba a la altura perfecta para lo que tenía en mente.

—Joder... Me van a echar de la ESPN por escándalo público antes de plantearse siquiera contratarme.

Annie respondió con una risita que se cortó de golpe cuando sintió las fuertes manos de Jamie abriendo sus muslos. Y se convirtió en un jadeo infinito al sentir el aliento de él sobre su monte de Venus.

—¿Sellamos la paz?

—Por supuesto —respondió Annie.

Jamie acercó su lengua al clítoris de Annie. Y lamió. Lamió, chupó, succionó. Disfrutó de cada uno de los jadeos de ella, de sus gemidos, de sus gritos no lo suficientemente ahogados. La entrepierna lo estaba matando, pero ya se encargarían de ello cuando llegaran a casa. Aquel era el momento de lo que le había dicho a Annie. De sellar la paz. Con algo mejor aún que un beso. Con un beso que acabara en orgasmo.

—Jamie...

Su nombre sonaba a caramelo líquido entre los labios de ella. Jamie le dijo que la quería, que la amaba, que era la mujer de su vida, que quería vivirlo todo con ella. Annie le respondió con palabras entrecortadas, pero con el mismo mensaje: que estarían juntos para siempre.

Annie se corrió. Con la voz estrangulada por el placer y sin preguntarse ni una sola vez si la puerta estaba cerrada con pestillo —no lo estaba—. Cuando sintió los últimos latigazos del orgasmo, se bajó del tocador, recuperó su ropa interior y se acurrucó en el regazo de Jamie.

—Gracias por perdonarme.

—No me lo agradezcas, Annie. Ni siquiera sé cómo podría vivir sin ti.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tendremos que irnos a casa, ¿no?

—¿A casa?

—Sí, Annie. A nuestra casa.

Solo cuando ya estaban en el coche de vuelta, Jamie se dio cuenta de que acababa de darle un plantón antológico a su hermana. Por suerte, no le cabía la menor duda de que ella lo perdonaría. El fin justificaba los medios.

## Más que regalos

Jamie y Annie se pasaron cinco días casi sin salir del dormitorio. Barbara entendió que necesitaban intimidad y se fue a pasar una semana a la casa de Sausalito de su mejor amiga. Así, ella disfrutaría de la brisa fresca del mar de la bahía, y Jamie y Annie de la privacidad que necesitarían después de vivir una experiencia traumática, una desaparición, un reencuentro y una reconciliación. La que todos esperaban que fuera la definitiva.

Fueron días de muchas conversaciones, de poner al fin en su sitio las cosas que quedaban pendientes, de planificar el futuro. Y noches de amor, pasión y orgasmos compartidos que resonaban entre las paredes de piedra de la casa.

Jamie se dio cuenta de que era una auténtica locura que no hubiera salido a la calle en diez años. Ojalá nunca hubiera hecho falta una desgracia como aquel rapto de Annie por parte de Ethan y su muerte posterior para demostrárselo. Pero el caso es que en todo momento sintió que aquel encierro forzoso había sido como una tirita que hacía falta arrancarse de golpe. Desde el mismo día en que volvieron a casa, no habían dejado de salir a dar un paseo cada mañana. Jamie redescubrió zonas que siempre le habían encantado de la ciudad como Fisherman's Wharf, Alamo Square o la zona del Ayuntamiento. Y lo hizo de la mejor forma posible, de la mano de Annie.

A ella no se lo confesó —quizá no hacía falta, porque Annie había demostrado poseer una intuición casi sobrenatural en todo lo referente a Jamie—, pero una de las causas por las que él había empezado a querer salir de casa era el miedo a la cárcel. El caso de Ethan parecía clarísimo, y además Jamie podría pagarse a los mejores abogados del país en caso de ser necesario, pero tenía auténtico pavor a que algo saliera mal y sería una paradoja bien jodida que hubiera pasado diez años encerrado por decisión propia y tuviera que acabar entre rejas contra su voluntad justo en el momento en que más le apetecía comerse el mundo. Por suerte, pronto llegó la llamada que les confirmó oficialmente que la muerte de Ethan había sido declarada como un acto de Jamie en defensa propia y que quedaba exonerado de toda responsabilidad penal. Habían fingido despreocupación durante días, pero tanto Barbara como Jamie y Annie exhalaban un suspiro cuando llegó aquella

noticia.

La presión mediática estuvo a punto de devorarlos, pero juntos supieron controlarlo bien. La aparición en televisión de Jamie había vuelto a disparar su popularidad, hasta el punto de que se había convertido en *trending topic* en Twitter y su nombre sonaba en programas deportivos, informativos y magazines de televisión. Había habido varias —muchas, en realidad— llamadas interesadas en contar con él en diferentes entrevistas para dar nuevos detalles sobre los hechos acontecidos en el piso de Annie en Hunter's Point, pero él ya había dicho todo lo que tenía que decir y no pensaba entrar en ese juego. Solo esperaba que la tormenta pasara pronto.

Lo que sí había hecho había sido ponerse en contacto con su antiguo representante, que solía encargarse tanto de la carrera de jugadores como de lo que harían al retirarse. Según sus propias palabras, llevaba diez años esperando aquella llamada. Le dejó muy claro que todavía no se sentía preparado para comprometerse con un trabajo de forma fija —además, quería disfrutar de Annie sin obligaciones durante una temporada—, pero le pidió que tanteara en ESPN y otros canales deportivos si habría alguna posibilidad de que lo llamaran de vez en cuando para hablar de baloncesto. Cuando su representante le preguntó si preferiría trabajar en la radio, Jamie se quedó callado un momento... y a continuación le dijo que no lo rechazaría, pero que prefería la televisión. Ya era hora de que diera la cara y le demostrara al mundo que una discapacidad física no era impedimento para hacer casi cualquier cosa. A él le había costado una década aprender aquella lección; esperaba que el resto del mundo fuera más rápido.

Annie, por su parte, había rescindido el contrato de alquiler de aquel apartamento al que no había podido siquiera volver a recoger sus cosas. Nunca le agradecería lo suficiente a Barbara que se hubiera hecho cargo de todo. Con el sueldo que había ganado en casa de los Parks, y rechazando cualquier ayuda económica posterior de Jamie, había saldado aquellas deudas que llevaban once años acompañándola —y torturándola— y hasta se había podido permitir tener unos mínimos ahorros.

Ya era oficial que Annie se había mudado a vivir a casa de los Parks. Pierre llegaría a comienzos del año siguiente para pasar un cuatrimestre impartiendo clases en Berkeley, y Barbara ya les había anunciado que alquilarían un apartamento... de forma temporal, porque su idea era, en cuanto terminara aquel curso, mudarse a vivir juntos a París. Ni Barbara ni Jamie querían ni pensar en cuánto iban a echarse de menos, pero estaban seguros de

que los vuelos entre París y San Francisco serían una constante en sus rutinas. Pero también tenían todos muchas ganas de empezar lo que serían sus vidas reales, las que compartirían con las personas a las que amaban.

La Navidad llegó y, por primera vez en muchos años, fue un momento de celebración. Para Jamie siempre habían sido unas fiestas lúgubres, porque el recuerdo de que su accidente se había producido en aquellas fechas no lo abandonaba. Y Barbara había acabado contagiándose de su humor y, en los últimos años, casi ni lo celebraban ya. Se limitaban a cenar como cualquier otro día, se entregaban algunos regalos —cosas prácticas que podrían haber comprado cualquier otro día— y seguían con sus vidas. Sus tristes y condicionadas vidas.

Barbara quiso encargarse de la cena aquel día de Navidad. No lo había dicho en alto —ninguno lo había hecho—, pero ella también estaba ilusionada con retomar unas celebraciones navideñas que, en el fondo, estaban deseando vivir con toda su intensidad. Jamie y ella se acercaron a la ciudad a comprar un pavo, algunos ingredientes extra para el relleno, patatas ecológicas y una tarta de calabaza casera que Jamie tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no probar ya en el coche. Annie se había quedado en casa horneando tres panes de tamaño mediano para su receta especial de *clam chowder*. Era una sopa de mariscos, con patatas, zanahorias y crema agria, servida dentro de un pan un poco amargo pero de corteza muy resistente, que había aprendido a preparar cuando trabajaba en un restaurante de comida californiana cerca del Golden Gate.

No escatimaron con el vino. Ni con los dulces. Jamie sacó su mejor botella de *whisky* después del postre. Barbara abrió una botella de champán francés que había traído de París. Annie se sintió tan relajada después de una comida copiosa y unas cuantas copas que hizo un pequeño discurso para agradecer a la familia Parks que le hubieran cambiado la vida de una manera tan radical. Para agradecerle a Barbara su amistad. Para agradecerle a Jamie su amor. Y que le hubiera salvado la vida, en tantos sentidos diferentes. Varias veces tuvo que interrumpir sus palabras por las lágrimas que le rodaban por las mejillas. Barbara lloró abiertamente y, como el alcohol había hecho algo de mella en su elegantísima presencia, acabó sonándose la nariz a una de las servilletas de papel de motivos navideños. Jamie quiso disimular, pero a nadie se le escaparon sus ojos humedecidos ni su sonrisa orgullosa.

Había sido una cena preciosa. Quizá una de las últimas en familia en algún tiempo, pues Barbara ya había encontrado la casa a la que se mudaría con

Pierre a comienzos de año. Pero encontrarían mil y una maneras de seguir siendo lo que al fin sentían que eran: una familia; corta, pero familia. Para siempre.

Barbara se retiró a dormir cuando fue consciente de que la mezcla de vino, champán y *whisky* había hecho demasiada mella en ella. Annie y Jamie se trasladaron entonces de la mesa de comedor al sofá, pusieron música clásica en el equipo de sonido y dejaron que el silencio hiciera que aquellos pensamientos tan bonitos, tan optimistas, que llevaban toda la noche rondándoles la cabeza calaran hondo.

—Tengo un regalo para ti —le dijo Annie, en un susurro, cuando sintió las fuertes manos de Jamie aferrándola por la cintura.

—¿Otro? —Durante la cena se habían intercambiado regalos, entre ellos y también con Barbara. Annie le había comprado a Jamie un reloj precioso y a Barbara una edición ilustrada de *Madame Bovary* que Jamie le había comentado que quería. Jamie le había regalado a Annie unos pendientes y a su hermana una pulsera. Barbara, por su parte, les había regalado a ambos, de forma conjunta, un *kit* de fabricación casera de cerveza que los había hecho chillar como si fueran dos niños.

—Sí.

—La verdad es que yo también tengo algo para ti.

—¿En serio?

—En serio. Pero... tú primero.

A Annie le temblaron un poco las manos al coger el sobre que contenía su regalo para Jamie. Le había parecido una idea fantástica desde que se le había metido en la cabeza, y había empleado en él una buena parte de sus ahorros.

—Yo... no sé si te gustará. Espero... espero no haber metido la pata.

—Eh, eh, Annie... Me va a encantar. No necesito siquiera abrirlo para saberlo.

—Vale. —Ella le sonrió—. Pero... ábrelo.

Jamie asintió, también con una sonrisa en los labios, y se abalanzó sobre el sobre que ella le tendía. Y al abrirlo... la abrazó tan fuerte que estuvo a punto de dejarla sin aliento.

—¿Un viaje al Caribe?

—A La Romana, en la República Dominicana.

—Annie...

—Un día me dijiste que el mar de ese lugar tenía un color imposible de describir. Así que supongo que tendré que verlo por mí misma. Y a tu lado.

—Será maravilloso.

—¿De verdad? ¿No... no te ha parecido mal?

—¿Tengo pinta de que me haya parecido mal? —le preguntó Jamie, alzando una ceja—. El encierro se acabó, Annie. Quiero viajar, quiero ver mundo... y quiero hacerlo todo contigo a mi lado. Esta semana me enteraré de... de cómo funciona lo de viajar en avión con la... con la puñetera silla de ruedas. —Jamie hizo una mueca de fastidio; había cosas que no cambiarían jamás—. Y nos iremos en cuanto podamos, ¿vale?

—Me suena a música celestial. Te recuerdo que será la primera vez que salga del país.

—Y será conmigo...

—Sí. —Annie se acercó y le dio un beso breve en los labios; breve... pero caliente—. Y ahora quiero mi regalo.

—Vale. —Jamie sintió los mismos nervios que ella unos minutos antes; quizá más—. Lo tengo escondido. Vengo... en un segundo.

Jamie regresó al salón un par de minutos después con un paquete que no dejaba lugar a dudas, por su forma, de lo que contenía dentro.

—Jamie, eso... ¿es una guitarra?

—¡No estropees la sorpresa! —bromeó él, a pesar de los nervios—. Ábrelo.

Annie se deshizo del papel de regalo y descubrió una guitarra acústica nueva, brillante, con una funda a juego y un libro de *Guitarra para principiantes*.

—Pero Jamie...

—¿Me dejas que me explique?

—Vale.

—Yo... no sé si he metido la pata, pero... quizá consideres que me he entrometido en tu vida, aunque...

—¡Jamie! ¡Habla de una vez! —Annie no pudo evitar que le diera la risa.

—Vale. —Jamie exhaló un suspiro—. He estado hablando con algunos de los médicos a los que he conocido a lo largo de estos años. Por suerte o por desgracia... conozco a todos los traumatólogos, fisioterapeutas, osteópatas y cirujanos de California. Les he explicado tu caso, sin mencionarte, por supuesto. Les he contado todo lo que hemos hablado sobre las lesiones que sufriste y me han dicho que tendrían que examinarte en profundidad, por supuesto, pero creen que podrías recuperar algo más de movilidad en los hombros y los dedos de las manos de la que tienes.



—Pero... ¿por qué has hecho eso? —Annie le sonrió, con una mirada llena de dulzura en sus ojos.

—Porque te quiero. Porque quiero que estés bien. Porque sé que es importante para ti.

—Jamie... —Annie se acurrucó un poco más contra su cuerpo; quería utilizar todos los medios a su alcance para transmitirle lo muchísimo que lo quería—. ¿Qué más te han dicho?

—Todos coinciden en que, si te trataron a pesar de no tener seguro médico, harían lo mínimo para que te recuperaras, pero sin preocuparse demasiado por que la movilidad fuera completa. —Jamie esbozó una mueca de fastidio—. A pesar de que han pasado los años, es probable que con cirugía, reposo y rehabilitación puedas conseguir grandes avances.

—Pero...

—Por supuesto, es decisión tuya. Yo solo he querido informarme de las opciones y ponerlas a tu disposición, pero entiendo que no es fácil pensar en volver a pasar por todo aquello.

—¿Te han dicho... cómo sería?

—No han concretado nada sin haberte examinado antes, pero... implicaría varias operaciones. Al menos una en cada brazo. Y bastante tiempo inmovilizada. Y una rehabilitación dura. No es algo que vaya a ser agradable.

—Me... me gustaría al menos que me vieran y... y me dijeran cuáles son las opciones.

—¿Y después aprender a tocar la guitarra?

—Quizá. Aunque creo que no me acuerdo ya ni de los acordes.

—Por eso he incluido el libro para principiantes.

—No es mala idea.

—Aprenderemos. Juntos.

—¿A tocar la guitarra?

—Sí. Y a todo lo demás.

Jamie y Annie se besaron. Se besaron como lo habían hecho ya mil veces, pero a la vez de una forma completamente diferente. Se besaron sabiendo que aquello no habían sido dos regalos. Habían sido dos promesas. Una, en realidad. Era la promesa de una vida diferente. De la superación de los miedos. Del olvido del pasado; o mejor que *olvido*... de aprender a convivir con el hecho de que habían pasado diez años soportando en solitario las consecuencias de unos hechos horribles que habían marcado sus vidas cuando aún eran demasiado jóvenes como para sufrir algo tan terrible.

Lo habían logrado juntos. Siempre estarían ahí el uno para el otro. Se cogerían la mano cuando flaquearan. Cuidarían de sí mismos. Cuidarían del otro. Se amarían y recordarían siempre cuánta esperanza se habían regalado. Annie había llegado a una casa en la que solo esperaba ganar suficiente dinero para poder tirar hacia delante en una vida que era todo lo contrario a lo que cualquier chica de veintisiete años podría soñar. Jamie había recibido con hostilidad la intrusión de una extraña en su casa. Pero un día, de repente, los astros se habían alineado y ellos se habían encontrado. Y ya nada, nunca, los podría separar.

## Epílogo

### Cinco años después

La pelota no dejaba de dar vueltas en el aire, casi como si no tuviera intención de llegar a su destino. A Annie y a los diecinueve mil espectadores que llenaban el Staples Center de Los Ángeles se les cortó la respiración durante unos segundos. Quizá fueron solo unas décimas, o unas milésimas, pero lo cierto es que la tensión se podía cortar con un cuchillo.

Se celebraba la final de baloncesto en silla de ruedas de los Juegos Paralímpicos. Estados Unidos se enfrentaba a Canadá. El partido había estado igualado durante los tres primeros cuartos, pero en el último el equipo local había perdido algo de fuerza. A falta de tres segundos, el resultado era de 79 a 81 a favor de los canadienses. Pero había una razón por la que casi veinte mil personas habían abarrotado las gradas aquella tarde: con el 32 a la espalda, jugaba Jamie Parks.

Y Jamie Parks no permitió que nadie se hiciera con aquella última pelota del partido.

Lanzó a canasta desde el centro de la cancha.

La pelota rodó y rodó...

Y entró.

La bocina que marcó el final del partido fue en realidad el pistoletazo de salida de una celebración en la que se entremezclaron la emoción, la euforia, la satisfacción del logro conseguido... y los recuerdos.

\*\*\*

Jamie había vuelto a pisar una cancha de baloncesto apenas unas semanas después de aquella entrevista en televisión que había sido tan decisiva en su vida y la de Annie. Ya no la pisaba con las suelas de sus zapatillas deportivas, pero no tardó en acostumbrarse a hacerlo con las ruedas de aquella silla que lo acompañaba desde hacía media vida.

Jamie siempre había sido un tipo con carisma. Desde que estaba en el instituto y ganaba partidos con facilidad, casi sin sudar, hasta la universidad. Y por supuesto, también en aquel único año en que había destacado en la NBA,

antes de que el accidente se lo llevara todo por delante. Era guapo, inteligente, educado y tenía ese *algo* que hace que algunas personas brillen con luz propia. Cuando había aparecido en televisión, puede que millones de personas lo hubieran olvidado en la última década, pero no tardaron en volver a enamorarse de él y de la historia que contó ante las cámaras.

Pocos días después, Jamie recibió una llamada de su antiguo equipo, nada más y nada menos que de Los Ángeles Lakers. Su antiguo director deportivo le habló del baloncesto adaptado, y él sintió curiosidad. Si se lo hubieran dicho unos años antes, o tan solo unos meses, no se habría creído que ese sentimiento todavía tuviera cabida en su cuerpo, pero... Annie lo había cambiado todo. Lo había cambiado a él. Se había llevado aquella amargura, o al menos la mayor parte de ella.

En pocas semanas, se había puesto en contacto con los San Francisco Pioneers, el mejor equipo de la ciudad de baloncesto en silla de ruedas, y en algo más de un mes ya estaba entrenando con ellos. Una tarde de aquella época, cuando llegó a casa sudoroso y con los músculos acalambrados, Annie lo encontró emocionado en el salón. Ella se acercó a él, preocupada, pero se tranquilizó cuando él esbozó una sonrisa enorme y le confesó que no tenía ni idea de cómo había podido sobrevivir todos aquellos años sin jugar al baloncesto. Después, hicieron el amor, y antes de dormir, Jamie le dijo que tampoco tenía ni idea de cómo había podido sobrevivir toda su vida sin tenerla a su lado.

Todos aquellos recuerdos atravesaban la mente de Annie mientras observaba a Jamie, rodeado por todos sus compañeros y su entrenadora, celebrando con gestos de euforia la victoria. Incluso en eso, en la celebración, se percibía su carácter de líder, su imagen de campeón. Él había metido la canasta de la victoria, había liderado el partido y era obvio para todos que lo nombrarían el jugador más valioso del encuentro. Incluso Lena, su entrenadora, había dejado su pose de sargento de hierro para abrazarlo con un cariño inmenso que no solían demostrarse, pero que Annie sabía que sentían el uno por el otro.

Las lágrimas no habían dejado de caer de los ojos de Annie desde que había acabado el partido, o puede que incluso desde antes, pero se convirtieron en borbotones cuando vio que Jamie se dirigía hacia la zona de las gradas en la que se ubicaban las familias de los jugadores. Barbara le dirigió una mirada de complicidad, en medio de sus propias lágrimas de emoción, y con ella le dio permiso tácito para lanzarse a la pista para abrazar

al hombre de su vida.

Annie no podría recordar después cómo había saltado a la pista, pero no olvidaría jamás cómo los brazos fuertes de Jamie la rodearon mientras ella se sentaba en su regazo. Les dieron igual las burlas de los compañeros de equipo e incluso las cámaras de televisión que los enfocaban. Ellos se besaron durante unos minutos eternos, como si estuvieran solos en el mundo.

Y allí, fundidos en un solo ser, como llevaban ya cinco años... recordaron.

\*\*\*

La vida había sido más sencilla al principio de lo que ninguno de los dos habría imaginado. Fue como si todas las dificultades las hubieran pasado por separado, en aquellos años eternos en que Jamie se perdió en su frustración y Annie en sus penurias. Se conocieron antes de amarse y, cuando ya no quedó ninguna barrera por derribar entre ellos, solo les quedaron por delante años y años de felicidad.

Como era de esperar, la justicia exoneró a Jamie de cualquier posible delito relacionado con la muerte de Ethan. Ni siquiera se presentaron cargos contra él, aunque él sí insistió en hacerlo contra las autoridades que no habían notificado a Annie la salida en libertad de aquel animal, como habría sido su obligación. Tuvieron que indemnizarla con una buena cantidad de dinero, que ella donó a una asociación que trabajaba para ayudar a adolescentes embarazadas sin recursos. No había dejado de colaborar con ellos en todos los años posteriores; su sueño, tal vez irrealizable, era que nunca una chica de dieciséis años volviera a verse en la misma situación que ella había atravesado a esa edad.

Annie también acabó sus estudios de gestión administrativa, pero no llegó a incorporarse a la vida laboral. Después de diez años trabajando de sol a sol, Jamie insistió en que necesitaba un respiro y, aunque a ella le costó al principio asimilarlo, acabó entendiendo que él tenía razón. Tenía muchas heridas que curar, físicas y emocionales, y el tiempo ayudaría, no tenía duda de ello. El tiempo... y Jamie.

Junto a él, a Annie se le fue olvidando el dolor que había sufrido en su adolescencia, la angustia de los años siguientes y el pánico extremo que había sentido aquella mañana en que había vuelto a verse a merced de su verdugo. Al principio fue a terapia para aprender a superarlo, pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, solo tenía que aprender a vivir con ello. Y había

aprendido algo muy importante de Jamie y su forma de asimilar el hecho de que había matado a Ethan: que el mundo era un lugar mejor sin aquella bestia en él. Que no somos nadie para dar y quitar vidas, pero que, en caso de duda, mejor que desaparezcan los malos y se salven los buenos.

Jamie, por su parte, volvía a ser alguien muy parecido a aquel chico que se había dejado parte de sí mismo en una pista negra de la estación de esquí de Aspen. Durante nueve años, había estado seguro de que habría sensaciones que nunca regresarían. Que no volvería a mover las piernas. Que no volvería a jugar al baloncesto. Que no volvería a amar ni a ser amado. Que no volvería a ser feliz. Solo la primera era permanente. Todo lo demás eran limitaciones que él solo se había puesto en el camino.

Junto a Annie, había encontrado un amor de esos que pensaba que solo existían en las películas. Se había sentido atraído por ella desde el primer momento, pero no se había planteado siquiera como una opción que ella pudiera corresponderle. Y cuando al fin se habían dado cuenta de que juntos eran mejores... ya no hubo vuelta atrás en la felicidad. El baloncesto, el regreso a las canchas, los partidos, la competición, la posibilidad de entrar en el equipo nacional, las Paralimpiadas... eso había sido la guinda de un pastel que le parecía un sueño hecho realidad.

El día que Lena le confirmó que entraría en la selección definitiva de jugadores para disputar aquellos Juegos Paralímpicos, Jamie sintió que la vida le devolvía algo. Se celebraban en Los Ángeles, la ciudad en la que él había estudiado y donde había conseguido el mayor éxito posible en el baloncesto, ganar el anillo de campeón de la NBA con Los Ángeles Lakers antes de cumplir los veintitrés años. La final sería en el Staples Center, un lugar que conocía muy bien, casi podía sentir el olor de aquellos vestuarios, aunque hiciera más de una década que no entraba en ellos. Y en aquel momento, Jamie supo que se dejaría el alma para llegar a esa final... y para ganarla.

\*\*\*

—Vale ya, tortolitos. Mañana vais a ser vosotros portada de todos los medios en vez de la victoria del equipo. —La voz de Lena interrumpió aquel beso en el que Jamie y Annie se habían metido como si fuera una burbuja.

—Felicidades, Lena. —Annie logró hablar a través del nudo de su garganta—. Todos sabemos que esta panda de inútiles no habría conseguido la medalla sin ti.

—No la animes, Annie —protestó Jamie—. Ya va a estar bastante insoportable sin tu ayuda.

—Cállate, Parks. O en el próximo entrenamiento vas a sudar sangre.

—Nick te espera en la grada con ojitos de cordero degollado. Ve con él, anda —la animó Jamie, al tiempo que la miraba con una expresión que contradecía sus palabras.

—En realidad... —Annie se giró para ver cómo Lena se alejaba en su silla, de camino a la grada que ella misma acababa de abandonar, la de las familias—. En realidad, la mira con ojitos de enamorado de la hostia.

—Pobre desgraciado.

—¡Cállate!

Lena Bouvier había sido una figura clave en la vida de Jamie en los últimos años. La primera vez que la vio, Jamie volvió a casa echando pestes de su nueva entrenadora. Toda la ilusión que le había provocado el regreso a las canchas se le convertía en un gesto torcido cuando pensaba en aquella chica menuda, con pelo corto, pequeñas gafas de pasta y aparato en los dientes, que parecía tener más energía y más mala leche que todos los tíos a los que entrenaba juntos.

Hacia ya cinco años que se veían casi a diario y «amor-odio» era el concepto que mejor definía su relación. Aunque Annie y todos los que los conocían bien sabían que el odio era impostado y el amor, ese amor infinito que hay detrás de la amistad verdadera, era muy real.

Lena había sido la única persona capaz en más de diez años de hacer que Jamie reconociera y asumiera su discapacidad. Lo que había intentado tantas veces Barbara con delicadeza y Annie con todo su amor, en realidad, lo había conseguido aquella chica con sus gritos, su falta de delicadeza y su sinceridad arrolladora. Ella lo había pasado peor que Jamie, si cabe, con su propia enfermedad, por lo que las palabras que salían de su boca hablaban el mismo idioma de frustración, dolor y superación que Jamie conocía tan bien.

Pero la historia de Lena, su dolor, sus miedos, sus traumas, sus ganas de vivir y ese hombre maravilloso que se le cruzó en el camino un día inesperado... esa la contaremos en otra ocasión.

\*\*\*

El día que hacía un año desde la primera vez que Jamie y Annie se habían visto amaneció como cada mañana. Annie salió a hacer unas compras, Jamie

se machacó en el gimnasio y, por la tarde, se separaron unas horas. Ella se quedó en casa y se pasó un buen rato colgada de Skype con Barbara, que seguía viviendo su maravillosa historia de amor en París y se había convertido en la mejor amiga de Annie, mientras él iba a la cancha adaptada de la Universidad de Berkeley en la que entrenaba casi a diario.

A ninguno de los dos les había pasado desapercibida la efeméride que celebraban, pero no se lo dijeron al otro. Annie quiso sorprender a Jamie con una cena especial y se afanó durante horas en la cocina. No sabía en aquel momento que acabaría siendo ella la sorprendida.

Jamie entró aquella tarde en casa más nervioso de lo que había estado en toda su vida. Más nervioso que el día que había debutado en el baloncesto universitario, más nervioso que durante las rondas de elección del *draft* en las que había logrado su sueño de ser elegido por Los Ángeles Lakers y más nervioso que la primera vez que había salido al Staples Center con el 32 a la espalda. En el bolsillo de sus pantalones vaqueros palpaba una caja de terciopelo y a él, que no tenía sensibilidad en aquel lugar, le parecía incluso que la pierna derecha le pesaba.

Cenaron en silencio. En uno de esos silencios cómodos que habían aprendido a crear juntos. Jamie alabó la destreza de Annie en la cocina y, cuando ella llegó con el postre, él la miró de esa manera en que unos ojos dicen más que las palabras. A Annie le dijeron que sus palabras podrían cambiar su vida para siempre.

—Annie... siéntate. Hay... hay algo que quiero decirte. —Jamie carraspeó, intentando llevarse por delante los nervios, aunque no lo consiguió del todo—. Hoy hace un año que entraste por la puerta de esta casa, cuando yo no quería saber nada del mundo que había tras estos muros. Era tan imbécil que ni siquiera quería saber nada de ti. Presiento que esta cena tan especial se debe a que tú también te has acordado de la fecha. —Annie asintió y se mordió el labio inferior por los nervios—. Has traído a mi vida la luz que creía que jamás regresaría. Ahora me apetece levantarme por las mañanas. Ya no maldigo mi suerte cada vez que abro los ojos y recuerdo que no puedo saltar de la cama. Ya no me vuelvo loco de frustración cuando tardo el triple de tiempo que cualquier otra persona en hacer cosas cotidianas. Ya no revivo en mi cabeza aquella caída en la nieve, como queriendo retroceder en el tiempo. Hay... hay algo que nunca te he contado.

—¿El qué? —preguntó Annie, con algo de miedo en la voz, pero pronto una sonrisa enorme de Jamie la tranquilizó.



—Durante los nueve años que pasaron entre el accidente y tu... aparición en mi vida, siempre que soñaba... caminaba. En el sueño, me refiero. Soñaba conmigo mismo caminando, corriendo, jugando al baloncesto, nadando... Ni una sola vez en nueve años soñé con la silla. Pero, desde que tú empezaste a dormir conmigo, desde que siento tu cuerpo cálido junto al mío en la cama... sueño conmigo... —Jamie hizo un gesto con las manos señalando su silla de ruedas— ... aquí. Así.

—¿Y eso... es bueno?

—Eso es maravilloso, Annie. —Jamie se acercó a ella y le cogió la mano—. Significa que, desde que tú apareciste en mi vida, me... acepto. Me he reconciliado con quien soy. Con quien voy a ser ya el resto de mi vida.

—Sí... definitivamente, es bueno.

—Y por eso... por eso y por muchas otras razones, Annie, hay algo que quiero decirte. —Jamie cogió aire y se preparó para el alegato final—. Tardé poco, muy poco tiempo desde que te conocí en darme cuenta de que me había enamorado. De que todas las veces en mi vida en que pude creer que estaba enamorado... eran nada. La nada absoluta comparada con lo que siento por ti. Que el amor era esto. Es... es lo que tenemos tú y yo. Y quiero pasar el resto de mi vida junto a ti, Annie. Cuidándote y dejando que me cuides. Queriéndonos, dándonos la vida que deseemos. En los últimos meses has conseguido que no odie ya esta silla como la he odiado durante nueve años, pero en este momento la aborrezco más que nunca porque esto que estoy diciendo tendría que estar haciéndolo con una rodilla hincada en el suelo... así que no me enrolló más, Annie... ¿Quieres casarte conmigo?

—Jamie... —A Annie se le llenaron los ojos de lágrimas, en parte por la sorpresa, en parte por la emoción, en parte porque casarse con Jamie se parecía mucho al sueño de su vida—. Pues claro que quiero casarme contigo.

\*\*\*

Y lo hicieron. Jamie y Annie se casaron un día de primavera en una playa perdida de la zona del Big Sur de California. Fue una ceremonia bastante íntima a la que solo acudieron Barbara y su pareja, Pierre, algunos compañeros del equipo de baloncesto en el que jugaba Jamie y un par de amigos más. Annie llevó un vestido blanco precioso, de aire romántico, con mangas de encaje y escote en pico. Jamie se tambaleó cuando la vio aparecer por el sendero rodeado de flores que Barbara había preparado unas horas

antes. Y *se tambaleó* es una expresión literal porque, durante los cinco meses que habían durado los preparativos de la ceremonia, él le había cedido a Annie todo el protagonismo, había dejado que ella cumpliera todos sus deseos, y él se había centrado en una única cosa: quería recibirla en el altar de pie.

Lena, que la primera vez que lo había escuchado decir eso, se había reído de él en su cara y le había reprochado que siguiera sin asumir que su vida estaba ligada para siempre a una silla de ruedas, había acabado por convertirse en su gran aliada. Había sido ella quien le había dado unos cuantos consejos para conseguirlo, y dos compañeros del equipo y su fisioterapeuta, los cómplices perfectos para lograrlo. Durante semanas, a escondidas de Annie, Jamie se había sometido a la tortura de utilizar unos fijadores metálicos en las piernas que le permitían ponerse de pie. Conseguir la estabilidad necesaria para no caerse era otro asunto; tardó casi tres meses en lograrlo, y siempre ayudado por dos muletas. Apenas era capaz de mantenerse en pie unos tres o cuatro minutos, pero decidió que eran suficientes para recibir a Annie de esa manera.

Y lo logró, como casi todo lo que James Parks se había propuesto en su vida. Annie lloró cuando lo vio así, de pie, como nunca lo había visto y sabía que nunca más volvería a verlo. Dos compañeros de equipo lo flanqueaban para asegurarse de que aquel capricho de Jamie no acabara en desastre. Pero aguantó. Con los brazos temblando sobre las muletas, por la fuerza que había tenido que hacer con ellos y por la emoción de ver a Annie más bonita que nunca. Brillaba aquella mañana. Brillaba más incluso que de costumbre.

El pastor los declaró marido y mujer, Jamie se tomó muy en serio eso de «puede besar a la novia» y regresaron a casa convencidos de que sí... aquello iba a ser para siempre.

\*\*\*

El primer año de casados se les pasó en un sueño de nuevas experiencias compartidas y viajes por el mundo. Jamie tenía que recuperar muchos años de reclusión entre cuatro paredes y se propuso enseñarle a Annie todos los confines de un planeta que ella siempre había soñado con conocer. Visitaron a Barbara en París, desde allí viajaron a Londres y acabaron una luna de miel de ensueño besándose en la terraza de un restaurante a los pies del Coliseo de Roma. También visitaron la costa este, China y las playas de Australia. Annie

bromeaba con que aquella fortuna aparentemente interminable de Jamie iba a volar si seguían a aquel ritmo; a ella aún le costaba acostumbrarse a no tener que contar cada dólar.

Pero con la llegada del segundo año de casados, recuperar lo que habían perdido en el pasado dejó de significar viajes y diversión y se convirtió en un proyecto de futuro. Jamie le había dicho una vez a Annie que sabía que ella tendría que cuidarlo muchas veces en su vida. Pero la realidad hizo que fuera él quien tuvo que cuidarla durante meses.

Después de mucho insistir, Jamie consiguió que Annie aceptara acudir a una consulta con el traumatólogo que llevaba años ocupándose de los maltrechos huesos de él. El sueño de volver a tocar la guitarra parecía imposible, pero al menos quería que Annie tuviera la oportunidad de recuperar la movilidad de los brazos que aquel animal que había sido su novio en la adolescencia le había robado. El médico la derivó a un par de especialistas más y, entre todos, llegaron a la conclusión de que un par de operaciones y mucha rehabilitación podrían hacer que recuperara el noventa y cinco por ciento de la movilidad de los hombros y cerca del ochenta por ciento en los dedos.

Y a pesar de sus reticencias iniciales... Annie quiso operarse. Quiso tener la vida que cualquier chica de menos de treinta que no hubiera pasado por un infierno merece tener. Pero hizo falta mucha fuerza de voluntad, y mucho amor por parte de Jamie, para que Annie no se arrepintiera.

Pasaron ocho meses antes de que empezara a ver los resultados de aquellas operaciones tan dolorosas y aquellas sesiones de fisioterapia que eran aún peores. Hasta entonces, había pasado semanas y semanas con los dos brazos inmovilizados, con los dedos envueltos en prótesis metálicas que le provocaban unos dolores insoportables, con la frustración de volver a sentirse inútil, como le había ocurrido más de una década atrás.

Jamie había sido sus brazos durante aquellos meses, como ella había sido y sería para siempre las piernas de él. Él la ayudaba a levantarse por las mañanas, le cepillaba los dientes, le lavaba la cara e incluso había aprendido a peinarla y maquillarla con cierta destreza. Se cuidaron mutuamente, ella usando su capacidad para caminar donde él no podía; él siendo las manos que ella aún tardaría en recuperar. Se conocieron más que nunca en aquellos días. Entendieron cuál es el verdadero significado del amor. Entendieron que siempre cuidarían uno del otro.

Cuando Annie se recuperó al fin de sus operaciones, Jamie la escuchó un

día tocar la guitarra. Y supo que, para siempre, aquel sería el sonido más bello que escucharía jamás. Y también supo que quería que, algún día, ella les enseñara a sus hijos, a los de ambos, a tocar aquellas canciones que llenaban de armonía la casa.

Fue difícil para Jamie sacar aquel tema delante de Annie. Él tenía muy claro que no habría ninguna diferencia en sus sentimientos entre unos hijos biológicos que sabía que nunca tendría y los hijos adoptados que se presentaban en el horizonte como una posibilidad. No es que hubiera empezado a pensar así al enamorarse de Annie y conocer sus problemas; había pensado así toda su vida. Y cuando se lo propuso a ella, se encontró con sus lágrimas. Las que derramó porque llevaba tiempo callando sus deseos, porque en aquellos ocho meses de convalecencia había tenido mucho tiempo para pensar en la adopción... pero no se había atrevido a comentárselo a su marido por puro pánico a que él no quisiera plantearse esa posibilidad.

El día que hacía tres años de la primera vez que Jamie y Annie se habían conocido, y dos años desde aquella preciosa petición de matrimonio... los conocieron. Se llamaban Patrick y Julianne y eran hermanos biológicos. Él tenía dos años y medio, y ella era un bebé de apenas unas semanas. Sus padres habían muerto hacía unos días en un accidente de tráfico y no había más familia que pudiera hacerse cargo de ellos. Entraron en el sistema de adopción y el matrimonio de los Parks fue el elegido por los asistentes sociales para darles una familia.

\*\*\*

Jamie no pudo reprimir las lágrimas cuando sus dos hijos se abalanzaron sobre él para felicitarlo por la victoria. Julianne no entendía muy bien qué estaba pasando, pero era una niña de naturaleza alegre que siempre estaba sonriendo, así que aquella ocasión no podía ser menos. Patrick, en cambio, sí parecía entender que su padre era todo un campeón, y así lo llamó en cuanto alcanzó su regazo. Annie tampoco pudo reprimir las lágrimas al ver a los tres amores de su vida juntos y abrazados.

Lena llegó enseguida para poner orden en la celebración. La ceremonia de entrega de medallas tendría lugar en apenas unos minutos, así que las familias debían regresar a la grada habilitada para ellos. Barbara se había acercado también a dar un beso a su hermano, y ambos habían compartido una mirada que nadie más podría entender, porque hacía referencia a unos años en que

nadie más que ellos habían sufrido juntos. Los niños corrieron a los brazos de su tía, a la que adoraban, a pesar de que la veían menos de lo que todos querrían, ya que seguía viviendo al otro lado del mundo. Y Jamie aprovechó el breve momento de intimidad para retener a Annie a su lado.

—Me van a dar a mí esa medalla... —le susurró al oído—, pero tú y yo sabemos que no habría podido ganarla sin ti.

Ella no supo qué responderle, porque la emoción la había desbordado desde el primer momento, y regresó a la grada, desde donde vio a Jamie recibir su medalla de oro mientras sonaba el himno de los Estados Unidos por la megafonía del pabellón. A continuación, el presidente del Comité Paralímpico Internacional entregó a Jamie el premio al MVP del partido, y le cedió el micrófono para que diera su discurso de agradecimiento.

—Buenas noches a todos y muchas gracias por venir a apoyarnos en este día tan importante para nosotros —comenzó. El público se deshizo en vítores con su nombre—. Hace quince años, salté a la cancha de este mismo pabellón con la ilusión de un chico de veintidós años que cumplía su sueño de jugar en la NBA. Aquel sueño, por desgracia, me duró poco. Después del accidente, viví una época de oscuridad. De *mucha* oscuridad. En los nueve años que pasé recluido en mi casa sin aceptar que la vida continuaría aunque yo no pudiera mover las piernas, solo hubo una persona a mi lado. La única a la que dejé entrar y la que nunca se rindió. Por eso, mi primer agradecimiento de esta noche tiene que ser para ella. Para Barbara, mi maravillosa hermana mayor, que fue quien me mantuvo con vida cuando yo ni siquiera tenía ganas de despertar cada mañana. Hace casi seis años, otra mujer maravillosa entró por la puerta de mi casa y lo puso todo patas arriba. La casa, mi vida y a mí mismo. Si no me hubiera enamorado de ella, quizá seguiría siendo el imbécil amargado que era hasta ese momento. Si no hubiera dejado que me cuidara, si no me hubiera dejado cuidarla y si no nos hubiéramos dado el mejor regalo de nuestras vidas con el nacimiento de nuestros dos hijos, tengo muy claro que yo no estaría hoy aquí. Por eso, todo lo que tengo y todo lo que soy se lo debo a ella. A Annie York, la mujer más valiente que he conocido en toda mi vida. El amor de mi vida. La madre de mis hijos. A ellos, a Annie, Patrick y Julianne, os daré esta medalla y este trofeo en cuanto llegemos a casa porque, creedme, son más vuestros que míos.

»Para finalizar, me gustaría mandar un mensaje a todas las personas que viven su vida en una silla de ruedas o con cualquier otra discapacidad y solo ven oscuridad en su día a día. He estado ahí, sé lo que se siente. Y ahora estoy

aquí, celebrando uno de los días más felices de mi vida junto a la gente a la que más quiero. Y no estoy aquí porque sea muy bueno jugando al baloncesto ni porque me haya esforzado mucho entrenando. Estoy aquí porque un día decidí dejar de lamentarme y me lancé a perseguir un sueño por el que mereciera la pena levantarse cada mañana, incluso aunque el concepto de *levantarse* sea algo paradójico en mi caso. Esto lo aprendí de Lena Bouvier, la tercera mujer a la que le debo la vida y a quien le dedico este premio.

»Barbara, tú me mantuviste a flote cuando yo mismo solo quería hundirme. Lena, tú me enseñaste que vivir lamentando lo que me ocurrió era una forma bastante patética de ser un cobarde. Annie, tú curaste mis heridas y me enseñaste la verdadera dimensión de la palabra *amor*. Con silla o sin ella... creo que puedo decir que soy un hombre muy afortunado.

Annie lloró al escuchar sus palabras. Barbara también. Lena lo negó durante horas, pero todos vieron como se secaba una lágrima al final del discurso. Las tres corrieron a abrazarlo, pero solo Annie se quedó al final retozando en su regazo. Al llegar a casa, le haría el amor. Puede que con la medalla colgada al cuello. Y recordaría cada día de su vida que no hay mejor forma de demostrarle a alguien tu amor que curar sus heridas... y dejar que cure las tuyas.

**FIN**

Towanda Richardson es una escritora española que debutó en la novela romántica con la serie **Amar a un multimillonario** ([\*El secreto mejor guardado de Jackson\*](#), [\*La identidad oculta de Dylan\*](#), [\*La vida inesperada de Cole\*](#) y [\*El miedo a perder de Ben\*](#)). La serie **Corazones heridos** se inaugura con *Yo curaré tus heridas*, mientras la autora trabaja ya en los siguientes volúmenes, que verán la luz a lo largo de 2019.

Si deseas contactar con Towanda o estar al día de todas las novedades sobre sus novelas, puedes encontrarla en Facebook ([Towanda Richardson Escritora](#)) o enviarle un email a [towandarichardson33@gmail.com](mailto:towandarichardson33@gmail.com) y te responderá lo antes posible.